

20 centavos
en toda la
República

Mundo Argentino

ENERO 10
de 1934



En este
número:

CLIMA

NOVELA CORTA DE AMBIENTE NACIONAL,
Por
STEVENNE TYNDALL

UN VIAJE AL PAIS DEL AZAR

UNA SERIE DE NOTAS SENSACIONALES SOBRE MONTECARLO
Por
ALEJANDRO SUX

EL ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO



1 REPUBLICA ARGENTINA

Una nueva ascensión a la estratosfera.



2 ACERCAMIENTO RUSOYANQUI

El punto de vista japonés.

(De "Detroit News", EE. UU.)



3 EL PLAN ROOSEVELT

— ¡Bah! Yo no creo en estas estúpidas novedades.

(De "Brooklyn Eagle", EE. U. U.)

BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

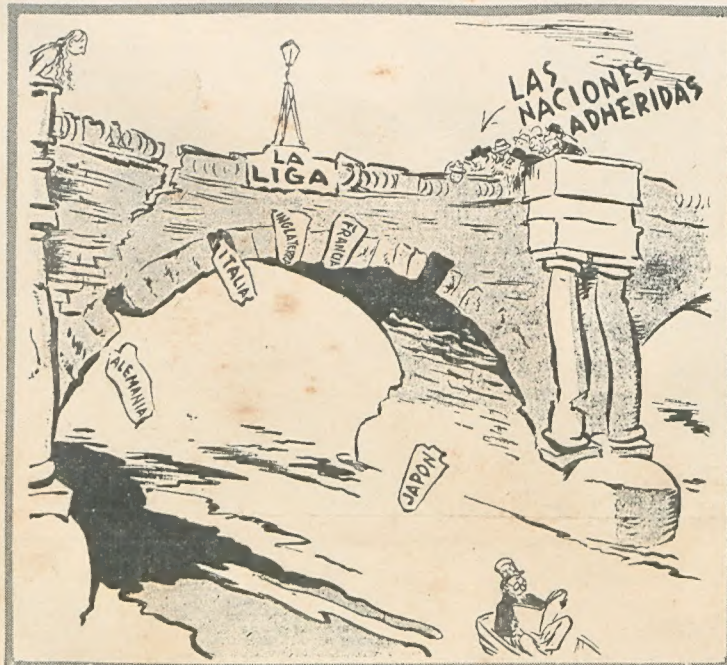
(1) La nueva política económica del P. E., al que se le ha denominado el Plan de Restauración Nacional, se dirige decidida y enérgicamente a obligar una suba en los precios de los productos básicos de la industria nacional, lo cual, de poder conseguirse por los métodos adoptados, devolvería al país la prosperidad y el bienestar.

(2) Como puede verse en este dibujo, la opinión pública yanqui considera que el acercamiento de su país con Rusia ha sido motivado por el peligro japonés, y donde dice "punto de vista japonés", debería leerse, además, "nuestro punto de vista".

(3) El caricaturista del "Brooklyn Eagle" representa los economistas conservadores, que se oponen a la política monetaria del presidente Roosevelt, como a viejos retrógrados incapaces de abandonar el uso de la vela de sebo por desconfiar de la luz eléctrica.

(4) Las últimas defecciones de la Liga de las Naciones han puesto en peligro la estabilidad de esa institución, según esta caricatura inglesa que va dirigida contra el apoyo incondicional que la Gran Bretaña ha brindado a la Liga desde sus comienzos.

(5) La manifiesta frialdad del Duce, respecto de la Liga y su decisión de orientarse hacia los pactos diplomáticos que significan una vuelta al antiguo sistema del equilibrio de fuerzas, restablecerá en Europa la situación de la preguerra, poco tranquilizadora para la paz, según la pesimista opinión de este caricaturista.



4 LA LIGA DE LAS NACIONES

La debacle en Ginebra.

(De "Morning Post")



5 ITALIA Y LA LIGA

Mussolini tiene sus ideas sobre lo que debe ser un sport de invierno.

(De "Evening Standard")



EDITADO POR LA
EMPRESA EDITORIAL HAYNES

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, C.A.B. 1020 AL 1029



FUNDADOR
ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIV

BUENOS AIRES, ENERO 10 DE 1934

Nº 1199

Hay que ser explorador para ir a cultivar tierra fiscal

SE ha dicho y repetido con insistente convicción en nuestro país que "gobernar es poblar". Se infiere de aquí que nos sobra tierra. Hubo una época en que la Nación premiaba a los servidores insignes regalándoles leguas de campo en el desierto. El desierto eran los territorios del Sur. Por ese entonces era un lugar común aquello de que "en la Argentina no tiene tierra el que no quiere". Con tanta largueza se administraba la famosa tierra fiscal, que cuando los hombres de las ciudades veían obscurecerse el porvenir, proyectaban de inmediato gestionar un lote, para irse a cuidar ovejas o a sembrar alfalfa.

Pero he aquí que este régimen extremadamente liberal fué de graves consecuencias. Hace unos quince años el gobierno cayó en la cuenta de que las tierras del Estado se habían dilapidado, sin consideración de ninguna especie. Se dieron los nombres de los acaparadores de vastas extensiones de campo, y se prometió perseguirlos hasta devolver a la Nación su dominio. El proceso tuvo en los primeros momentos una repercusión enorme, sin que nunca se pusiera muy en claro lo que en definitiva se consiguiera. En cambio tuvo el defecto de paralizar por unos cuantos años las concesiones de tierra fiscal, según el testimonio de un mensaje suscripto en noviembre de 1924 por el entonces ministro de Agricultura doctor Le Bretón, y que decía: "En octubre de 1922 encontramos la Oficina de Tierras virtualmente paralizada."

El doctor Le Bretón otorgó 2.253 títulos entre lotes urbanos, chacras y quintas en los Territorios nacionales, sólo que de entonces acá, el problema de la distribución de la tierra fiscal que ha promovido 36 iniciativas parlamentarias en 27 años, sin contar los 18 proyectos del Ejecutivo hasta el de Alvear-Le Bretón en 1925, sobre enajenación de so-

No bastan los mejores deseos para cultivar tierra fiscal aunque éstos vayan asociados a una buena dosis de entusiasmo, pues la oficina encargada de ilustrar, dirigir y estimular a los interesados, ni los estimula, ni los dirige, ni los ilustra, según se demuestra en este comentario de MUNDO ARGENTINO.

brantes, sigue siendo problema, vasto y apasionante problema de orden público, inmediatamente vinculado al porvenir de la riqueza nacional.

En el momento actual, quien tenga interés en obtener un lote de tierra fiscal para convertirse en ganadero o agricultor y se acerque a la Oficina de Tierras, recogerá esta contestación: En los Territorios del Sur no se conceden tierras por ahora, salvo unos pocos lotes de no más de ocho hectáreas en la Colonia Centenario, cerca de Cipolletti, en el Neuquén. Concedemos en venta lotes de cinco a cien hectáreas, según la zona, en Misiones, Chaco y Formosa. En Misiones el precio oscila entre 12 y 60 pesos la hectárea, en el Chaco entre 33 y 61 pesos y en Formosa entre 5 y 50 pesos la hectárea. Puede pagarse el precio en seis anualidades sin interés. Hay dos años para cumplir con las obligaciones de la ley — edificar, alambrar, plantar fru-

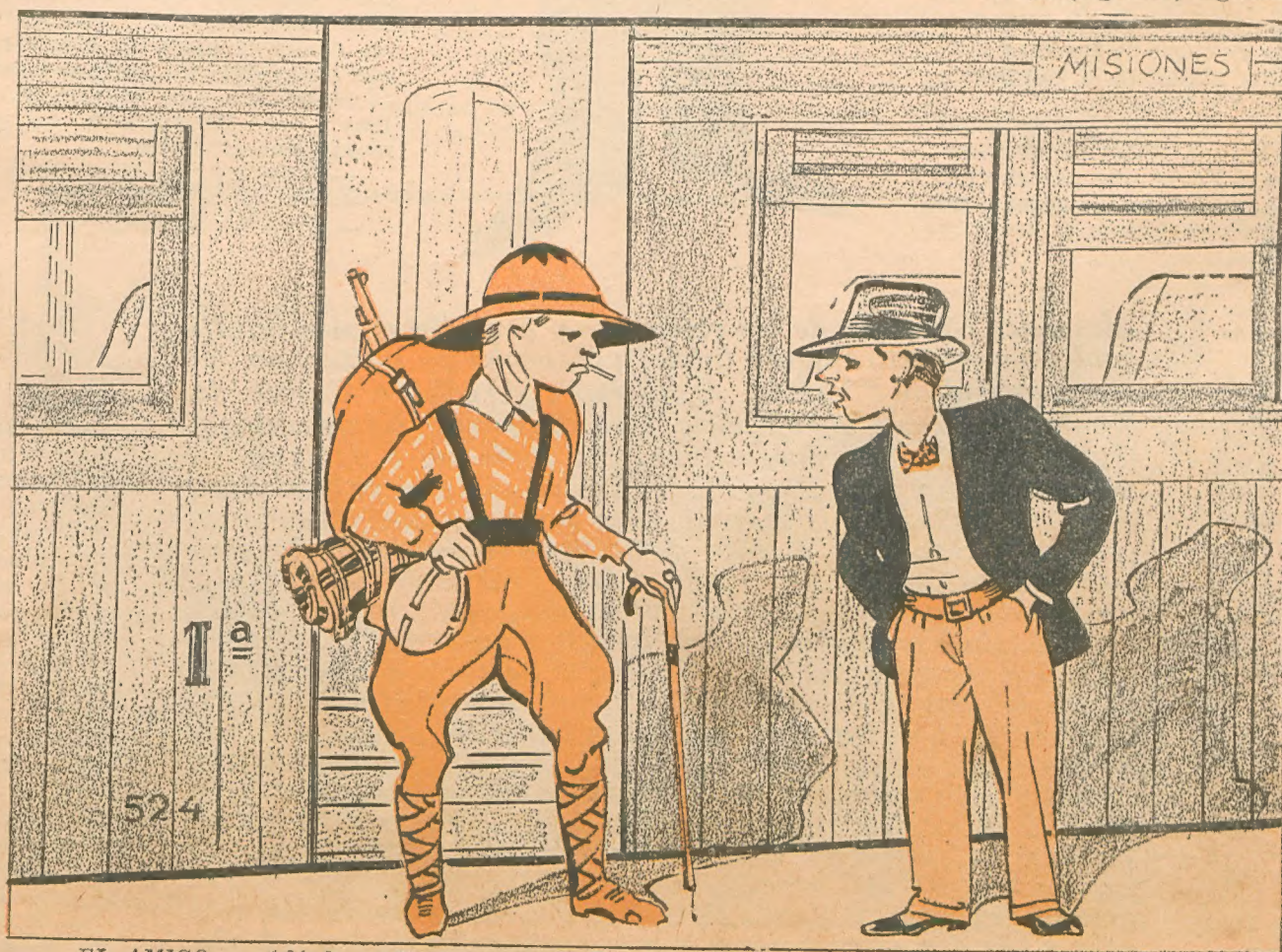
tamente, la ubicación de la tierra disponible, las condiciones de esa tierra, la suerte de los vecinos, el rendimiento de los cultivos posibles, la situación de los mercados y su régimen, y en fin, el capital que es indispensable arriesgar.

Ninguno de estos informes puede proporcionarle la oficina. Su cometido no va más allá de fijarle la ubicación de la colonia y señalarle dos o tres lotes para que los visite, sin garantía de que no estén ocupados cuando llegue.

Se trata de una repartición que tiene sin embargo un numeroso personal de inspectores, cuya función bien entendida, consistiría en reunir todos estos antecedentes, para ilustrar en cada caso y orientar a los interesados. Hay más: El Estado tiene interés en atraer a los pobladores extranjeros. Y si nuestros cónsules dispusieran de este caudal de información, que reclamamos, reforzarían su propaganda, ingenuamente edificada hasta

hoy sobre la benignidad de nuestro clima y la feracidad de nuestras tierras. Por algo decía Sarmiento que más eficaz que todos los discursos y los gráficos "para la exportación", era la carta del inmigrante que radicado entre nosotros, abundaba en referencias y pormenores, a sus paisanos de Europa que no tardaban en imitarlo.

Tal como existe la Oficina de Tierras no puede ayudar ni siquiera a los hijos del país, que determinen radicarse en el campo, para provecho propio y de la Nación. Se comprenderá que un viaje previo hasta el Chaco para averiguar dónde hay y cómo es algún lote fiscal para solicitarlo al regreso



EL AMIGO. — ¿Adónde vas?

EL PRESUNTO EXPLORADOR. — Voy a explorar Misiones, El Chaco y Formosa, a ver si hay un lote de tierra que me convenga para gestionarlo a la vuelta y conseguirlo si está desocupado.

(Continúa en la página 50)

UN VIAJE AL PAIS DEL AZAR

En el INFIERNO DORADO de MONTECARLO, el UNICO que ha ACERTADO una MARTINGALA es el príncipe de MONACO

Por ALEJANDRO SUX

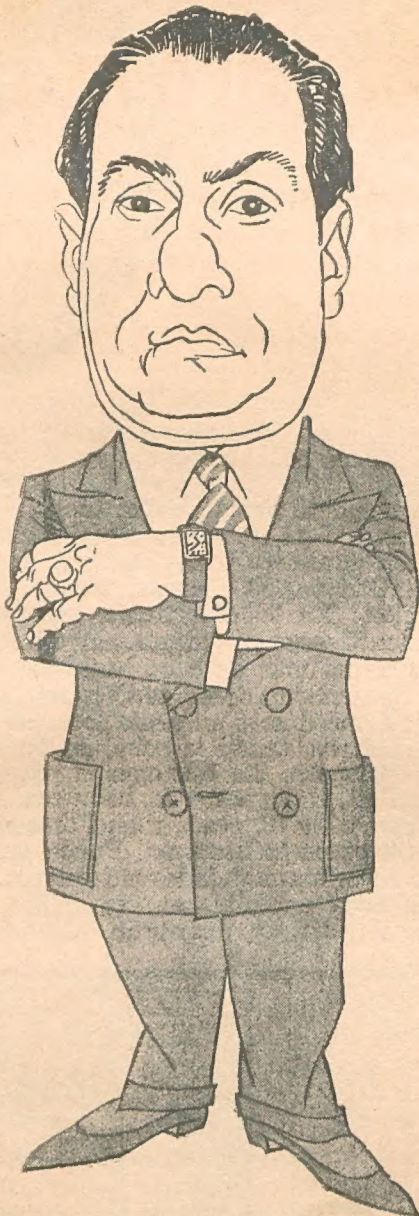
SONRIE la mañana en montañas, cielo, árboles, mar y mujeres. El verano es tibio y como madre acaricia. El sol mancha al paisaje de violeta intenso y de amarillo brillante, dejando aparecer al verde vegetal entre las sombras o las luces, completamente deformado. Las pizarras de las villas parecen de plomo; el cobre de las cúpulas que coronan a los palacetes, se esconde bajo la pátina de un verdín decorativo; centellean las tejas barnizadas y multicolores; las columnatas adquieren relieves teatrales; las molduras se salen de los muros a beber luz... Sobre toda esta decoración se extiende un inmenso toldo azul sin una arruga, y a través de ella, entre dos paredes, en el rectángulo de una ventana, por entre el follaje, se ve una alfombra también azul, muy oscura y plegada como crespón.

La estación agoniza; en las playas de canto rodado y arena gruesa, las siluetas de los bañistas son escasas ya. Hasta noviembre hay un vacío que los pintores aprovechan para cubrir de aceite y albayalde a fachadas, pérgolas, azoteas, belvederes, escalinatas, terrazas y balcones, porque Montecarlo parece un barco blanco, flamante, almidonado y planchado. Nada escapa al pincel: ni las piedras de los malecones.

El jardín, tapiz vivo que conduce a las tres puertas monumentales del Casino, es colección pictórica; las palmeras son dibujos a pluma; acuarelas, los parterres; las plantas exóticas, óleos; los senderos, con sus bancos rojos y sus parejas, pasteles... Es un jardín endomingado. Los troncos salen de la peluquería; las matas, del salón de peinados; los arbustos, de la misa matinal; y las fuentes, de la vitrina de la cristalería familiar. El parque es igual: de magnificencia rígida, estudiada, estirada. Los guardias de casco de corcho y uniforme canela, parecen que vigilaran el comportamiento de plantas, estatuas y macizos.

Todo es flamante, limpio, lustroso. Los porteros del Casino son cancerberos en uniforme de general operetesco; el del Hotel París, que pertenece a la misma compañía, y se me ocurre un gigantesco coche dormitorio comedor de aparatoso e insolente lujo, es un negro magnífico, con más condecoraciones que un jefe de milicia fascista. Los botones y las charreteras echan chispas, medallas y cruces deslumbran. Los guardias, los policías y los gendarmes, uniformados de blanco con retoques de púrpura y oro, a veces se confunden con estatuas de mármol.

El Casino abre a las diez de la mañana y cierra a las dos de la madrugada durante todo el año, con excepción del 17 de enero, fiesta nacional, día onomástico de S. A. S. el príncipe; en esa fecha, para asociarse en alguna forma a los regocijos populares y a las recepciones oficiales, el Casino abre sus puertas solamente a las... once de la mañana. Todavía el minuterio no llega a la mitad de su carrera entre las nueve y las diez, pero ya los



Alejandro Sux, uno de los escritores y periodistas más infatigables de nuestro mundo intelectual, acaba de visitar, en representación de "Mundo Argentino", el célebre Casino de Montecarlo. Sus observaciones, verdaderamente interesantes y llenas de una sutilísima penetración empiezan a aparecer en estas páginas y se prolongarán en varios números de la revista. Nuestros lectores gustarán en ellas muchas emociones distintas. Será como si de pronto se encontraran en uno de los ambientes más famosos del mundo, al lado de la multitud elegante, ilusa y desesperada que suele arriesgar su vida en una vuelta de la ruleta o en una carta del "treinta y cuarenta". Alejandro Sux, ágil cronista, refiere todo lo que ha visto con propiedad digna del mayor encomio y logra, así, transportarnos al palacio del lujo y el oro, en que los millones no tienen otro significado que el de permitirle a uno tirarlos por la ventana. Ahora que se inicia la temporada marplatense, esta nota tiene especial importancia, pues por ella se verá la forma en que se juega a la ruleta, en lo que muy bien podríamos llamar la capital mundial del azar: Montecarlo. Que los lectores lo tengan así presente, y que de la lectura saquen la conclusión más cara a sus deseos veraniegos y a su inclinación de todo el año.

bancos del jardín están llenos de gente; espera la apertura, los ojos puestos en las puertas aún cerradas, espiando, a intervalos, los movimientos de los porteros.

De todas partes llegan los condenados de este infierno seductor: de la Condamina, a pie, trepando medio kilómetro de pendiente ruda; de Beausoleil, por las escaleras empinadas; de La Turbie y de Mónaco en ómnibus; de Niza, Villafranca, Mentón, Cannes, Cap Martín, Beaulieu... en autocars espléndidos. La pequeña plaza hormiguea de hombres y mujeres ansiosos. Pocos jóvenes, y un muestrario de las fealdades físicas del planeta. ¿La belleza está reñida con el azar?

A las diez en punto, esa multitud se agolpa, se amontona, se estruja en los escalones, pegada a las puertas. Los más dignos han pagado, previamente, a los que viven de eso, para estar por ellos, ocupar un asiento en las mesas de la ruleta o de "treinta y cuarenta" y, esperándolos, tomar nota de los números o colores que van saliendo, para servirse como de guías, como de precedentes aplicables a sus sistemas de juego. Un minuto después, las puertas que dan acceso a los salones del suplicio múltiple se abren de par en par. Entonces ocurre algo inimaginable: en tres columnas, esa multitud se precipita hacia las tres primeras mesas de ruleta; los más fuertes apartan a los más débiles; las mujeres protestan, golpean con los puños, insultan a los hombres; éstos luchan entre sí, corren, saltan, disputan los asientos a empujones, puntapiés y puñetazos. En las mesas ya están los ocho empleados, vestidos de negro riguroso, esgrimiendo los rastrillos como horquillas torturadoras, como tridentes, como lanzas... Con aire olímpico, desdeñoso, irónico, contemplan la llegada, precipitada y bulliciosa, de los condenados que torturarán en seguida con esos rastrillos, con esa rueda de treinta y siete números, con esos tapices verdes cubiertos de cifras, y con las fatídicas frases, siempre iguales, monótonas, terribles:

—Messieurs, faites vos jeux.

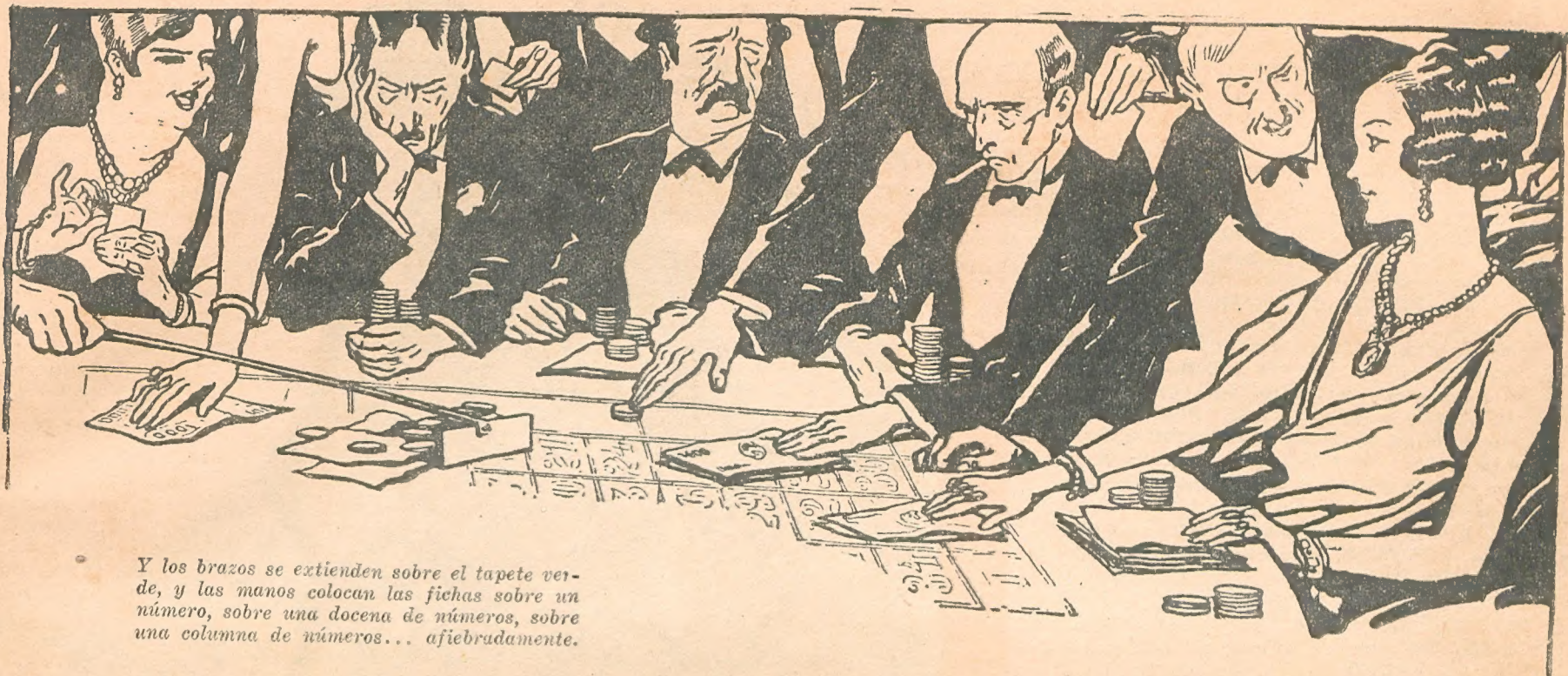
—¿Le jeu est fait?

—¿Rien ne va plus!

Dentro, el lujo es también pretencioso, insolente, efecista... y falso. Las maravillosas columnas de mármoles raros, el oro de las enormes arañas que cuelgan de cielorrasos decorados, el ónix de los plintos, cenefas y zócalos, los alabastros de las balustradas, los granitos de las escaleras, las caobas de los pasamanos, los ébanos de las incrustaciones... ¡todo es falso! Los artesanos de Italia, geniales en la imitación y la apariencia, fabricaron todo eso con estucos, reboques, hábiles aplicaciones de capas delgadísimas que parecen bloques, ingeniosísimas reproducciones, pacientes barnizados...

Un inmenso vitral en forma de cúpula, tamiza la luz del sol e ilumina la gigantes-

En el próximo número: En el GRAN CASINO se puede HASTA PERDER la



Y los brazos se extienden sobre el tapete verde, y las manos colocan las fichas sobre un número, sobre una docena de números, sobre una columna de números... afiebradamente.

ca sala. Las mesas de la ruleta, del "treinta y cuarenta", del "bacará", del "brelán", son como monstruos verdes con múltiples patas, aparentemente sitiados por los jugadores, pero en realidad alimentándose de ellos por los tentáculos enumerados.

La ruleta es el suplicio preferido por los condenados voluntarios de este infierno tentador. La crisis hizo nacer dos mesas en las cuales se admiten apuestas mínimas de cinco francos (noventa centavos nuestros), y ellas son como terrón de azúcar con vinagre para las moscas humanas, especialmente para aquellas esquiladas ya en las otras, que van a tentar un desesperado desquite con las últimas fichas que les quedan.

Hay una atmósfera enervante; la angustia, la esperanza desesperada, el miedo refrenado y la alegría fugaz, crean ondas casi tangibles que se entrecruzan y danzan en el aire. Mandíbulas apretadas, manos temblorosas, dedos crispados, piernas en perpetuo movimiento, ojos inmovilizados o titilantes.

—Messieurs, faites vos jeux.

Y los brazos se extienden sobre el tapete verde, y las manos colocan las fichas sobre un número, sobre una docena de números, sobre una columna de números... Los que están sentados, consultan papeles, hacen cuentas, tachan cifras, dudan un segundo y apuestan de acuerdo con misteriosos y complicados métodos; los que están de pie se dejan dirigir por el instinto, cuentan con el puro azar...

—Le jeu est fait?

Y el "croupier" coge la bola de marfil, da un pequeño envión a la rueda enumerada, y lanza rápidamente, en sentido contrario, la esfera marfileña que gira alrededor. Los brazos continúan alargándose sobre la

mesa y dejando fichas aquí y allá. El silencio es absoluto; sólo se oye el débil zumbido de la bola que corre pegada a las paredes de la ruleta.

—Rien ne va plus!

Es el momento decisivo, solemne; los ojos siguen los últimos giros de la pequeña esfera de marfil; se oye el ruido metálico del choque de la bola contra los triángulos de bronce que la hacen saltar caprichosamente; luego un sonido seco:

—Le treize, noir, impair et manque! — anuncian los empleados, señalando con el rastrillo el número ganador impreso en el tapete.

Y empieza otro ruido, fatídico, como de mandíbulas que trituran huesos: el de los rastrillos recogiendo las fichas.

—Jetta, jetta! — balbucea uno. — ¡Algo me decía que apostase al trece... y este maldito cálculo me obligó a hacerlo al 7! ¡Jetta!

—Ve usted — explica una dama a su vecina, — el 13 salió ya tres veces ayer por la mañana, en esta misma mesa; no saldrá más hasta la tarde.

—Yo le juego — refuta la otra. — Sucede que muchas veces se repite el número... El jueves pasado salió seis veces seguidas el 28... ¡y nadie le apostó!

Hay un matrimonio joven que sólo juega con fichas cuadradas de mil francos; ella lleva una contabilidad complicada en varios papeles; él hace las apuestas en grupos de seis números. Hay un viejito que sólo maneja fichas rojas de cien, empeñado en ganar con el 17. Hay un alemán, rapado como lechón, que siempre cubre veinticuatro cifras con fichas ovaladas y azules de quinientos. Hay muchas mujeres nórdicas, rubias, tostadas por el sol, enrojecidas por el aire, que apuestan a derecha e izquierda; hay meridionales y levantinas, morenas, que arriesgan una ficha amarilla de veinte, después de varios juegos y sin número de cálculos; hay francesas jamonas, que apuestan a color: negro o rojo, una ficha clorótica de cinco francos; hay americanas del Norte y del Sur; británicas de los cuatro puntos cardinales del planeta; turcas modernizadas; hindúes cubiertas con rebozos de seda

y oro; marroquíes, escandinavos, chinos... Nadie ríe, nadie habla; un rictus bucal da a todos un parentesco superior al de la nacionalidad, la de la raza; es el rictus del jugador, el amargo pliegue de la perpetua angustia.

—Messieurs, faites vos jeux — invita el "croupier".

La mesa se cubre de ofrendas multicolores; ese prado verde de paño, florece como un auténtico en primavera: margaritas, azulejos, amapolas silvestres, botones de oro, eglantinas... Pero estas flores son de galalita y tienen, como marca infamante, una cifra grabada.

La primavera de las mesas de ruleta

(Continúa en la página 9)



Una vista del gran Casino en que es dable apreciar la grandiosidad del mismo.

VIDA, pero ¡MUCHO CUIDADO con DORMIRSE!...

(Ver en la página 40 el complemento de grabados de esta nota.)

SON las tres de la mañana. Cesa la tormenta. Negros nubarrones huyen hacia el Oeste. Sobre el matorral cae una menuda llovizna. Los árboles gotean...

Morlock sale lentamente de la cabaña en que se había guarecido esa noche, y contempla el gris amanecer. Se despereza y estira sus miembros entumecidos, porque, a la verdad, nada tenía de mullido el banco que esa noche le sirvió de lecho. Es un hombre vigoroso, de ojos grises, bronceado cutis y cabellos oscuros.

De pie, aspirando el aire fresco de la madrugada, husmeante y alerta, parece un animal salvaje. El pasto, cubierto de rocío, le humedece los pies; los sacude, y mirando en torno suyo divisa el pequeño pueblo formado por un puñado de gentes que buscando frescura se han establecido en las afueras de la ciudad.

Es un cerco florido de granjas y jardines, un barrio pintoresco de gente humilde y trabajadora, cuyo único medio de vida lo constituye la venta de flores y verduras. Allí, complacido, parece prolongarse el verano; no así en la ciudad, donde se siente embargado por el hastío que fluye de sus plazas y parques de amarillos caminos, afeitado pasto y recortados canteros, y sobre todo de aquel que emana de sus "bancos para mayores".

Apróximándose al pozo cercano, Morlock inclinado a su brocal refresca su rostro. Se dirige luego a los canteros de frutillas, donde come golosamente de los rojos y maduros frutos, arrancando de paso unas tiernas vainas de arvejas.

Su reloj pulsera marca las tres y media. ¡Es tan temprano todavía! Vuelve entonces de nuevo a la cabaña, y sentándose junto a una mesa apoya los brazos en ella y decide esperar.

El sonido de una voz de mujer lo despierta de pronto. Se incorpora bruscamente, y mirando hacia afuera por los mal unidos tablores de la cabaña divisa una muchacha que lleva una canasta en brazos. A su lado gruñe un perro de policía de dimensiones y fuerza poco comunes.

— ¡Quieto, Harros! — ordena la muchacha. — ¡Qué tienes? ¡Quieto, te digo!

Pero el perro no se tranquiliza. Aspira fuertemente el aire, y de tiempo en tiempo deja oír un sordo gruñido. Erizado el pelo del lomo, no aparta los ojos de la cabaña.

— ¡Maldición! — masculla Morlock; y tomando con cautela una pala que yace olvidada en un rincón, se dirige a la puerta. La abre bruscamente.

Su inopinada presencia causa estupor, y lanzando un grito la muchacha deja caer la canasta.

— ¿Quién es usted, por Dios? ¿Qué hace aquí?

Morlock no tiene tiempo de contestar.

— ¡Sujete al perro! — grita.

Pero ya es tarde.

De un largo y silencioso salto, el animal lo ataca. Morlock para el primer golpe con el mango de la pala. Pero esto no sirve de nada. Evidentemente con intención de destruirlo, rápido como un relámpago, el perro se le echa encima. Acorralado, Morlock lo golpea tan fuerte como puede con el filo de la pala detrás de la oreja.

La lucha ha terminado.

Pálida y silenciosa la muchacha presenciaba la escena, y adelantándose hacia Morlock, ciega de ira, lo interroga:

— ¿Quién es usted? ¿Por qué penetra en

A pesar de toda su astucia, es indudable que, a la corta o a la larga...



El LOBO cae

CUENTO

POR

CURT HUSPIEN

mi casa como un lobo? ¿Por qué mata a mi perro y...?

Morlock se inclina, y tomando al perro por el lomo, lo arrastra detrás de la cabaña.

— Más tarde lo enterraré bajo los sauces, si usted me lo permite — dice al volver. — Siento mucho lo sucedido; pero fué tan rápido y violento el ataque que no he podido defenderme de otra forma.

La muchacha se impacienta.

— ¡Váyase de una vez! ¿Qué espera?

— Hace un momento quería usted saber quién era yo. ¿Ya no le interesa? — dice el desconocido.

— Por estos lugares merodean sin cesar los vagabundos — contesta ella con altanería. Y recoge su canasto con intención de marcharse, pero Morlock la detiene.

— No soy ningún vagabundo, señorita Sanders.

— ¿De dónde me conoce usted? — inquiriere intrigada.

— Su nombre se halla escrito en el cerco, junto al buzón; de lo contrario no estaría aquí.

— ¿Me esperaba usted, entonces? ¿Por qué? ¿Para qué?

La joven lo examina ahora de pies a cabeza con una interrogación en sus ojos azules: viste correctamente, hasta se diría que con cierta elegancia, aun cuando su pantalón se encuentra manchado de sangre y roto en la pierna izquierda.

— ¡Dios mío; está usted sangrando! ¿Lo ha herido mi perro?

Encogiéndose de hombros Morlock se dirige al pozo. La señorita Sanders le ofrece su ayuda:

— Tengo vendas y tira emplástica; ¿quiere que vaya por ellas?

Pero el hombre rechaza el ofrecimiento. Su herida es insignificante: en realidad, un simple rasguño.

— Me llamo Morlock — dice indiferente.

Frunciendo el entrecejo, la joven trata de recordar. ¿Morlock? Ese nombre no le es desconocido. Debe haberlo oído o leído en alguna parte.

— Soy un amigo de su hermano. El año



— ¿Y qué pretende usted de mí?
— ¡Su hermano me quitó la novia!
¡Yo, yo le quitaré su hermana!

en la TRAMPA

pasado estuvimos juntos en el "Punta Arenas".

— ¡Ahora recuerdo! Roberto me ha hablado de usted varias veces en sus cartas. ¿Cómo está? ¿Dónde se encuentra?

Y al extender su mano para saludarlo, comprende la muchacha que la acogida hasta ese momento no ha podido ser más fría e inhospitalaria.

— ¡Lástima que no se diera a conocer usted antes! Pero, en realidad, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

La cara de Morlock no pierde su inmovilidad ni su dureza. Toma la mano que la joven le extiende y la deja caer al instante. Se diría que, como a los animales, le estuviera negada la facultad de sonreír.

— Cuando nos separamos se encontraba en Oporto.

— ¿Se han separado ustedes? Pero, entre a la cabaña y tome asiento. Su cansancio debe ser muy grande.

— Sí, estaba cansado — dice Morlock, impasible, aceptando la invitación. — Sin embargo, desde que usted está aquí me encuentro completamente despejado.

Sentado frente a ella, la contempla. Entorna los párpados un instante. Sus ojos grises esendriñan aquel rostro.

— ¡Se le parece usted mucho, señorita Sanders! Su hermano es un lindo muchacho. ¡Tal vez por eso tenga tanto éxito con las mujeres!

— ¡Cuénteme usted algo de su vida! — ruega la joven.

Morlock asiente.

— En seguida sabrá usted todo. La historia es breve. El "Punta Arenas" había fundado durante una semana frente a Alicante. Yo me dirigía todos los días a la ciudad para visitar a mi novia: se llamaba Violeta. Su madre tenía un pequeño negocio instalado en la calle de Torrijos. Salíamos a pasear todas las tardes, y muy a menudo nos acompañaba su hermano. Un día se me ocurrió enseñarle a Violeta nuestro barco: ¡magnífico barco de siete mil toneladas! Los tres nos encontrábamos felices y alegres juntos. Violeta no es como la generalidad de las muchachas, para quienes salir a la calle con muchachos, sin alguien que las acompañe, es un pecado mortal. Al contrario, es expansiva y natural. En realidad es demasiado expansiva, como se dará usted cuenta por lo que sigue. Violeta había olvidado su chal en alguna parte del barco y tuve que ir en su busca. Volví, probablemente antes de lo que se me esperaba; y bueno, ya sabrá usted..., ya se lo podrá

imaginar, señorita... Los sorprendí en momentos que su hermano besaba a mi Violeta... Esta historia no es tan sencilla como a primera vista parece. Amaba entrañablemente a la muchacha y me iba a casar con ella..., y Roberto no lo ignoraba. No me abandonaba nunca su retrato. Bueno; los separé, furioso, gritándole: "Esto no lo hace un amigo; eres un miserable." Nos peleamos, y mire usted: esta cicatriz en el mentón la tengo desde entonces.

Inclinándose, señala con el dedo una estrecha línea roja. Ella lo interrumpe impaciente:

— ¿Y a él? ¿Qué le hizo usted? ¿Lo hirió?

— Tuvo suerte. En la lucha resbalé y caí. Me llevaron sin sentido a la cucheta. En Oporto dejé el barco. Desde entonces espero la oportunidad de saldar la cuenta. El me había hablado de usted, que vivía aquí, que poseía un pequeño chalet. Por eso vine...

— ¿Y qué pretende usted de mí?

— ¡Su hermano me quitó la novia! ¡Yo, yo le quitaré la hermana!

Lentamente Morlock se incorpora. La expresión de sus ojos se ha tornado dura y amenazadora.

— ¡No, no! ¡Déjeme! ¿Qué le he hecho yo a usted?

— ¿Contra quién debo volverme, entonces?

— Velada por la indignación que lo embarga, su voz no es la misma. — Me ahogo en mi rabia. ¡He esperado un año entero!

Se interrumpe, escuchando como si esperara algo de afuera, pero allí reina un silencio profundo.

— Por primera vez esta noche, al encontrarme en este jardín, he podido dormir tranquilo. ¿Sabe usted lo que significa para un hombre ser golpeado y maltratado ante los ojos de la mujer amada?

— ¿Quiere usted dinero? Lo indemnizaré con la suma que usted exija.

Lo que la joven cree una solución salvadora no causa en Morlock la más leve impresión. Antes bien, su cara se ensombrece, adquiriendo una expresión hosca y porfiada.

— ¡Nada de eso! Oigame bien, señorita: ¡usted se casará conmigo!... Bebo, soy jugador; he estado preso, y a la verdad que no ha sido por robar manzanas. Tampoco soy bien parecido, ¿verdad? ¡Y esta cicatriz no me favorece, que digamos! Pero es un recuerdo que me ha dejado su hermano, y por eso tendrá que casarse usted conmigo. Pensándolo bien, no soy tan mal partido. Estoy seguro de que usted no ha visto nunca tanta plata junta como la que llevo en el bolsillo. ¡No lo piense tanto, señorita! ¡Soy un novio que no sabe esperar!

Morlock lanza una estridente carcajada. Es la primera vez que se ríe, y su risa, francamente, no es del todo amable.

La joven, mientras tanto, se ha ido deslizando con precaución hacia la puerta, pero Morlock, de un salto, se encuentra junto a ella. El violento zarpazo la hace gemir de dolor; trata de llamar, pero la ruda mano del hombre oprimiéndole la boca, ahoga el grito en su garganta.

De improviso la suelta. Una fuerza extraña lo impulsa hacia atrás:

— Esa era mi intención — murmura suavemente, por completo transformado. — Esa era mi intención; ¡pero no puedo! ¡No soy un salvaje!

De pie ante él, la joven respira jadeante.

(Continúa en la página 9)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR



María Ercilia Rusconi, que contrajo enlace con Augusto Schmalemberger.

Foto Lerner

UNA GENTILEZA siempre se recibe con agrado. Envíe a sus futuros suegros esa canasta de confituras, vinos, etc., que es un obsequio muy apropiado para esa fecha.

Contestando a "Feliz", de Caballito.

LA PARTIDA la gana esta vez el novio, pues yo soy de su mismo parecer. Si a él le subleva y exaspera verla con un cigarrillo entre los labios, no debe fumar. Está en un grave error si cree que ser mujer moderna estriba en echar bocanadas de humo con más o menos habilidad. Recapacite. Cuando vaya a visitarla su novio, huelga a un perfume más femenino que el olor a tabaco. No juegue con su felicidad.

Contestando a "Rumba", de Olivos.

EL CORAZÓN no tiene edad para amar. En cualquier momento puede ser avasallado por ese dulce tormento que llaman "amor". Se ha repetido a menudo. "Nunca es tarde cuando la dicha es buena"; tenga, pues, en cuenta la frasecita.

Me dice que tiene especial interés en conocerme personalmente; lo lamento, pero no puedo darle ese gusto por aho-

ra; algún día... quién sabe; el mundo da tantas vueltas...

Contestando a "Cuarenta y pico", de Capital.

LAMENTO no poder ayudarla en lo que me pide. Sara Genser volvió a escribirme, pero nada me dice con respecto a la dirección pedida. Por otra parte, yo ignoro los domicilios de todas esas personas a quienes hace alusión, y aunque los supiera no estoy autorizada para darlos.

Muchísimas gracias por sus reiteradas atenciones.

Contestando a "La maga de la melodía", de Acebal.

LEYENDO su consulta acudí a mi mente este fragmento de poesía:

"Toda llama que avivan los deseos, pronto encuentra la nieve que la apaga. Te quisiera culpar, y no me atrevo; es después de gozar justo el hastío."

Y ahora saque de esto la conclusión que le parezca.

Contestando a "Abstraída", de San Luis.

AUNQUE LAMENTÉ la noticia que me trajo su carta, respecto al empecinamiento de su hermano, me he propuesto no cejar en mi propósito de hacerlo olvidar "aquello" y que vuelva a gustar de las dulzuras que aún puede ofrecerle la vida. Dígame que no me deje con el deseo de oír su confidencia, que me cuente su pena, y ya verá cómo al confiarse a una persona que comprende su dolor, sentirá cómo esa pena algo se aleja y le parecerá menos grande su amargura. Amigo mío, ¿me verá desairada en mi pedido? Aunque así sea, su hermana me comunicará su estado de ánimo y yo le haré llegar lo más a menudo mi palabra de aliento, pues me entristece pensar que un muchacho bueno, digno de la mejor suerte, sufra tanto por quien no supo valorar su noble corazón.

Hágase este propósito: Año Nuevo, vida nueva, y afuera tristezas.

Contestando a "Ignorante", de Santa Teresa.

CUANDO SE LE PRESENTE un nuevo candidato, debe ponerlo desde un principio en antecedentes de lo que ocurre y de la vil conducta de su ex novio despedido. Convendría también que alguno de sus familiares interpelara al hombre sin escrúpulos que se ha propuesto turbar su vida.

No se dé por vencida; un verdadero amor será sordo a la infamante voz de la calumnia.

Contestando a "¿Por qué?", de Taffi Viejo (Tucumán).

PARA SABER con exactitud lo que debe hacer, consulte a un buen abogado, que será quien la podrá aconsejar con precisión.

Contestando a "Rubia triste", de Palmira (Mendoza).

TRATE DE ENTREVISTARSE con los padres de su adorada y hableles con toda franqueza de la situación que se le ha planteado frente a su negativa; pídale al mismo tiempo le digan sinceramente qué motivos tienen para oponerse a sus amores. Hablando se entienden las personas, y, sobre todo, en su caso, que nada tienen que reprocharle y lo guían las más nobles intenciones. Escribame el resultado.

Contestando a "Amor que nunca muere", de Isla Verde.

Ayer y hoy

(Colaboración)

POR

ANTONIO

BUDANO

ROIG

*Ayer escuchaba tu dulce palabra,
Y oía en silencio tu suave canción,
Y siempre a tu lado, con honda ternura,
Miraba tu rostro de róseo color...*

*Percibo hoy, en cambio, las voces de mi alma
Que gimen, silentes, cantando un dolor,
Y en tanto que escucho como antes lo hacía,
Contemplo tu imagen en mi corazón...*

LAMENTO, AMIGO MIO, no poder premiar su constancia, y aunque siento decepcionarlo, tengo que manifestarle que sus poesías no se publicarán, a pesar de mi mejor buena voluntad.

Contestando a "Ch. M.", de Ingeniero Luiggi.

TERMINE la comedia, ya que seguirla no es de su agrado. Si es verdad que ahora ningún sentimiento lo liga a esa novia lejana y usted no le es del todo indiferente, al ver su cambio tomará una resolución definitiva.

Contestando a "Amo a Carlos", de San Luis.

PARECE que él ya nada quiere saber con usted; en ese caso trate de orientar su vida por sí sola. Sin embargo, puede ser muy bien que él también extrañe la compañía de tantos años y busque una reconciliación. Espere.

Contestando a "Alma en pena", de Capital.

ME PARECE que se siente dominada por una ilusión pasajera, propia de su juventud. Obedezca a sus padres por el momento. Si pasado el tiempo ve que en verdad lo que siente por ese joven es amor, y además tiene la certeza de que no existe la rival que ahora amenaza su dicha, entonces debe buscar la forma de

convencer a los que hoy se oponen. Ellos darán su consentimiento para esos amores si ven que realmente allí estriba su felicidad.

Contestando a "Negrita afligida", de Monte Comán.

LAS DEMOSTRACIONES de ese joven parecen probar que se interesara por usted, pero nada se puede asegurar, ya que ninguna manifestación verbal le ha hecho. Todo es cuestión de esperar otro poco, aunque de resolverse a ello debe evitar hacerle entrar en sospechas de que tiene otros festejantes, pues el muchacho puede desanimarse y se alejará.

Contestando a "Alas rotas", de Puerto Belgrano.

PIENSE UN POCO antes de resolver su situación, y luego decídase por el que ama, siempre que reconozca a ese joven capaz de afrontar los compromisos que la vida demanda al formar un hogar.

Contestando a "A cuál de los dos", de Tosquita.

ENVIE una persona que le merezca toda su confianza para pedir a ese joven sus cartas; al mismo tiempo usted le envía las de él, y así terminan esos continuos: "me mandó decir..., le contesté".

Contestando a "Nueva lectora", de Rosario.



Enlace de Clotilde M. Polleschi con Alberto Marchesi. Los novios, en el momento de realizarse la ceremonia religiosa.

EL AMOR, FUENTE DE LAS MAYORES FELICIDADES

¿QUÉ OTRA SATISFACCIÓN quiere? Al devolverle las cartas, ya le dice bien claro que todo ha terminado entre ustedes; basta de dudas y envíele también lo que conserva del perdido amor.

Contestando a "Corazón que sufre", de Rufino.

DEBE DEJARLA que siga sus inclinaciones, porque si la pone en antecedentes de lo que ocurre con el otro candidato, lo atenderá a usted por despecho, y eso... es muy triste.

Contestando a "Pituco indeciso".

ES EXTRAÑO que siendo ese joven tan culto y caballero, haya prestado oídos a murmuraciones de envidiosos. No intente un acercamiento; ya hizo usted bastante; a él le corresponde ahora darle una explicación por lo acaecido.

Contestando a "Flor silvestre", de Rosario.

¿MALDECIR SU SUERTE? Eso nunca. El premio a la constancia dicen que es el triunfo. Siga, pues, venciendo los obstáculos y viva con la esperanza de que terminará la tragedia de su corazón. ¿Cuál es la causa de que siempre sea tan desdichada?

Lamento comunicarle que sus poesías no se publicarán.

Contestando a "La artista del teatro Porteño", de Capital.

¿QUIERE que lo dejen tranquilo? Pues aléjese del sitio de las persecuciones y trate de no encontrarse con la damita que tanto lo importuna y molesta.

Contestando a "Teniente seductor", de San Marcos Sur (Córdoba).

Pero a usted quiero decirle que es una buena muchacha... y, además, además quisiera decirle otras cosas; pero...

— Cuando vuelva me las dirá, Tom Morlock — balbuceó la joven. Ahora, ¡muy feliz viaje!

Morlock estrecha vivamente la mano que le ofrece la muchacha. Luego se aleja. — ¡La puerta se halla abierta ahora! — le grita ella. — Pero Morlock sacude la cabeza, sonríe, y dando un enorme salto salva el cerco: esa manera de transponerlo es más cómoda para él.

Ella lo sigue con la mirada. Al llegar a la curva que hace el camino que conduce a la ciudad, vuelve la cabeza por última vez y le envía un saludo con la mano. Luego se va perdiendo en la lejanía.

Pasó un mes. Una carta firmada "Tom" llegó de Tenerife. Después fueron llegando otras desde distintos puertos del Este de Africa. La última de ellas como post-scriptum, traía: "Cariños. Tu hermano Roberto." Desde ese momento comenzó la señorita Sanders a contestar las cartas.

FIN

En el infierno dorado...

(Continuación de la página 5)

es efímera; dura apenas un minuto; los rastrillos la hacen desaparecer, arrancando del prado de género las vistosas flores de galalita que los empleados lúgubres alinean por orden, como en los cementerios guerreros.

— *Messieurs, la boules passe* — anuncia el inspector de la mesa.

Cuchicheos. Algunos jugadores dejan sus asientos; otros los ocupan.

— La suerte va a cambiar — se dicen los conocedores.

Y así, hasta las dos de la mañana, el infierno dorado de Montecarlo tortura a una multitud siempre renovada constantemente en aumento.

— ¿Y el príncipe? — pregunto.

— Está en Londres — me responde un empleado, sonriendo tristemente. — Él no necesita estar de plantón como nosotros, ni perder el sueño y la tranquilidad como los jugadores, para asegurarse unos cuantos millones por año; él es el único, en este negocio, que verdaderamente tiene suerte; él es el único, de todos los que vienen aquí, que halló la infalible martingala.

El lobo cae en la trampa

Tambalea de tal modo que tiene que apoyarse en la mesa para no caer: el corazón se le rompe dentro del pecho. Sin embargo, sus ojos centellean de ira, y lo desafían con inquebrantable valor.

Morlock la contempla. Vuelve a hablarle y su voz se hace más tierna.

— ¡Me gusta usted! Así debe ser una muchacha. ¡Así debería ser mi muchacha!

Callada la joven, pasa automáticamente su mano por la frente. Morlock, desconcertado, interrumpe el silencio:

— Señorita, ¿quiere usted darme algo de beber?... Debo marcharme en seguida. El camino que conduce a la ciudad es muy polvoriento, y para nosotros los marinos el polvo resulta insupportable...

Luego de un momento de reflexión la joven se dirige al jardín en busca de la canasta. La destapa, y comienza a tender la mesa, sobre la que coloca manzanas, salchichas y pan fresco. Morlock, mientras tanto, ha salido al jardín.

Momentos después llega a los oídos de la muchacha el ruido de paladas de tierra. Su frente se arruga pensativa: comprende que Morlock está enterrando al perro.

Cuando vuelve a la cabaña, el hombre se queda un instante sin saber qué hacer. Luego parece tomar una resolución y se acerca a la mesa. Recostada contra el marco de la puerta la muchacha lo observa comer y beber. Lo hace sin apresurarse, indiferente y tranquilo como si estuviera en su propia casa. Distraído escupe una semilla de manzana. Ella deja escapar una tosecilla de advertencia. Morlock se disculpa entonces, entre cortado y amable, y piensa para sus adentros: "Uno se acostumbra a estar solo. Además la sociedad de los puertos no es de lo mejor. Si fuera necesario sabría conducirme ante una dama. No ignoro que las semillas de manzanas hay que tragarlas, porque no es distinguido arrojarlas de la boca." Y dirigiéndose a la señorita Sanders, le dice:

— A nosotros los marinos nos falta generalmente la mujer. Cuando andamos por ahí, en lejanos mares, necesitamos tener cerca alguien a quien amar, o que por lo menos nos ame. ¡También experimentamos una emoción muy grande al tener a quien enviar nuestro dinero. ¡Por otra parte, es la única manera de que podamos ahorrar!

La ocurrencia hace sonreír involuntariamente a la joven. Su miedo y enojo han desaparecido. Conversa ahora con el hombre que hace un momento la amenazó y maltrató.

Charlan natural y amigablemente, hasta que él se pone de pie. La hora avanza y tiene que marcharse.

— Debo irme — dice con voz que tiembla un poco. — Mi barco zarpa mañana para Dakar. Me llamo Tom. Cuando vuelva hablaremos otra vez de

(Continuación de la página 7)

estas mismas cosas.

— Cuando se reúna con mi hermano, déle recuerdos de mi parte — interrumpe la señorita Sanders. — Llévele mi saludo.

— Así lo haré — promete Morlock.

Mala circulación de la sangre

Enfermedades de la piel

Cuando la sangre viciada ataca la piel, produce terribles comezones y además el sufrimiento moral que traen estas enfermedades: acné, herpes, eczemas, psoriasis, urticarias, etc.

Desgraciadamente, todos los enfermos de la piel causan mala impresión.

Las enfermedades de la piel son causadas por el mal estado de la sangre; cuando está cargada de impurezas y toxinas, es preciso depurarla y para ello existe el Depurativo Richelet que es el medicamento más eficaz y enérgico para depurar la sangre.

Ataca el mal en su raíz, eliminando las impurezas y toxinas que envenenan la sangre. El Depurativo Richelet hace desaparecer las enfermedades de la piel sin dejar rastro.

Para el lavado diario de la piel se aconseja el uso del Jabón Richelet, antiséptico y desinfectante.

DEPURATIVO RICHELET

Venta en todas las farmacias del mundo.



CUANDO HA BROTADO el VER- DADERO AMOR, DIFICILMENTE SE EXTINGUE PARA SIEMPRE

Podrá el destino o las circunstancias adversas separar a los enamo-
rados, haciéndolos desdichados, pero el rescoldo de la pasión, como
una brasa que queda adormecida entre la ceniza, despierta y chispo-
rotea, llevando la luz y la llama a los corazones heridos por la fatalidad.

RESCOLDO DE AMOR

es el título del nuevo folletín que comenzará a publicar

Mundo Argentino

en su número del MIERCOLES PROXIMO

• •

HAZEL LIVINGSTON

autor de esta hermosa novela en que la ambición, el amor y la adver-
sidad son los principales personajes, ha escrito una de sus mejores
producciones. Lily, la protagonista de esta conmovedora historia de la
vida real, es una joven que sueña con la gloria del arte lírico. Quiere
ser aplaudida por los públicos selectos de los grandes coliseos, y ama
a la vez a un muchacho que el destino le puso en su camino para
alejarse burlonamente después.

RESCOLDO DE AMOR

será el folletín que todos, hombres y mujeres, leerán con avidez, pal-
pitando de emoción ante las peripecias de los personajes que la fata-
lidad zarandea con brutal ensañamiento.

NO DEJE DE LEER LOS PRIMEROS CAPITULOS
EL MIERCOLES PROXIMO EN

Mundo Argentino

CUENTO

Por

JUAN M.
PRIETO

TEMPRANITO, cuando todavía el lucero del alba era como una rosa de luz en el cielo y los peones más madrugadores de "La Gaucha" recién comenzaban a cimarronear en la cocina, Nacio abandonó su cama de pellones y salió del galponcito donde dormía acompañado de "Macachín", un perrito rabón, de orejas cortadas, que lo seguía a todas partes.

En la semiclaridad del amanecer se alejó de las casas, pasó delante de los corrales, atravesó un alambrado y comenzó a bajar la loma, mordisqueando el cuarto de galleta que extrajo por la apertura de su camisita de bombasí, sucia y llena de remiendos.

En sus diez años de vida, Nacio no había cono-

cido otras caricias que las del rebenque, ni otros besos que los lambetazos de "Macachín", el perrito rabón, que al sentirlo llorar, saltaba sobre él y le lamía las lágrimas.

Criado en "La Gaucha", vivió creído que él había nacido de la flor de un zapallo, como don Sandalio, el capataz de la estancia aseguraba, y por eso no tenía madre, como los otros chicos, que podían ampararse y dormirse en el regazo de las mujeres.

Pero la tarde anterior un peón medio borracho y con la lengua suelta, de regreso del pueblo, se acercó al capataz y mirando al muchacho que próximo a ellos cargaba en una carretilla un montón de basura, dijo:

— Hoy vide a la madre 'e "Bichofeo" en el pueblo. ¡Viera cómo 'tá 'e güena moza!...

Nacio paró el oído. "Bichofeo" era él. Además de mutilarle el nombre, de no llamarle Ignacio, lo habían apodado "Bichofeo" por su costumbre de imitar el pájaro

con el silbido cuando lograba zafarse de una mano amenazadora, o escondido detrás de una mata de pasto, respondía con un: "Fiiicho feo, fii, fiiicho feo", que le salía de entre los dientes, burlándose de los que lo llamaban.

Don Sandalio vió al muchacho dejar de cargar la carretilla, vió los ojos agrandados por la sorpresa mirar como interrogando, y advirtió al peón:

— Mejor será que se calle. ¡La mamúa l'hace ver visiones!

— ¿Visiones? ¡Tá fresco!

— Venga... ¿No me comprende?... ¡Parece mentira!

Se lo llevó hacia la cocina, y Nacio quedóse mirándolos con intención de seguirlos; pero no se atrevió; se quedó sin saber qué hacer. Aquel descubrimiento que le abría

El desdichado "Bichofeo" de la estancia no había conocido su madre, su...

MAMA
LINDA

... y un día se lanza a la aventura de buscarla en el pueblo acompañado de su fiel perro, el único ser que hacía menos dolorosa su soledad.

los ojos a la verdad lo llenó de una alegría indecible, le puso un temblor en todos los miembros y un deseo como de llorar, de gritar, de saltar, de correr, de decirles a todos que él también tenía madre, que tenía mamá, una mamá linda, tan linda, que hasta Cirilo, el peón borracho, se descolgaba en un elogio.

Sentóse en una de las varas de la carretilla y llamó al perrito rabón, que tironeaba por arrancar del suelo, donde estaba enterrado, un pedazo de cuero.

— ¡Fiii, fii, fii!... ¡"Macachín"!... ¡Vení, "Macachín"!...

El cuzco se arrimó a él, le puso las patas sobre las rodillas y comenzó a buscarle la cara con la lengua.

— "Macachín", ¿vos no sabés?... Tengo mamá. Yo también tengo mamá... Y está aquí cerquita, en el pueblo... ¿Vos sabés ande'tá el pueblo?... Yo sí. Se va como quien va pal lao del tren, justamente ande'tá la estación. Ya juimos una vez, ¿te acordás? El día que me llevó don Sandalio en el tilburí y me compró aquel par de alpargatas que vos me rompistes cuando todavía'taban nuevitas, con sólo dos augeritos en la parte d'arriba... Güeno, allí'tá el pueblo y allí'tá mi mamá. Me gustaría verla, ¿sabés? Es una güena moza, más linda que... que vos y que yo... Mañana vamos a buscarla. L'han de conocer en el pueblo... Mañana vamos, ¿querés?

El perro ladró y le lamó la cara. Nacio le agarró la cabeza y lo besó fuertemente en el hocico.

— Le voy a dar un beso así, cuando la vea a mi mamá; la vamo'a a conocer de seguida porque es la más linda 'e todas. Vas a ver mañana... Tempranito nomás, sin decirle a naides, nos vamo'a a dir a verla. ¡Vieras

cómo 'toy 'e contento!... ¡La pucha!... Mañana... ¿Por qué no será hoy mañana?... ¿Vos sabés, "Macachín"? ¡Tengo mamá!... ¿Vos sabés?

Se abrazó al perro, lo levantó, y echando el cuerpo hacia adelante y luego hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó entre las varas de la carretilla.

Durante la noche se despertó varias veces, tocaba a "Macachín", que compartía su lecho, hecho una rosca a los pies, y le recomendaba:

— No te vas a quedar dormido, "Macachín"; en cuanto amanezca, si yo me duermo, despertáme, mordéme un pie. Mi mamá'tá en el pueblo. ¿Sabés? Vamos a dir a verla. ¿Vos no sabés quién es mi mamá? Es una señora que parece una niña, linda,

(Continúa en la página 13)

PARA LAS MADRES

LOS VOMITOS EN LOS NIÑOS

A fin de satisfacer su consulta le reproducimos a continuación las palabras de un eminente profesor, que le ilustrarán debidamente:

"Normalmente, después de cada tetada, tiene el niño uno o dos eructos, acompañados algunas veces de una regurgitación: esto es perfectamente normal. Se recomienda muy especialmente vigilar que, al tomar el biberón, el niño no absorba también aire, y tenerlo derecho durante tres o cuatro minutos después de tomar su alimento, con el fin de que pueda desembarazarse del aire que, a pesar de todo cuidado, pueda haber absorbido.

"Pero el niño puede también presentar verdaderos vómitos, y entonces se impone indagar cuanto antes la causa. Ante todo, en las enfermedades agudas con fiebre, los vómitos acompañan al aumento térmico, lo que, siendo un signo de reacción general, no es de mayor interés.

"En algunos casos, sin embargo, puede existir un interés mayor: los vómitos del principio de la escarlatina, de la meningitis, de la apen-

Es fácil conocer cuando un niño tiene lombrices, porque en tales circunstancias aparece pálido, ojeroso, tiene flojas las carnes y se rasca la nariz frecuentemente. Además su aliento despiden un olor ácido y está muy predisposto a las convulsiones.

dicitis, se colocan en el primer plan de los síntomas que determinan el diagnóstico.

"Pero hablaremos aquí de los vómitos que se producen en el curso del primer año, sobreviniendo frecuentemente y acompañados de perturbaciones digestivas.

"1° Tenemos los vómitos irregulares, que aparecen especialmente en los niños hacia los tres o cuatro meses, abundantes, provocados por la estenosis del píloro. El estado general del niño puede empeorar rápidamente, de manera que es necesario acudir cuanto antes al médico, haciéndole hacer un examen con los rayos X.

"2° Tenemos también la enfermedad de los "vómitos habituales", que sobreviene en los niños que presentan síntomas de herencia y a quienes un tratamiento médico puede curar en poco tiempo.

"3° Y tenemos por fin también aquellos vómitos que responden a causas de falta de higiene y de régimen. Falta de higiene: el niño nervioso, que duerme mal, que es caprichoso, porque su existencia no se ve admirablemente ordenada, vomitará siempre con facilidad. Falta de régimen: los niños sobrealimentados, o mal alimentados; que toman su alimento irregularmente o demasiado frecuentemente.

"Es, pues, necesario ordenar la existencia de los niños de pecho. Debe establecerse: primeramente, la hora del baño, sus salidas, el momento que se ocupa una de ellos para distraerlos, el momento de sus comidas. En cuanto al régimen, es preciso, al darles la cantidad fijada como propia para su edad, tener en cuenta sus disposiciones individua-

les y su apetito, fijándose en el aumento regular de su peso. A menudo pueden mejorar los vómitos sin lesión por un cambio de leche, por la introducción de alimentos semisólidos más difíciles de vomitar, y, en fin, por alguna poción calmante recetada por el médico."

De este fragmento que le reproducimos, usted podrá sacar consecuencias que esperamos le sean sumamente favorables.

Cdo. a "Suscriptora antigua", de Ceres.

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

RESPUESTA

No es un caso particular el de su nena, sino que es muy común aun en personas de mayor edad, de resfriarse a cada cambio de temperatura por leve que sea.

Naturalmente, debe usted tratar de combatirle esta tendencia a los resfriados con un jarabe que puede adquirir en la farmacia, y procurando no desabrigarla más de lo natural, o, por lo menos, no exponerla a los cambios intempestivos de la caída de la tarde.

Estando usted segura de que, por

JUEGOS CALLEJEROS



Los niños, hemos dicho muchísimas veces, no deben hacer vida callejera. Esto es pervertirlos, ya que, como todos saben, la calle es la escuela de las peores costumbres.

En ella aprenden todo lo malo que un chico puede saber, y, al mismo tiempo, suelen practicar juegos condenables, porque no sólo atentan contra su salud, y a veces hasta contra su vida, sino que, además, molestan a la gente.

Uno de los juegos que consideramos peligrosos es el de las carreras. Ese afán de querer ser los primeros en llegar a la meta señalada, les obliga a cerrar los ojos a todos los peligros, sin mirar que pueden tropezar y caer lastimándose y hasta sufriendo una fractura.

Los niños, repetimos, no tienen nada que hacer en la calle. Cuando en su casa no tienen las comodidades suficientes, están los parques y las plazas. Allí es donde toda madre debe llevar sus hijos, pero sin descuidar por ello su vigilancia.

Al insistir sólo nos proponemos inspirar bien a todas las madres.

CONTRA LOS MOSQUITOS

Es muy humano su deseo de evitar que los mosquitos, tan abundantes por ahí, hagan presa de su hijito cuando duerme. Desde luego, lo primero que usted debe hacer es cubrir su cunita con un mosquitero, a fin de evitar que puedan llegar hasta la carita del niño dormido.

Si a pesar de esto los mosquitos logran introducirse por el mosquitero, debe usted recurrir contra la picadura de estos molestos insectos haciendo uso del siguiente preparado, que es de resultados positivos:

Solución de formol al 40 por ciento	15 gramos
Bencina preparada	5 "
Acetona	5 "
Bálsamo de Canadá	1 "

Cdo. a "Sarita", de Algarrobo.

lo demás, su salud es buena, no debe usted alarmarse; pero, repetimos, no la descuide tampoco a fin de que esa predisposición que padece no se haga de carácter crónico.

Esto es cuanto podemos decirle en respuesta a su carta.

Cdo. a "Madre afligida", de Mercedes (San Luis).

DILATACION DE ESTOMAGO

Lo que usted debe tener, a estar a las referencias que nos da, no es otra cosa que dilatación de estómago. Sin duda usted hace abuso de bebidas y come demasiado. ¿Es así, o no es así? Es un grave error eso de comer hasta quedar completamente ahito. Esto,

como usted debe saber, es causa de que las digestiones se realicen lentamente y en forma penosa, y a veces ocasiona constipaciones y, por consecuencia, terribles dolores de cabeza. Todo esto, en suma, es el indicio más claro de la dilatación del estómago.

Trate, pues, de moderar sus comidas; esto es, de comer menos y tomar la menor cantidad posible de líquidos. Recuerde también que todo lo que ingiera debe ser de fácil digestión, y que, asimismo, debe usted masticarlos minuciosamente a fin de ensalivarlos ahorrándole mayores esfuerzos al estómago.

En la farmacia encontrará usted polvos digestivos a propósito para facilitar las digestiones y normalizar las funciones del intestino, que son de tanta importancia para la buena salud.

No deje de practicar esto que le recomendamos para su bien.

Cdo. a "Mamá R.", de Tapalqué.

CANSANCIO DE LOS OJOS

Es frecuente que, a causa de trabajos excesivos, se llegue a sentir cansancio en los ojos. Cuando esto ocurre, deben lavarse durante unos minutos con agua caliente en la cual se habrá vertido previamente una cucharadita de ácido bórico.

Después de este lavado, se secarán con la mayor suavidad posible con un trapo, si es posible viejo, de hilo, muy bien limpio. Hecho esto se procurará permanecer por espacio de media hora más o menos encerrado en una habitación completamente a oscuras.

Esto, como le decimos, le aliviará sobremanera.

Cdo. a "E. B.", de Luján.

Quando se vacuna a un niño, las mujeres de campo se imponen el precepto de no cambiarle la camisa mientras dura la evolución de las pústulas de la vacuna; y esto es un gran error, pues conviene cambiársela cada vez que se le ensucie.

CASO DELICADO

Lo que le ocurre a usted es debido a fallas de su organismo, que no debe pasar por alto. Póngase en tratamiento con un especialista, y es posible que en lo sucesivo pueda usted remediar esa anomalía que, como usted misma puede comprender, debe obedecer a una causa específica.

Lamentamos no poder darle otras indicaciones desde esta página, pues el caso no puede resolverse mediante una simple consulta epistolar. Pero no deje de ponerse en manos de un especialista, que será para su bien.

Cdo. a "Deseo un pibe", de Rojas.

BAÑOS TONICOS

Entre los baños tónicos figura el comúnmente denominado "baño de lluvia", que es una ducha estimulante y muy grata.

La temperatura de la ducha debe ser de 25° a 30°.

Cdo. a "Preguntona", de Salto.

El SOL es muy BUENO, pero hay que SABER TOMARLO.

Mamá linda

(Continuación de la página 11)

más linda que el sol; ya la vide en sueño... La vamos a conocer en seguida, "Macachín". Yo no nací de una flor de zapallo. Tengo mamá, una mamá linda... ¿Cuánto faltará pa que se acabe la noche? ¿No sabés, "Macachín"? Faltará más de un día, ¿eh? ¡A ver si te dormís!

Con los ojos fijos en la puerta del galpón, luchando con el sueño que lo vencía por momentos, amaneció, y salió fuera.

Bajaba la loma con el paso aligerado por el deseo de llegar, resbalando sobre los pastos mojados de rocío, salpicados de gotitas que con los primeros rayos del sol brillaron como diamantes desparrramados sobre el felpudo verde del campo.

La galleta había pasado a su estómago. "Macachín" trotaba de un lado al otro, con el hocico pegado al suelo, levantando a veces el vuelo de algún pájaro o de alguna perdiz que se guarecía bajo los cardos.

Atravesaron nuevos alambrados, dieron un largo rodeo para esquivar un campo lleno de novillos y salieron a una calle que bordeaban dos zanjones anchos como arroyos.

Nacio llamó al perro, y dijo:

— Por acá pasamos con el tilburí, ¿verdad, "Macachín"? Vamos bien. El pueblo'tá cerquita; allí'tá mi mamá.

Volvió la cabeza y buscó las casas de "La Gaucha". No divisó más que un monte como la punta de una tormenta que se asomara a lo lejos.

Contento púsose a silbar.

— ¡Fii, fii, fiiicho, fio!

Continuó andando, siguiendo la calle que parecía interminable; el cansancio empezó a dominarle, se sentó a orillas de un zanjón y el perro se echó a su lado.

Vió acercarse un automóvil que iba en dirección a la que él llevaba, y murmuró:

— Si me quisiera llevar... Soy capaz 'e decirle... Pero..., ¿y "Macachín"? A "Macachín" no lo va'a querer llevar...

Púsose en mitad de la calle e hizo señas al conductor del coche que parara. "Macachín" se restregó contra sus piernas, él miró al perro y preguntó al señor que iba en el auto:

— Güenos días, señor... ¿Quiere..., quiere decirme si falta mucho para llegar al pueblo?

— Como dos leguas. ¿Nada más que pa eso me paraste, mocoso?

— Nada más, y... disculpe, señor... El automóvil arrancó velozmente y "Macachín" se lanzó tras él corriendo y ladrando.

Las piernecitas de Nacio no daban más cuando se internaron en las primeras calles de la población.

El sol estaba alto.

A pedradas hubo de defender al perrito del ataque de sus congéneres. "Macachín" ahora no se despegaba de su lado. Marchaba medroso mirando a Nacio como a un ser superior, de quien temía perder la protección.

— "Macachín", ya'tamos ande'tá mi mamá; vamos a preguntar por ella.

Detuvo el paso de una lavandera que llevaba un atado de ropas en la cabeza, se quitó el sombrero, y después de mirarla un momento titubeando, sólo acertó a decir:

— Güen día, señora.

— Güen día, m'hijo. ¿Qué se te ofrece?

— Este... Quería saber ande'tá mi mamá.

La mujer lo miró asombrada.

— ¿Tu mamá? ¿Y quién sos vos?

— ¿Yo? Nacio.

— ¿Nacio?... No te conozco. ¿Y tu mamá?

— Mi mamá... no sé. Pero usted de-

be conocerla. Es una señora linda, más linda que usted...

La lavandera abrió la boca estúpidamente; después, sospechando que el muchacho se burlaba de ella, se indignó:

— ¡Sinvergüenza! ¡Malcriado!... ¡Así ha de ser tu madre, que no te enseña a respetar a los mayores!

Poco faltó para que no le tirara con el atado de ropas que llevaba a la cabeza; echó la mano que tenía libre hacia adelante con intención de castigar al muchacho, y "Macachín" le saltó encima.

— ¡Quieto, "Macachín"!... ¡Venga!... La señora no sabe que tengo mamá. Creirá que nací de una flor de zapallo, como creiba yo...

La mujer hubiera reído de no estar tan asustada por el perro; pero apenas si oyó lo que decía Nacio, y sólo atinó a retroceder y a gritar:

— ¡Déjeme pasar, bandido! ¡Sujete su perro! ¡Sujetelo bien!... ¡Sinvergüenza!... ¡Vea para lo que me ha parado, pa hacerme morder del perro!... ¡Saqueló del paso!

El muchacho, abrazando al perro, se apartó.

El pueblo era grande, casi una ciudad. A medida que se acercaba al centro, más empuñecían el coraje y la esperanza del chico. Luego de haber detenido a varias personas para hacerles la misma pregunta y recibir la respuesta de una carcajada o de una amenaza, asombrábase de que la gente no conociera su mamá.

Cuando veía una mujer bonita se detenía anhelante, con el corazón que aceleraba las palpitaciones, a la espera de que la mujer, al pasar por su lado, lo reconociera y lo llamara para besarlo.

Hasta se atrevió a preguntar a una bellísima joven:

— Diga: ¿usted es mi mamá?

La señorita lo miró severamente y lo amenazó con hacerlo llevar preso. Nacio convenciónse así que se había equivocado de nuevo. Su mamá no lo iba a mandar preso. ¿Dónde estaría su mamá? ¿Cuál sería su mamá?

El resto del día lo pasó arrastrando sus pies hinchados y doloridos por las calles; pero ya no molestaba a nadie, no se atrevía a preguntar a nadie por su madre. Sentábase en el cordón de la vereda, con "Macachín" a los pies, y miraba con grandes ojos de angustia a las mujeres.

— ¡Mi mamá! ¡Yo quiero mi mamá!

Y comenzó a llorar en silencio, a dejar correr las lágrimas largas que abrieron surcos sobre la pelusa de sus mejillas llenas del polvo del camino y descoloridas.

La noche lo alcanzó sin haber abandonado el pueblo en uno de los bancos de la plaza. Nacio tenía sueño, sueño y hambre, y se quedó dormido.

Lo despertaron un vigilante y el ladrón de "Macachín".

A las preguntas del agente contestó el muchacho entre lloros; el vigilante se rió, y luego se lo llevó a la comisaría.

En ella, un oficial le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Nacio.

— ¿Qué más? ¿Cuál es tu apelativo?

— No sé, señor.

— ¿No tenés otro nombre?

— ¡Ah, sí! Bichofeo. Nacio Bichofeo.

En "La Gaucha" me llaman así...

El escribiente lanzó una carcajada. En seguida ordenó que lo dejaran en la guardia y le dieran un capote para cubrirse. Estaba refrescando mucho, y aquella camisita que tenía no era ni para resistir una noche de mediano calor.

Allí, en la oficina, con "Macachín",
(Continúa en la página 57)



Yerba SALUS

**Sabrosa y aguantadora
como buena criolla**

**100 % argentina
más pura,
más fragante,
más sabrosa,
más rendidora,**

**¡y 50 centavos más barata que
las importadas!**

Pídale a su almacenero el bonito almanaque para 1934 que SALUS obsequia a todos sus favorecedores.



YERBA
SALUS

Rinde 1.000
espumosos mates
por kilo.

Mackinnon & Coelho Ltda.
Compañía Yerbatera

El pabellón
cubre la
Mercadería

No hay organismo ni espíritu esforzado que no sucumba a los rigores de un adverso y mortífero...

CLIMA

borde del camino y no lo dejó pasar, gritándole cuando estuvo cerca algo muy elocuente.

Una paisanita rubia, gorda y roja, con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco, le observaba asustada desde su asiento al lado del padre.

Severiano la miró estudiosamente como miraba por instinto a los caballos y a las mujeres. Finalmente, como epílogo al encuentro, escupió malhumorado y luego el obscuro agarró un "marchado" rápido, animado por la proximidad del boliche.

Llegaron. Los perros del italiano, perros mansos de boliche, salieron ladrando más para anun-

...Así cae en las garras del inhospitalario clima de la trágica selva chaqueña el protagonista de esta novela gaucha, al huir de su sombra en la correría de aventuras que tejieron el drama de su vida.

ciar que para torear al recién llegado. Severiano bajó del caballo y lo dejó flojo ahí nomás sabiendo que no se le iría. Zanini, que estaba en el patio agasajando a varias notabilidades, entró al local de ventas para atender al que llegaba.

—¿Qué tal, Severiano? — dijo sin mucho entusiasmo.

Severiano masculló un "bien, ¿y usted?" y pidió caña. El bolichero trajo un vaso grande y una botella y fué llenando el vaso de a poco esperando la señal. Pero Severiano dejó que el líquido ambarino llegara hasta el borde.

— Parece que andás con plata, che, Córdoba.

Severiano no contestó. Llevaba ya en la sangre ese silencio huraño de las largas soledades y aun cuando estaba de buen humor no le salían las palabras.

Zanini pronto lo dejó solo con su vaso; se excusó mostrando la rueda de amigos que lo esperaban en el patio interior de la casa. Eran el comisario, un viejo lindo de barba blanca; un estanciero del Norte, su hijo, muchacho tímido y silencioso que escuchaba sin comprender y miraba con los ojos aguachentos al resto de la rueda; un ex médico ex rico que misteriosamente a menos (hacía generosas libaciones, se murmuraba), y, magnífico de elegancia campera europeizada, con sus breeches de terciopelo, saco de cuero con cierre automático, botas lustrosas y el aire limpio que asombran en el Norte; un ex general ruso de monóculo, barba corta y nariz fina, que pasaba con su mujer rumbo al Norte en misión desconocida, y, mientras descansaban los caballos flacos y mal cuidados, hacía la habitual estación de algunos días en el boliche.

La mujer de Zanini cebaba mates, y la "princesa", consorte del general, se volvía toda actividad entre la cocina abierta y el horno de adobe que como un tacurú emergía en el patio, preparando tortas, panes y empanadas para su ilustre señor.

El italiano, halagado de encontrarse en tan excelsa compañía, sonreía hasta partirse los labios, repartía cumplidos, adhesiones, corroboraba, asentía, celebraba ruidosamente los chistes y llenaba continuamente las copas desparejas que poblaban el mantel de hule.

Severiano, que tomaba despacito con el codo apoyado sobre el mostrador, tenía la imaginación repartida entre el grupo de gringos, la estantería del boliche, emblema de lo que puede el dinero, y sus propios pensamientos de inusitada gravedad.

El perro de la bolichera entró tímidamente y se le fué a echar cerca

EL boliche acurrucado en el desierto como una clueca blanca, sus paredes leprosas de revoque caído por el lado del viento... "Almacén y frutos del país" con la "ene" al revés, lo vio de lejos.

Venía medio dormido sobre el caballo. Era un criollo del Norte, un "salteño" moreno y taciturno. Se llamaba Severiano. Trabajaba a veces como peón de tropas en el puesto Las Botijas, pero las más tomaba mate, andaba a caballo mirando al cielo o al suelo, y si tenía con qué, se estancaba en el boliche.

Una ñacaniná (1), larga y verde, de escamas brillantes a la luz del mediodía, pasó cimbreando entre las patas del obscuro y se fué a esconder en la isleta de caraguatá (2) que mordía el camino con sus hojas como puñales.

Severiano Córdoba (Córdoba por la madre, Pascuas Córdobas, del cincuenta y seis) iba pensando vagamente, abombado por el sol rabioso y la tierra recién mojada, que despedía vapores sofocantes.

Detrás de él oyó el ruido monótono de un carro ruso que venía a todo el paso de los robustos percheros, importación de la Pampa, pero no salió del medio del camino hasta que el alemán del carro no le hubo descargado encima un chaparrón de malas palabras de pura esencia criolla, aunque amortiguadas por su fuerte acento teutón de gringo inasimilable.

Lentamente Severiano dirigió el obscuro hasta el

(1) Víbora típica del Norte.
(2) Especie de cacto.



NOVELA CORTA

Por STEVENNE TYNDALL

de las piernas. Severiano, rabioso, le tiró una patada.

—¡Diga, don! — llamó al "nortero". — Deme otra caña.

Sacó del cinto unos pesos mugrientos para mostrarle que tenía con qué pagar. "Menos mal — pensó el otro: — hoy no va a ser clavo.

Severiano miró los estantes para ver, como de costumbre, qué novedad traía el progreso.

Latas de dulce de membrillo santiaguense, tapa abajo y sucias hasta los bordes; latas triangulares de flúido, latas de picadillo; latas de sardinas con la silueta de los pescados sobre un fondo rojo, para indicar tomate; botellas de aceitunas; abajo: bolsas de galleta, latas de galletitas y caramelos, tabaco sin impuesto, trenzado en pencas; bolsas de papas, de harina, de azúcar, de cebollas; colgadas de un clavo, tiras de ajos. A la derecha, "la tienda": algunos géneros de algodón floreados, para las chinas; espejos de superficie ondulante y marcos dorados, dedales de robusto tamaño, jabones de olor, y en una vitrina cartones de "oro puro", "legítimo", "garantizado", y perlas de vidrio. Para su uso particular, el bolichero tenía un fonógrafo, enorme monumento de corneta verde, y los discos, grises, de viejos, se amontonaban miserablemente al lado de cajas vacías, que representaban el surtido "en jabones".

A la izquierda, la ferretería y el despacho de bebidas. Más latas de flúido, verde París, palas, hachas, rastrillos, piedras de afilar de ocho tamaños, formando una torre decorativa sobre el mostrador; sogas, cadenas, y hasta planchas. Luego en el ángulo donde se vieran más, las botellas de anís, ginebra rosarina, oporto, vermuth; otros menjunjes, desconocidos para el mundo civilizado, luciendo sus marcas pueriles, "Maruja", "La Chancha", y la transparencia invitante de su contenido. ¡Si hasta había "Píneral", porque lo recetaba el curandero! En verdad, un boliche distinguido.

Una cabeza de mujer rubia, sonriente, que ilustraba una manzanilla española, hurgueteó su herida, recordándole lo que Severiano venía justamente a que las botellas le hicieran olvidar.

Era un rancho bajo los árboles al lado del camino. Un rancho pobre, de palo a pique y barro con techo de paja, que ya dejaba pasar la luz. Adentro no había más que dos catres de tiento, un estante y al fondo una montura de mujer, de charol con bordados multicolores. Ahí vivía la felicidad de Severiano.

Pero ese día había notado que indefiniblemente el rancho le era hostil; de lejos tuvo un presentimiento que comprendió cuando vio al otro hombre al lado del fogón tomando mates que le cebaba Agustina.

Cuando se apeó, Agustina no se molestó ni en venir a saludarlo, y cuando se acercó lo miró con unos ojos fríos y duros que no conocía.

Se había quedado largo tiempo silencioso como siempre, pero con una rabia sorda que le mordía el corazón y le fruncía el ceño.

El otro hombre ni le prestaba atención. Era capataz de tropas en una estancia vecina; Severiano lo conocía bien.

Agustina llevaba puesta su mejor ropa, el vestido rosa que le habían traído del pueblo una vez con su cuello blanco, y medias y alpargatas nuevas. Andaba bien peinada también, con el pelo tirante como losa negra y las trenzas gruesas haciendo rodete liso en lo alto de la nuca. Los aros salteños de doña María que fumaba su cigarro sentada en un catre

con las piernas colgando, brillaban contra su tez morena.

Cansado de esperar que el otro se fuera, Severiano se metió en el rancho. El capataz de tropas andaba ocupado afuera dándole maíz al caballo que se veía era animal acostumbrado al cuidado. Agustina entró en el rancho en el momento en que Severiano revolvía las cosas del estante y sacaba una azucarera de palosanto.

—¿Qué buscás? — le preguntó enojada.

—¡Lo que es mío! — contestó el hombre con una mala palabra que le salió del fondo del corazón.

Agustina lo dejó que sacara los pesitos mugrientos que él le había dado en un extraño acceso de generosidad. Hasta en esos vió Severiano una confesión. Rabioso la agarró de un brazo y la sacudió violentamente tratando de hacerle daño. Agustina se defendía en silencio para que el otro hombre no se diera cuenta de lo que pasaba. Severiano luchaba por que la mujer desmintiera sus sospechas, pero ella, cuando hablaba, en voz baja y ronca, rara vez aun así, era para soplarle insultos. Al fin, algo venció su rabia; con un juramento soltó el brazo dolorido, salió del rancho y se fué derecho al oscuro que esperaba resignado.

Le pareció que el capataz de tropas lo miraba con una sonrisa compadre. Severiano tuvo la tentación casi incontenible de meterle un balazo, pero una subconsciente idea de las consecuencias lo retuvo. Pensó: "¡Ya te la quitaré algún día, perro; a las buenas o a las malas!" Y se fué.

Se había tenido que ir de un tirón hasta Zatangui porque un despecho amargo no se lo quitaba de al lado ni para dejarlo dormir. Las chinas lo habían recibido muy bien, y más cuando Severiano sacó de las alforjas una botella de caña y otra de alcohol que había comprado de paso. Pero no era lo mismo. Vuelta a vuelta la cabeza se le iba hasta el rancho del cincuenta y seis, y pensaba con furor en lo que estaría pasando allí.

—¡Ojalá lo comieran los perros... y a ella también!

La china, que estaba a su lado, lo miró asustada; había hablado fuerte sin darse cuenta.

—¿Qué me mirás con cara 'e vaca? — le dijo brutalmente Severiano. — ¡Dame la botella!

La china le pasó la caña.

—¡La otra! — ordenó.

La china, mitad atemorizada, mitad halaga-

da, en su instinto primitivo al tener un hombre tan bruto, lo adoró tímidamente.

Y Severiano, con lógica humana, se vengó haciéndole todas las miserias que a su juicio merecía Agustina. Entonces la china de Zatangui, también con lógica humana, lo quiso para siempre.



DON PANFILO Y SU PERRO ADOLFO



—La organización es fruto de los malos tiempos — iba diciendo el médico cuando Severiano consiguió desentredarse de su rabia. — Mientras dura la riqueza, nadie piensa en nada útil; cuando vienen las desgracias, recién se dan cuenta de las ventajas de trabajar en unión. Por eso la desgracia es mucho más fértil que la riqueza que no produce más que degenerados.

—Excúseme — interpuso el general del monóculo. — La riqueza no es degeneración más que para los países nouveau riche, en cuya sangre no es cultivo más que la ambición del dinero, y cuando conseguir dinero, no hay más nada en la sangre. No tener abuelos, ni orgullo idealizar familia.

El bolichero, que no había comprendido, asintió con admiración. El estanciero y su hijo, con esa enorme dignidad que aunque no entiende, desprecia todo lo que oye con un silencio vacío, siguieron haciendo lo que estaban haciendo, callaron. Pero el comisario, que tenía veleidades políticas, comprendió a medias y se indignó en frases sonoras, lugares comunes que no venían al caso: "Nuestro país es fuerte, porque es sano y joven. Acá somos todos iguales y nobles, el hijo del pobre y el hijo del rico."

La "princesa", una esclava, hermosa mujer de formas llenas, se acercó al grupo para hablar a su marido, aconsejándole, seguramente, la prudencia. Palabras incomprensibles salieron de sus labios rojos que descubrían dientes chicos y brillantes.

Severiano, que la vio tan mujer, sin-

tió de nuevo la garra de su pena. Pidió otra caña. La cabeza le estaba empezando a dar vueltas; desde el día anterior no había dormido; tenía el cerebro lleno del alcohol, y en su defensa el estómago sólo unos pocos mates.

Su sensibilidad se exaltó en ese instante que precede a la borrachera. Apuró su tercera copa de caña, puso un disco en el fonógrafo y pasó al patio, caminando demasiado duro.

El italiano estaba lejos, ayudando galantemente en la horneada. Los otros del grupo ni le prestaron atención. El comisario contaba cómo una vez se había quedado solo en la comisaría con una cantidad de sujetos en el calabozo, y a pesar de las advertencias de sus oficiales, cansado de todo un día de a caballo, se había quedado dormido en su catre. Y de cómo a la mañana siguiente lo habían despertado los cuatros trayéndole mate a la cama.

La "princesa" seguía activa. Se había arremangado, y los brazos rubios y llenos amasaban un pan de miel.

Severiano se plantó al lado de la cocina, apoyado en uno de los pilones que sostenía el techo, y la miró con su habitual intensidad acrecentada por el alcohol.

La "princesa" acabó por sentirse molesta. Lo miró a su vez como para decirle "¿qué quiere?" Severiano no entendió, pero la mirada clara de la mujer, un ligero perfume de agua de Colonia y jabón de lavanda que se desprendía de ella, hicieron sobre su cerebro enfermo una fuerte impresión. Dejando su apoyo caminó hacia ella con

una expresión tal, que la mujer, alarmada, llamó al general en su idioma rápido.

El caballero del monóculo se levantó, furioso, de que un "nativo" se animara a mirarla así. Interpeló al muchacho, que no le respondió más que con una mirada de odio.

Extrañamente, Severiano creía ver en ella a su Agustina; en él, al capataz de tropas. No se la quitaría más, porque él era hombre y no le temía a nada.

El general hizo un gesto de querer tomarle de un hombro. Rápidamente un hombre, que Severiano no conocía y que lo dominaba, echó mano al cinto, sacó el revólver, apretó el gatillo.

Hubo una explosión; el hombre rubio tuvo una mirada de sorpresa y rodó por el suelo. Un grito de mujer desgarró el oído de Severiano, y de repente toda su borrachera se despejó como un claro después de la tormenta, y el instinto de conservación se hizo serenidad en él.

Lleno de sangre fría fué retrocediendo, amenazando con el revólver a los que se habían levantado. Inexplicablemente, con una táctica de que nunca hubiera sido capaz, llegó hasta el oscuro, montó rápido, le pegó un tiro en la barriga al otro caballo y salió a la carrera.

Detrás de él sonaron tiros, que no lo alcanzaron ni a él ni a su montura.

Corrió como un loco sin dirección ni pensamiento durante largo rato. Luego notó que el caballo empezaba a aflojar, y se dio cuenta de que si quería salvar el pellejo necesitaría todas sus fuerzas

y las del animal, pero más que todo serenidad. A pesar de sus propios impulsos fué frenando el caballo hasta que quedó al "marchado", ese paso increíblemente rápido, pero descansado, de los caballos criollos. Entonces notó que sus manos morenas temblaban como las de un viejo, y se dio cuenta de que había matado a un cristiano.

¿Para dónde rumbearía? Su cerebro le dijo que más bien para el pueblo, en dirección al Sur, donde había más tráfico y se confundiría con los correntinos que venían para la cosecha y que no eran conocidos de todo el mundo como los criollos del Bermejo. Pero algo instintivo lo empujaba hacia regiones amigas; tiraba para la querencia.

Severiano eligió un pedazo duro donde las patas del caballo no dejaran rastros, para abandonar el camino; y después de un rato de cruzar campo recién quemado y atravesar unas isletas de monte, empezó a pensar en un plan de fuga.

De súbito, creyó oír un lejano galepe. Recién entonces conoció la angustia del fugitivo. Se sintió palidecer, temblar, se metió con el caballo dentro de una isleta y quedó inmóvil.

El miedo, frío como una escarcha sobre su corazón, lo paralizó sobre el caballo. Le pareció que el ruido se acercaba. Se sintió de trazo; un sudor de agonía mojó su frente.

¿Quién sería que se aventuraba por esos campos pelados? ¿Vendría en su busca? Era el comisario, seguramente, que había conseguido otro caballo.

Severiano, temblando, sacó su revólver. ¡Maldito revólver! Se lo había ganado a Carmen Lozada en un partido de barajas estando el otro tomado. Severiano veía como hoy la cara de Carmen, cuando enojado y medio dormido se sacó el cinto con el revólver y lo jugó en dos últimas apuestas. Andaba de suerte, lo que nunca. Contento, con el revólver flamante, había pagado el gasto de la tarde y se había ido. Alguien en Zatangui le había contado después que Carmen andaba como loco buscándolo y diciendo que Severiano le había robado el revólver.

Se había sentido muy hombre con el arma en el cinto. Las chinas y los comensales del mostrador se lo habían admirado muchas veces. Desde que lo tenía, Severiano caminaba de otro modo; se sentía patrón. Agustina sólo había ido poniéndose cada día más fría. Severiano, arrollado por la inexplicable injusticia de no ser amado cuando él todavía amaba, había perdido hasta la hombría. Andaba como un perro aporreado con la cola entre las piernas, siempre gimiendo. Y Agustina, que había simulado indiferencia por coquetería, se cansó sinceramente de ese llorón a quien había creído hombre. De saberlo asesino, quizá lo hubiera amado ahora.

La imagen de Agustina, con sus ojos serenos y aterciopelados que alguna vez lo había mirado con ternura, echó momentáneamente al espectro del miedo. El galope se había alejado; con la inmediata sensación del peligro, se fué también la prudencia. Severiano empezó a considerar la idea de volverla a ver.

El proyecto lo llenó de grandes bríos. Se dijo a sí mismo que no había mayor peligro, que el comisario no lo buscaría allí. La idea de volver a verla, quizá de abrazarla, le dió alas. Severiano olvidó su crimen, olvidó que ella no lo había querido mirar, corrió.

El sol había bajado, pronto sería noche cerrada. Severiano, que había nacido por los parajes, conocía todas las isletas, todos los caminos, todos los pasos de las cañadas y lagunas. El hecho de no haber sido alcanzado ya, lo convencía de que no sería alcanzado nunca. ¿Y quién lo buscaría en el rancho de Agustina? Lo lógico es que hubiera tratado de ir lo más lejos posible.

Severiano se metió entre los árboles lejos de todo camino, y ató largo al obscuro para que pudiera comer un rato. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra un tronco y empezó a soñar con lo que le diría a Agustina y cómo lo recibiría ella.

Tranquilo, perezoso, hundido en sus reflexiones, Severiano pasaba las horas vigilando nomás de que el caballo no se le fuera muy lejos.

No hubo ninguna alarma, no se acercó ningún galope. Tarde, a la luz de las estrellas, Severiano volvió a montar y salió al tranco silencioso por entre los pastizales conocidos que rodeaban el cincuenta y seis.

Largo tiempo anduvieron el hombre y el animal serenos y descansados como cuando volvían del puesto a la querencia. Severiano se guiaba por las estrellas y la silueta familiar de los montecitos.

Serían las once de la noche cuando

sigilosamente Severiano se acercó al rancho. Prudente, se bajó del caballo sin soltarlo, llevándolo por las riendas.

Notó con asombro que había luz en el rancho; luz flojona de una vela parecía.

Al reflejo de las estrellas vió que había un catre afuera con alguien dormido: la vieja.

Los perros ladraron; al fin, con un paso más fuerte del caballo sobre la dureza del patio, la vieja se despertó y se sentó en el catre; del rancho salió un hombre.

Severiano no necesitó más. Hirviendo de rabia impotente y de miedo salió disparando a todo lo que daba el obscuro; castigaba al valiente animal con los talones, aguzado por una tormenta de su alma que pedía desahogo de alguna especie. Volaron innecesariamente hasta que un paso falso del obscuro casi los volteó. Entonces Severiano comprendió la locura de su carrera; nuevamente salieron del camino, nuevamente Severiano estudió el mejor rumbo... Pero al mismo tiempo lloraba de rabia.

Ya que era criminal, ¿por qué no lo había matado también a ese perro, culpable de todas sus desgracias? Y entre dos insultos y dos sollozos tuvo la imagen de Agustina en los brazos del otro, y juró las venganzas más crueles. Juró ser rico y poderoso para poder destruirlos algún día, para venir a refregarle plata por la cara a la infiel que se había vendido: porque Severiano achacaba su mala fortuna al ser pobre. El éxito del otro a que era rico, capataz de tropas. Él, que había tomado parte orgullosamente en cuatrecadas frecuentes, insultó al otro con un "ladron" y se calificó en su sueño de venganza de "pobre y honrado trabajador".

Muchas horas anduvo instintivamente al Norte. Una sensación de mareo le recordó que no había comido en todo el día; estaba descompuesto de rabia y hambre. ¿Quién le ayudaría a comer? Imposible ir a su propio rancho. Poco es lo que allí habría y luego estaría vigilado por los vecinos que lo odiaban y lo denunciarían, como no fuera más que para sacarle el pozo.

De pronto, Severiano tuvo la certidumbre de que había encontrado una solución: la chica de Zatangui.

Era un peligro enorme ir a esas casas siempre llenas de gente de afuera. Tampoco era posible pasar sin comer ni beber durante su fuga a través del cincuenta y seis hasta por lo menos Cinco Luces que era donde menos lo conocían.

Y además, Severiano tenía un deseo enorme de no sentirse solo en su desgracia; quería el contacto con algún ser humano que lo acompañara en su pena. Agustina le había fallado, y los infelices no tienen más amigos que las mujeres; se refugiaba, como ayer, en Zatangui.

El rancho de Zatangui estaba rodeado de árboles que llegaban hasta la casa. Severiano se ocultó con su caballo y esperó que la suerte decidiera.

Amanecía; los bichos de la selva y los bichos del gallinero se despertaban. Severiano esperó pacientemente.

Era ya de día. Un indio, que probablemente había pasado la noche en el patio, se levantó, ensilló el caballo y

se fué al tranquito. Un hombre salió de las casas y se fué a astillar leña en un monte medio quemado que había a los cincuenta metros de la casa. Luego salió una mujer vieja que en seguida volvió a entrar.

Severiano, alarmado ante tanto tráfico, decidió irse sin ver a la chica; pero, a pesar suyo, esperó otro rato largo.

Al fin salió ella, descalza y feíta, una china de cara redonda como una luna y ñata como un chanco. Por primera vez Severiano la miró con cariño. ¿La china habrá sentido a través de la madrugada el rayo de ternura?... Se dió vuelta en su camino al pozo con una lata en cada mano y miró al monte.

Severiano había salido un poco de su escondite; con un dedo sobre los labios le hizo señas de que se acercara. La china disimuladamente asintió.

"Ya sabrán todos", pensó Severiano alarmado y aliviado al mismo tiempo. La china, tranquila, sacó agua del pozo, huérfano de roldana, con un balde y una soga, esperando pacientemente a que se juntara el agua en el recipiente demasiado liviano; luego llenó las dos latas y caminó hasta el rancho.

Al rato, y cuando Severiano empezaba a sentir sospechas alarmantes, volvió a salir, sola, y con toda naturalidad se metió en el monte. Nadie observaba tampoco. Severiano la abrazó con un fervor que la sorprendió agradablemente.

—Estuvo el doctor del cinco— le dijo en cuanto pudo hablar. Sobraba información.

—Traeme sal y agua— ordenó Severiano rápidamente.

La china, sumisa, se fué en seguida al rancho. Poco tiempo después volvió con las manos vacías. Cuando se encontró con la mirada interrogadora de Severiano, sacó del pecho un paquetito de sal y luego una bolsa de galleta que traía disimulada entre los pliegues del delantal que se había puesto, delantal mugriento que se confundía con el vestido igualmente sucio.

—¿Y el agua?

La china fué al pozo, del suelo recogió una botella abandonada, la enjuagó con un poco de agua del balde y la llenó.

Agradecido, Severiano la volvió a estrechar en sus brazos, luego agarró las riendas y fué internándose en el monte silenciosamente.

La china, demasiado primitiva para ser romántica, no se quedó allí clavada mirándolo alejarse. Había cumplido con su deber de mujer que ama a un hombre; ahora volvería a su vida, a esperar... o no.

Después de la entrevista Severiano se sintió mejor. Su rabia se había despejado. Con la devoción de la chica su orgullo de hombre había vuelto a lo normal.

Además, tenía buena suerte. Por lo visto, la policía no lo buscaba mayormente, y la razón no era difícil de adivinar. Los tres oficiales de la región estaban ya desparramados a leguas y leguas del lugar, rastreando otros sucesos de vuelo, y el comisario, hombre que vivía en el recuerdo de sus pasadas glorias y corajes, amaba en su vejez demasiado a la vida para arriesgarla en un caso sin resonancia.

Diez leguas más, un día de caballo y el mayor peligro habría pasado; luego podría tomar las cosas con más calma y no cansar al fiel obscuro. Toda la mañana anduvo. Cuando el sol se hizo muy fuerte, paró en una isleta, ató largo al caballo y se sentó a comer galleta y tomar agua de la botella. Tenía un hambre canina, una sed devoradora,

(Continúa en la página 19)



GANARA MAS DINERO si estudia, una hora diaria, una de estas profesiones lucrativas, que aprenderá rápida y económicamente por correo.

Dibujante
Procurador
Electricidad
Agricultura
Tenedor de Libros
Perito Comercial
Químico Industrial
Corte y Confección
Idóneo en Farmacia
Periodismo y Publicidad
Radio - Televisión - Fonofilm
Mecánico Electricista de Autos
Constructor de Obras y Caminos

Impartimos, con gran eficacia, los conocimientos técnicos y prácticos que necesitan los que desean prosperar.

La administración de esta revista certifica la seriedad de esta antigua y prestigiosa institución argentina de enseñanza.

Mándenos este cupón, escrito con claridad y recibirá un folleto explicativo

Escuelas Sudamericanas
689 - Avenida MONTES DE OCA - 695
(Palacio propiedad de estas Escuelas.)
Buenos Aires - República Argentina

Nombre

Dirección

Localidad

A TODO HOMBRE INTERESA

El nuevo método "CIDEX" del Dr. C. I. Dayer, fundador del Instituto Franco Americano de Ciencias Sexuales, para combatir la DEBILIDAD GENESICA y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCULINO, sin droga alguna. — Procedimiento Seguro, Fácil e Inofensivo; Privilegiado por el Supremo Gobierno, bajo N° 26.243. Pídase el librito GRATIS de 80 páginas, se remite en sobre cerrado y sin membrete, acompañando \$ 0,50 para gastos de remisión.

Inst. "DAYER" — Casilla de Correo 23 — Suc. 21 — Bs. Aires

**Un MOTIVO de BORDADO
MODERNISIMO APLICA-
BLE a LABORES de
BUEN GUSTO**

**El ARTE
de
BORDAR**



La ejecu-
ción es a
"punto chato";
las hojas a "pun-
to hierba"; el trián-
gulo a "punto chato",
combinada la puntada
verticalmente. En las
flores se seguirá la forma
curva con la puntada. Todo
este trabajo sobre tela de hilo
antigua resultará mejor.
Para algunas labores será nece-
sario orlar con un bordado de
medio centímetro de ancho que
aquí aparece en azul, pero
que puede ser alterado,
según el gusto o la en-
tonación de la pieza a
que va a destinarse.

Combi-
nando este
simplísimo mo-
tivo, es adapta-
ble a cualquier la-
bor, como ser: servi-
lletitas, cubreteclado
del piano, camino de me-
sa, cortinados, almohadones
y hasta pañuelitos de mano.

Los colores que aquí reprodu-
cimos son los que más se ajustan
a la técnica moderna, pero pueden
sufrir alteración, según el gusto de ca-
da ejecutante.

Al diseñar este conjunto se ha tenido en
cuenta que el azul sea brillante para com-
binarlo con otros de distinta fuerza. Lo mismo
ocurre con el naranja, cuyos matices son el arte
que debe ponerse al bordar, tratando de hacerlo en
forma que se esfumen sin violencia, para lo cual, an-
tes de empezar la labor, hay que tener adquiridas las
sedas con los colores a usarse y así poder combinarlas
sobre el trabajo, antes de iniciar el bordado.

En cada caso de entonación distinta debe conservarse el
esfumado, que es lo que dará realce a la labor, y no olvidarse
que los colores sean contrastados, como lo indica el modelo.



No hay más Blenorragia NO DESESPERE

Si ha fracasado todo procedimiento, sistema, tratamiento, ya sea con píldoras, lavajes, inyecciones, sellos, cachets, recalentamientos eléctricos, etc., pues su SALVACION está en el

GONOSANOR

nunca más barato, por crónica que sea su enfermedad.

La última conquista de la ciencia médica combinada con la técnica científica, resultado de muchos años de estudio, infalible donde se aplique, significa una verdadera

REVOLUCION

en el tratamiento de las venéreas, urinarias, etc. Blenorragia, blenorrea, leucorrea y sus complicaciones como ser: prostatitis, cistitis, poliuria, etc., no existen más usando el Sistema GONOSANOR, único patentado en todo el mundo, aprobado por el Dep. Nacional de Higiene.

El enfermo se cura solo, sin interrumpir sus ocupaciones, sin dolor, sin molestias y sin que nadie se entere.

GONOSANOR-Paraná 608

Visítenos o solicite informes, folleto "M. A." y certificados que le remitiremos a vuelta de correo bajo sobre cerrado sin membrete.

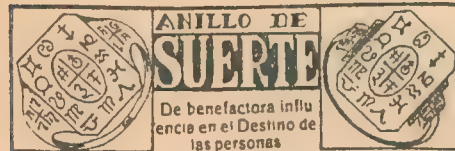
Bandoneón "GRATIS"

Envío a cualquier punto de la República para el estudio por correo, y también en la ACADEMIA donde dicto clases especiales. Garay 947.



Aprenda a tocar el BANDONEON por correspondencia con el prof. PEREZ, iniciador de este sistema de enseñanza, 200 alumnos diplomados en un año.

Solicite informes al Prof. Pérez, Garay 947. Bs. As.



AMOR, DICHAS Y FORTUNA

Mande su dirección y 0.20 en estampillas y recibirá instrucciones para conseguirlo **ABSOLUTAMENTE GRATIS**. - Diríjase a: NOVELTIES JEWELLS Co.

CORRIENTES 922 - Piso 3° - B. AÍRES



HOMBRES DEBILES

AHORA por fin el REMEDIO está en vuestras MANOS. Cualquiera que fuera la causa o el grado de su DEBILIDAD, le interesa conocer las Píldoras "TITUS", última palabra de la ciencia alemana del Dr. MAGNUS HIRSCHFELD, reconocida autoridad mundial, Presidente del Instituto de Ciencias Sexuales de Berlín y fundador de la Liga Mundial de Reforma Sexual. Certificado Nº 9051 del Departamento Nacional de Higiene. GRATIS a quien lo solicite se remite librito explicativo sin membrete. Para pedirlo, diríjase así:

M.E.-TITUS Casilla de correo 1780 Bs. As. De venta también en Franco - Inglesa, etc.

Clima

(Continuación de la página 17)

pero con heroísmo criollo se limitó a una exigua ración.

De pronto, oyó el galope cercano de varios caballos. Estaba casi acorralado en una picada. El galope se acercaba rápidamente. Severiano buscó con desesperación un escondrijo. ¿Y las huellas del caballo? Pero no había tiempo. Se abrió paso entre las ramas cerradas, espinosas, trató de penetrar lo más adentro posible en el caos de espinas, cactus y ramas puntiagudas, y cuando sintió que estaban cerca, se inmovilizó con el caballo, la mano lista para el revólver.

Eran hombres y venían hablando. La sangre se le heló en las venas al reconocer la voz de Fernández, primer oficial de la comisaría del cincuenta y seis.

—Sí — decía el oficial; — el viejo está todos los días más infeliz. Ni se anima a coimear de miedo. Y ese mismo asunto del boliche es una vergüenza. ¡Mirá qué lindo que se cometa un crimen en presencia del mismo comisario, y que a él ni se le ocurra echarle mano al revólver! Y más con un pobre desgraciado como el tal Córdoba...

—Che, Fernández, ¿qué pensás hacer si te encargan que lo agarrés?

—Si lo encuentro fácil, hazerme el distraído y pegarle un tiro; si no lo encuentro fácil, dejarlo nomás que se muera solo.

Distraídos con la conversación, no habían notado el rastro fresco, único, que claramente desaparecía en el monte. Pasaron de largo.

Severiano se secó con la mano el sudor frío que corría por su frente. Salio de entre las espinas tembloroso. Pegó media vuelta y desanduvo el camino.

De nuevo oyó ruido de caballos. Severiano, lleno de alarma, tuvo la tentación imperiosa de emprender un galope ruidoso, sacar el arma del cinto, disparar al aire... Con un esfuerzo de voluntad se volvió a ocultar entre el monte espeso, tan espeso ahora que ni lo dejaba entrar bien. Su caballo participaba de la nerviosidad del dueño. Cansado por las carreras locas, el andar casi incesante y la falta de maíz necesario para el esfuerzo de los dos últimos días, temblaba sudoroso y agitado.

Desde donde estaba, Severiano iba a ver a los que pasaran. La proximidad aceleró los latidos de su corazón. ¿Serían más milicos del destacamento?

Eran un hombre y una mujer, un muchacho joven y una niña rubia de ojos azules que llevaba con aplomo sus "breeches" y sus botas negras. Iban montados sobre espléndidos caballos de sangre cruzada, inglesa y criolla.

—Quédate quieto, "Polo" — dijo el muchacho a su caballo, que había levantado las orejas como inquieto.

—¡Qué aburrido es esto, Bob! — suspiró la mujer rubia. — Pensar que estamos en el Chaco salvaje y primitivo, y en tres meses no hemos tenido ni la más pequeña emoción. ¡Cómo exageran los novelistas!...

Severiano, mientras tanto, admiraba los caballos y pensaba en la posibilidad de éxito que tendría un ataque rápido sobre el muchacho para hacerse del caballo, que reemplazaría ventajosamente al suyo, cansado en la huida. Con la sorpresa, tenía amplia probabilidad de pegarle un tiro al hombre antes de que atinara a usar su propia arma.

El "pero" estaba en que este nuevo ataque daría una idea a la policía de su paradero, y el caballo inglés era de fácil descripción, por lo bueno justamente.

Los dejó pasar.

Justo antes de que oscureciera del todo un corderito extraviado de alguna majada vecina fué a dar en las manos de Severiano. Al rato, más tarde, pasó cerca de una cañada que tenía por partes, en los yuyos, el agua bien clara. Llenó la botella que ya estaba vacía y siguió camino, alentado con la idea de poder comer y beber.

Elegió para acampar el paraje más desolado, acarició al caballo largo rato, como para pedirle disculpas de tener que dejarlo atado.

Se animó a prender fuego bien dentro del monte para que no se viera de lejos. Asó el corderito, le echó sal, lo doró con la maestría de la larga costumbre y se comió más de la mitad ávidamente. Tomó agua sucia de la botella, como si fuera caña, y por primera vez desde el crimen se dispuso a dormir.

No hubo alarmas. Durmió con la tranquilidad proverbial de las buenas conciencias, y a la madrugada, como honesto viajero, volvió a ensillar des cansado y contento.

Cinco Luces ya estaba ahí. Era casi desconocido por el pago. Ni su trabajo ni sus diversiones lo habían empujado por el lado aquel. Si alguno alcanzaba a verlo, no le llamaría la atención el muchacho y tendría amplio tiempo de huir disimuladamente.

Lo malo era que Severiano no conocía la región. De entrada tuvo que cruzar una cañada, y como no conocía el paso, tuvo que guapear hundiéndose en los pozos. Severiano iba nervioso.

—Lo que no se conoce es traicionero — reflexionó, y además una nube de mosquitos lo habían agarrado a él y al caballo "pa comida".

Ranchos imprevisos surgían en la perspectiva a cada rato, y Severiano tenía que serenarse con la idea de que era desconocido para no volverse loco de miedo a la vista de cada uno. Al final optó por seguir los caminos, pero llevar la atención bien fija para no dejarse sorprender.

El obscuro casi no daba más. Las vueltas habían alargado mucho el camino y la pobre bestia no había comido bien en todo el tiempo. Severiano también se sentía vencido de cansancio. Ningún gringo hubiera resistido tan admirablemente la combinación del alcohol, miedo, hambre, sed, cansancio y marcha perpetua.

Severiano no había contado con la dificultad de los caminos desconocidos. Cuanto más al Norte, más convergían las sendas, picadas y huellas en un camino único.

Cuando llegó a un lugar del monte en que ya no se podía avanzar más, desensilló, ató el caballo y se tiró en el suelo, sintiéndose como muerto.

Durmió algunas horas, pero antes del amanecer su descanso se nubló de pesadillas. Se despertó en la agonía, con la sensación de que lo perseguían cientos, miles de comisarios montados sobre monstruosos caballos de patas fenomenalmente veloces.

Como no era aún de día, decidió seguir durmiendo. Pero los ojos no se le querían cerrar. Ante él pasaron, con claridad torturante, los sucesos de los dos últimos días...

Severiano se levantó, encendió fuego, comió para distraerse. Pero las llamas, que siempre lo amodorraban, lo torturaron ahora. La alta figura del general se erguía en cada una de ellas; su cara estaba tapada con un paño negro y se oía un murmullo: "¡Está muerto!" Severiano, impulsado por una curiosidad impetuosa, arrancó el paño que cubría la cara. Una horrible máscara quemada, destrozada, lo miró inmóvil. Severiano quiso volver a tapar, pero no pudo. La máscara horrible movió los

REBAJO 15 KILOS

LAS ROPAS NUEVAS NO LE MOLESTARON MAS

"¿Cómo hizo ella para rebajar esos 15 kilos?", preguntarán Vds. Dejemos a ella misma que nos lo diga:

"Hace como 18 meses, yo pesaba 81 kilos — lo cual puedo asegurarles me causaba mucha molestia. Todo me fastidiaba, especialmente ropas nuevas. Nada parecía sentarme bien, y el caminar era insoportable para mí. Una amiga me recomendó que tomara Sales Kruschen, y me alegró mucho de haber comenzado a tomarlas. Durante los primeros diez meses rebajé 12 kilos de grasa. Ahora, en los últimos seis meses, mi peso ha sido siempre de 66 kilos, y me siento mucho mejor de salud. Tengo en mi poder todos los boletos de peso para certificar lo que digo." — Sra. M. P.

Las Sales Kruschen conservan al organismo libre de perjudiciales desperdicios. Si no se eliminan regularmente estos desperdicios, ellos formarán las toxinas que causan el reumatismo y otras dolencias. Y la Naturaleza tal vez se decida a separar esas substancias productoras de venenos, almacenándolas en forma de desagradable grasa.

Las Sales Kruschen se venden en todas las farmacias a \$ 2.20 el frasco, y duran mucho tiempo.

VENDAS CORBATAS

Finas, por su cuenta, a particulares, sin riesgo. Se requiere poco dinero. Muestrario práctico. Pida detalles y CATALOGO ilustrado GRATIS. Fábrica DUFOUR - Sáenz Peña 277 - Buenos Aires.



Unas simples aplicaciones de NONSPI son suficientes para proteger de la transpiración excesiva, evitando manchas en la ropa y olores desagradables. NONSPI es el desodorante científico aprobado, usado y recomendado por los médicos.

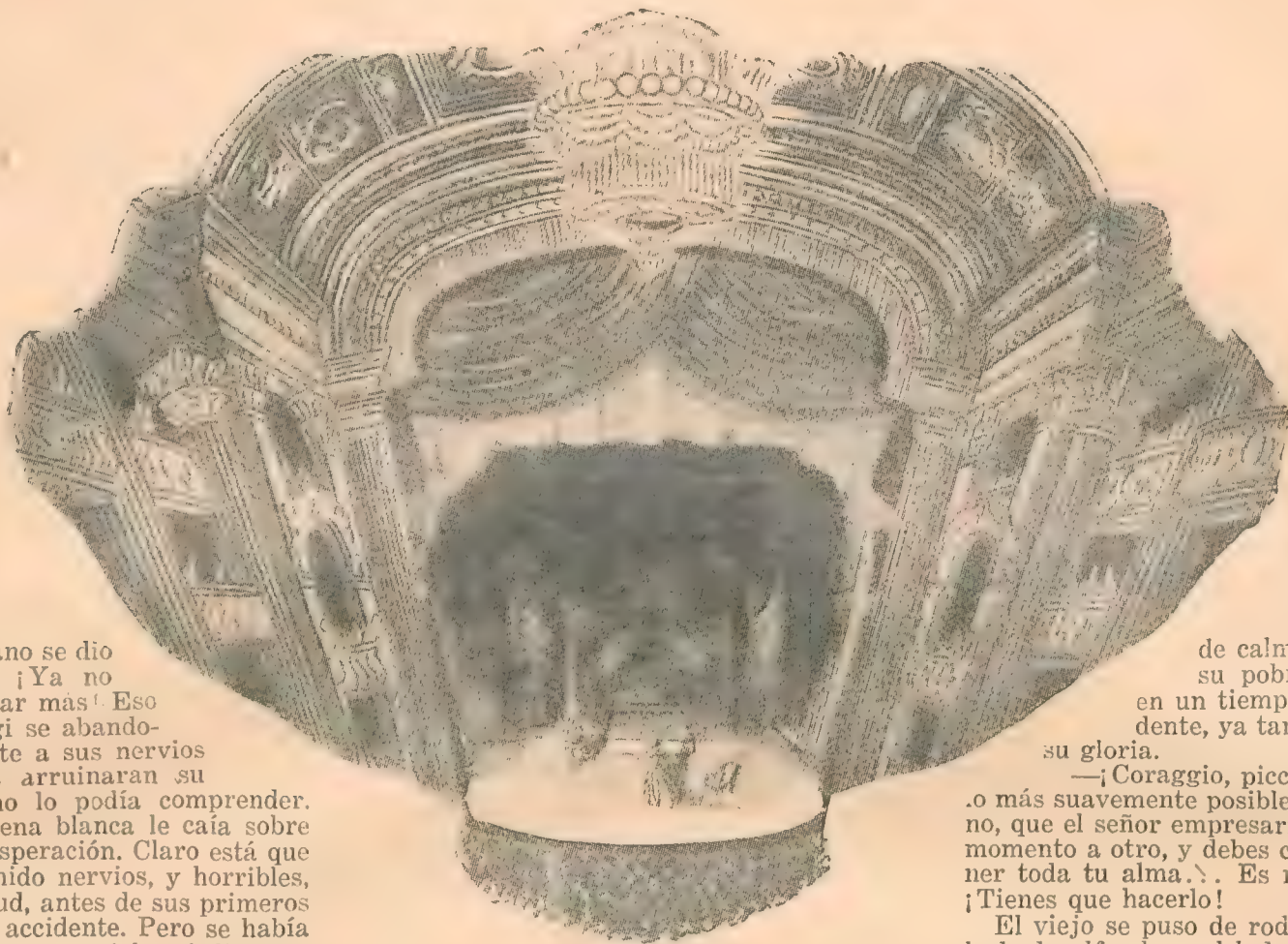
Pida NONSPI en Perfumerías y Farmacias.

NONSPI

labios, sin que se pudiera escuchar lo que decía, y Severiano tuvo que contemplar inmóvil hasta el último detalle del horror. Medio enloquecido, se puso de pie, pateó las llamas, destruyó el fuego, y a la luz trágica de la madrugada, que todavía no había comenzado, ensilló el caballo extenuado.

Estaban bien dentro del monte, en un claro relativo rodeado de selva espesa, cortado aquí y allá de sendas pisoteadas por los animales. ¿Por dónde había

(Continúa en la página 49)



I

EL viejo del piano se dio por vencido ¡Ya no podía aguantar más! Eso de que Luigi se abandonara tan enteramente a sus nervios y dejara que éstos arruinaran su magnífica voz, él no lo podía comprender. La desordenada melena blanca le caía sobre el teclado en su desesperación. Claro está que él también había tenido nervios, y horribles, en su remota juventud, antes de sus primeros triunfos, antes del... accidente. Pero se había sabido dominar tanto que ni la pérdida repentina de la voz había podido vencerlo. Había veces en que con todo que amaba a Luigi

de calmar, de suavizar con su pobre voz chillona que en un tiempo... antes del accidente, ya tan remoto, había sido su gloria.

—¡Coraggio, piccolo mio! — le decía lo más suavemente posible. — Piensa, Luigi, no, que el señor empresario debe llegar de un momento a otro, y debes cantar... debes poner toda tu alma... Es necesario, Luigi... ¡Tienes que hacerlo!

El viejo se puso de rodillas sobre la deshilachada alfombra, al lado del sofá, y tomó la mano de Luigi entre las suyas, acariciándola, diciéndole palabras de aliento con voz resque-

El DEBUT del ARTISTA

como a un hijo, lo odiaba, lo aborrecía con furia incontenible, y habría deseado que su don divino se perdiera para siempre. ¡Tener una voz que los mismos ángeles del cielo envidiarían, y dejar que los nervios arruinaran todo!... ¡Ah, no! ¡Per Dío, no!

Dejó la butaca, evitando la mirada de su discípulo, y arrastrando los pies, el pobre viejo deformado se encaminó a través de la penumbra de la pieza hacia la mortecina luz de la ventana. Largo rato contempló el deprimente panorama, tratando de hallar desahogo en los techos desteñidos y mojados de Milán bajo un cielo de llovizna. Se mordía los labios, se encogía de hombros y miraba con torvo gesto a las pobres palomas empapadas que se asilaban bajo las ojivas y gárgolas del Duomo.

En cuanto a Luigi, con el frío de la desesperación que le entraba en el alma, había sentido crecer la marea de sus nervios, había notado que el acompañamiento del piano aumentaba cada vez más su violencia al irse enojando el maestro, y entonces sus claras y magníficas notas fueron perdiendo su aplomo cada vez más, hasta que se quebraron del todo. Y él se desbarató completamente. Viendo que el maestro se había ido a la ventana, dándole la espalda, Luigi se desplomó sobre el viejo y reventado sofá, y se puso a llorar amargas lágrimas en el relleno de estopa, cosa que ya había hecho

innumerables veces. Sus fornidas espaldas se agitaban con la intensidad de su dolor, el pelo renegrido le caía sobre la frente, y su redonda cara se escondía entre los pelotones de estopa que escapaban del sofá. A veces, pensaba, quería matar al maestro por ser un desalmado.

Pero el maestro estaba lejos de ser un desalmado; en realidad, en todo lo que tocara a Luigi, el viejo era una pasta. Claro que él sabía muy bien que el chico era un artista, un músico hasta las fibras del alma; pero, ¡madonna!, esos nervios lo estaban enloqueciendo. Ya no podía aguantar más esos nervios que se ponían de punta con el menos pretexto. ¡Eso no podía durar! ¿Por qué ese condenado de muchacho no aprendería a dominarse como... su maestro? ¡Ecco! El viejo se encogía de

hombros; con sus largas manos de artista hacía ademanes de furia, mientras que echaba miradas mortíferas sobre el aguachento panorama.

Pero de pronto llegaron a sus oídos sofocados sollozos desde el rincón más oscuro de la pieza, y el corazón indignado del viejo maestro se derritió en seguida.

Volvió, pues, al sofá arrastrando penosamente los pies.

—¡Ah, Luigi, figlio mio! — Y acariciaba la adorada cabeza.

Luigi quería morir de vergüenza y no levantaba la vista. El maestro ahora trataba

... no sólo hace temblar a quien debe afrontar el juicio del público, sino también al maestro que lo ha preparado para la lucha del arte, donde no siempre se triunfa y muchas veces se fracasa.

brajada.

—¡Con semejante voz, Luigi! — le decía. — Soy yo que lo digo... Yo, que una vez... — Se encogió de hombros. — Nunca hubo voz como la tuya; los ángeles del cielo no cantan mejor que tú, caro mio...

El muchacho seguía sollozando, presa de un violento ataque de nervios. El maestro estaba desesperado. Se levantó y se puso a pasear con movimientos bruscos por la buhardilla, sacando del camino a puntapiés toda clase de libros de música, libretos y hojas manuscritas que estaban en el suelo. ¿Qué podía hacer?... Si el empresario llegara a venir... Lo esperaban en cualquier momento, y si lo veía a Luigi en semejante estado, sencillamente se mandaría mudar, porque era de esos que no aguantan pulgas, y con eso, la gran oportunidad, la milagrosa oportunidad de cantar en el Scala se le iría a Luigi para siempre. El chico se moriría de pena; a lo mejor, se mataba, pues nunca se podía prever lo que haría Luigi en uno de sus arrebatos...

Además esta era también la gran oportunidad para el maestro; podría probar que, viejo como era, con un vozarrón que más bien parecía un crujido, él era un gran maestro de canto. El mismo Luigi, con ser un ángel, sólo iba

CUENTO
POR
BENJAMIN
GIBBS

a esa pobre academia porque era tan pobre, que no podía ir a lo de Leonardi o al gran Pietro da Ferruggia. El mismo Luigi estaba convencido que los otros le habrían enseñado mejor y más rápidamente. Luigi era, al fin y al cabo, una criatura, apenas diez y nueve años; bien se le podía perdonar que creyera lo que creía todo el mundo; pero los otros maestros, con todo su renombre, no habrían sido capaces de adivinar el tesoro inmenso escondido en la garganta de Luigi. Él solo había sabido sacar esa voz de oro con tanta paciencia, tanto trabajo... Y ahora, que se presentaba una ocasión tan inesperada, tan milagrosa...

—¡Ah, Luigi, figlio mio, per l'amor di Dio!

Pero Luigi, habiéndose aligerado de su emoción, se estaba sonando las narices con un enorme pañuelo y frotándose los ojos con los puños. Una sonrisa avergonzada le aparecía en el semblante, como un comienzo de arco iris después de la borrasca. El maestro lo miraba, presa de tentaciones irresistibles, con deseos de estrujar a su adorado discípulo entre sus brazos y de atravesarlo sobre las rodillas y darle unas buenas... Por cierto que algo habría hecho, si en ese momento no hubiesen sonado tres golpes secos en la puerta.

Aunque se lo esperaban, los agarró desprevenidos. Durante un momento reinó intenso pánico. El maestro andaba de un rincón a otro, escondiendo rastros de la comida de ayer debajo del lavatorio, alisando la cama, que más parecía un nido de gallina, levantando objetos que yacían por tierra. Y Luigi hacía lo posible por disipar los nubarrones que cubrían su cara de luna. Entre una cosa y otra pasó, por lo menos, un minuto antes de que le abrieran la puerta al señor empresario.

Y ahora tan-

to el maestro como Luigi estaban aterrados, pues el "signor" empresario era uno de esos hombres que no abren la boca, pero lo miran a uno como adivinando todos los secretos de la vida. El maestro se puso aun más afónico. Si por él fuera, habría seguido hablando sobre la belleza del tiempo hasta la destrucción total de sus pobres cuerdas vocales, si ello le hubiese dado tiempo a Luigi para reponerse de sus nervios. Pero no hubo caso, pues el ojo helado del empresario le dio a entender bien claramente que no había venido para perder el tiempo.

Como dos ánimas culpables que comparecen ante el Todopoderoso, maestro y discípulo se acercaron al piano, y volvió a comenzar el suplicio. Luego de terminar, el maestro se preguntaba si Luigi habría cantado bien o mal. Lo que es él no sabía, pues el latido tumultuoso de su corazón no le había dejado oír. Y el empresario no expresó ninguna opinión; lo que hizo fué levantarse cuando el aria apenas iba por la mitad y se acercaba a la parte en que Luigi, por lo general, perdía la chaveta, y dijo que estaba bien por hoy.

—¿Y?

Las cejas del maestro se le trepaban por la

frente, y se había puesto en puntas de pie, con la intensidad de la pregunta.

Sí, el empresario creía que el joven serviría. Además ya no había tiempo para ponerse a buscar otro. Mañana, pues, en el Scala, a las ocho y media en punto... ¡y tanto piacere! Se marchó tan frío como había entrado.

El maestro miraba a Luigi, Luigi al maestro, tremendamente asustados ambos ahora que el sueño de su vida se iba a realizar, aunque todavía no se atrevían a creerlo... y se arrojó uno en brazos del otro.

—¡Luigi, figlio mio!...

—¡Ah, maestro, maestro!...

II

—¡Un vero Apolo! — mascullaba el maestro, con varias docenas de alfileres entre los labios. Se retiró unos pasos para apreciar mejor su obra. Y por cierto que Luigi estaba soberbio con su chaqueta de terciopelo negro, que le ceñía su espléndido cuerpo, y la malla

ajustada que dejaba apreciar una insospechada perfección de formas.

¡Un vero Apolo... ecco! Es cierto que alfileres a granel habían contribuido poderosamente a la transformación del muchachote vestido de sarga desteñida en esa figura romántica de ópera. El maestro rogaba a sus santos predilectos que Luigi no fuera a hacer gestos violentos; que si, por ejemplo, empezaban a llover ramos de flores a su alrededor, que no fuera a agacharse a recogerlos, pues bastaría eso para que los alfileres...

Naturalmente que el maestro se guardaba bien de



(Continúa en la página 23)

CORREO CINEMATOGRAFICO

Por KING

★ Si mal no recuerdo creo haber explicado setenta y ocho veces eso de que las actrices no son en la realidad tan bonitas como parecen en la tela. Justamente hace un par de meses una revista editada en Hollywood publicó las fotografías de varias actrices tal como eran en la vida privada y tal como las hacían figurar en la pantalla. Naturalmente, esa nota dada a publicidad en el propio centro de la industria cinematográfica, produjo un revuelo descomunal. Las damnificadas chillaron, diciendo que presentarían demanda contra el director, que incendiarían la redacción y que luego le pegarían cuatro tiros al autor de la nota. Figúrate que las ofendidas eran nada menos que **JEAN HARLOW**, **NORMA SHEARER** y **JOAN CRAWFORD**, cuyos rostros al natural pudo contemplar al fin todo Hollywood. Y hoy es el día en que Joan ha perdido cientos de admiradores que no creían que su boca era tan parecida a un buzón. Y lo mismo le sucedió a Norma, cuyo "niveo" cutis tiene pecas por docenas...

a Flor de Luz.

★ Berkeley Square la verás en la próxima temporada. El galán es **LESLIE HOWARD** y la damita **HEATHER ANGEL**.

a Novia de King.

★ Aquí tienes el reparto de **EL AGUILA Y EL HALCON**: Jerry (**FREDRIC MARCH**), Henry (**CARY GRANT**), Mike (**JACK OAKIE**), La dama (**CAROL LOMBARD**), el mayor Dunham (**GUY STANDING**), Hogan, (**FORRESTER HARVEY**) y John (**KENNETH HOWELL**).

a Ojos azules.

★ **ANN HARDING** está actualmente divorciada de Harry Bannister, aunque al parecer pronto volverán a unirse. Se han dado cuenta de que entre aburrirse solos y aburrirse juntos es preferible esto último, ya que así queda el consuelo de pelearse echándose mutuamente en cara los defectos...

a Maestra normal.

★ En El pasado de Mary Holmes la pareja de jóvenes la forman **JEAN ARTHUR** (que está bastante pavita) y **ERIC LINDEN**. La primera nació en Nueva York (Estados Unidos), el 17 de octubre de 1906. Se llama en realidad Gladys Greene, mide m. 1.58, tiene ojos azules, cabello castaño y hace tres años que está divorciada de Julián Ancker. El segundo nació en el mismo sitio, el 15 de septiembre de 1909, mide m. 1.71, tiene ojos y cabello castaño y está soltero a pesar de la cara de "bonafide" que tiene.

a Náyade azul.

★ Créeme que lamentó tener que desilusionarte, pero tu carta no me ha conmovido en lo más mínimo. Alabo tu intención de sentir lástima por esos desaparecidos de la pantalla, "por esas almitas que en mitad de su vuelo se han estrellado contra la dureza de una roca", como tú dices muy graciosamente. Pues es el caso que esas almitas han resultado un poco más vivas que tú y que yo. Esas duras rocas, cándida lectora, son bien blanditas y bien llenitas de oro, pues han tomado la forma de señores millonarios con catorce anillos en cada dedo, una que otra casita en Montecarlo o en la Quinta Avenida de

2. — **CLIVE BROOK**, por Carlos Raúl Paolini, de Rosario.

3. — **POLA NEGRI**, por Teresa Santoro, de Arroyo Seco.

4. — **ROBERT YOUNG**, por Teresa Licata, de Godoy Cruz (Mendoza).

5. — **DOROTHY JORDAN**, por Angela P. Lozzi, de Córdoba.

6. — **LUPE VELEZ**, por Guillermo J. Velázquez, de San Luis.

7. — **JOHNNY WEISMULLER**, por Lil Martínez Furest, de capital.

8. — **JOAN CRAWFORD**, por Eduardo P. Márquez, de Córdoba.

9. — **PAUL LUKAS**, por Tita Bluhm, de Palpa 2471, capital.

Nueva York y un yate anclado en cada puerto. **PHYLLIS HAVER**, cuya situación tanto te preocupa, es la humildísima esposa de **William Seeman**, un modesto



WARNER BAXTER

por RAMON JOSE TIXEIRA

En General Paz 1486 (Mendoza) se domicilia el hábil realizador de la presente ilustración, cuyo parecido con el mencionado actor es extraordinario. Se ha hecho acreedor al premio de diez pesos moneda nacional que todas las semanas otorgamos al mejor dibujo recibido.

multimillonario neoyorquino. **LEATRICE JOY**, de quien **JOHN GILBERT** se divorció, comparte los doce millones de dólares que posee su marido, **William S. Hook**. **MARJORIE RAMBEAU** se rió un buen día en las narices del director, que le quería rebajar el sueldo, y luego de un par de segundos de duda concedió su mano al magnate **Francis A. Gudner**, un honrado vecino que cada vez que le preguntan cuántas casas posee, tiene que consultar sus libros porque no lo recuerda... Y así, inocente lectora, podría seguir detallándote los nombres de **ALICE DAY**, de **MILDRED DAVIS**, de **CAROL DEMPSTER** y de otras que, como las anteriores, están lejos de ser unas almitas que se hicieron papilla al chocar contra la dura roca...

a Greta II.

★ Si te he dicho que El amor no muere ganó el primer premio en 1932, debe ser cierto. De Grand Hotel nada te he dicho, de manera que el lío lo hiciste tú solito. **EDWINA BOOTH** está un poco mejorada, pero sin muchas esperanzas de reponerse totalmente. Hasta pronto.

a Harry.

★ De la vida de **POLA NEGRI** sólo miserias puedo contarte. Acostumbrada a casarse con condes y príncipes más o menos legítimos, se alimenta ahora con el recuerdo de glorias pasadas que, ¡ay!, no harán lo que las golondrinas. El cine parlante la hundió por completo. Como ella es polaca, tiene muy mala pronunciación para el idioma inglés, y nadie la quiso. Ahora merodea por toda Europa en busca de alguien que aún esté dispuesto a exponer unos cuantos miles de dólares en un película filmada por ella.

a Oscar B. Mayorga.

★ Estás equivocado, pues casualmente **ALICE WHITE** fué una de las pocas actrices que no se retiraron del cine porque su voz no les permitía actuar en las parlantes. Tampoco fué su poca estatura ni sus dientes bastante irregulares. La culpa la tuvo su nariz pequeña y demasiado respingada, que se daba de trompadas con la cámara cada vez que era necesario fotografiarla. Los mejores cameramen del estudio en que actuaba trataron de encontrarle un ángulo adecuado para sacarla bien, pero todo fué inútil. Entonces Alice confesó que aquello le daba en las narices, y decidió operarse. Felizmente todo salió bien, y ya ha filmado dos parlantes sin que su apéndice nasal lo tuviese a mal traer a cuanto fotógrafo le ponían por delante.

a Admirador de Alice.

No; **RAMON NOVARRO** no ha filmado ópera alguna. Tiene, eso sí, muchos discos grabados por él con romanzas y canciones de diversas óperas. Además, en Sevilla de mis amores canta un trozo de "Il Pagliacci", pero nada más. Y pasando a otro punto, comprenderás que me complazco en aceptarte como amiga y lectora. Todo lo cual te habilita para que, al igual que cien más, me abras tu corazón en cartas emotivas y escritas a máquina.

a Nueva amiga.



El debut del artista

(Continuación de la página 21)

abrir la boca, pues una mera sospecha, una indirecta velada sobre el particular bastaría para hacer que los malditos nervios de Luigi se pusieran inmediatamente en campaña. Hacía apenas diez minutos que Luigi había tragado la tercera pastilla, y, gracias a Dios, parecía sentirse bastante fresco.

La verdad es que los dos largos espejos del camarín habían acaparado la atención de Luigi. Sus ojos incrédulos inspeccionaban su propia imagen vestido con esas prendas magníficas, en tanto que sus nervios yacían descuidados, abandonados. Era sumamente agradable verse tan regio. Luigi pensaba que en los asientos baratos del paraíso estarían "il babbo y la mamma", y "el viejo nonno", de quien se decía que había heredado la voz, pues el viejo salía a cantar por las calles mendigando en los años de pobreza. Y también estarían sus siete hermanitos menores. Lo verían vestido con todo este ropaje deslumbrante, y en lo sucesivo tal vez lo trataran con más consideración. También esperaba que hubiesen traído a la Mariettina... Pero esto no era probable, pues la familia demasiado se habría endeudado al comprar tantas entradas, sin todavía echarse encima la huérfana. No había tenido el coraje de preguntar si la iban a traer, pues la familia sospechaba de su amor hacia la huérfana, aunque él siempre lo negaba violentamente, y ya una vez le habían dado una paliza terrible por haberse atrevido a defenderla. Pero si algún día llegara a ser un gran cantante, él y la Mariettina...

Pero se abrió la puerta y el traspunte se apoyó en el marco de la puerta para prevenirle que el joven ya se debía presentar en el escenario. El traspunte dijo "il giovine" en vez del "signore", y siguió largando densa humareda de su toscano dentro del camarín, porque bien sabía él que el joven que acababa de ver tan pobremente vestido sólo iba por esa noche para suplir a de Lucca, que había caído con apendicitis, y al suplente Giacobini, que tenía las amígdalas hinchadas, el gran estúpido. Y además, a él se le hacía que el jovencito no tenía gran facha de cantante.

El maestro, con el corazón que le golpeaba hasta reventar, bailaba alrededor de Luigi, poniéndole un último alfiler aquí, alisando una arruga allá, haciendo más aspavientos que una gallina vieja. Quería hacerle una postre recomendación sobre aquella traicionera mi bemol en la quinta estrofa, y, por amor de Dios, que guardara el compás con la orquesta... Pero apenas podía articular sonidos ronc, desprovistos de todo significado, y se vio obligado a desistir. Tuvo justo el tiempo de abrazar a su Luigi por última vez y verlo desaparecer por los oscuros corredores de la Opera. Y ahora el maestro ya no podía interponerse entre su amado discípulo y las maquinaciones de la fatalidad.

Sintiéndose muy viejo, cansado, más Luigi fallaba en esa ocasión, iba pensando; ya podía el chico irse buscando un empleo cualquiera y jamás volver a mencionar el canto... Y en cuanto a él... ¡bueno!, siempre quedaba el río...

III

Mientras pudo seguir haciéndose la ilusión de que estaba cantando en la bohemia del maestro, sin auditorio alguno, no le fué del todo mal a Luigi; sus nervios parecían dormir en las profundidades de su ser, su voz subía y bajaba con la mayor corrección, guardaba buen compás con la orquesta. El auditorio, viendo que el cantante no estaba mal, se fué repantigando en sus butacas y comenzó a abanicarse con los

programas, pues la atmósfera estaba algo cargada, y parecía pensar en temas de actualidad, posiblemente en el último discurso del Duce. En su butaca de primera fila, el empresario mordía un escarbadientes, preocupado. Atrás, en su oscura ubicación, el maestro crispaba sus dedos afilados y meneaba la cabeza.

Pero ese inquieto mar de gente detrás de las luces del proscenio y de la móvil figura del director de orquesta, no podía seguir pasando inadvertido mucho tiempo. Tenía como una fascinación con su susurro, sus movimientos intranquilos, su respirar, su semejanza con un monstruo del mar que sale de las profundidades, sus millares de ojos clavados en un solo punto... El pobre Luigi se resistía, luchaba, pero llegó el momento en que su mirada tuvo que posarse sobre la sala apiñada de gente. E inmediatamente sus nervios empezaron a agitarse en sus guardias tenebrosas.

En la primera fila el empresario dejó de morder el escarbadientes y levantó la mirada, sorprendido, preguntándose qué demonio le pasaría al muchacho; muy atrás, al maestro dejaba caer su nevada cabeza, con la terrible convicción de que todo había terminado para Luigi ahora que sus nervios habían despertado. El auditorio, de puro apático, tardó algo en darse cuenta de que las cosas no marchaban del todo bien con el cantante; pero cuando no quedó duda posible al respecto, empezó a correr un movimiento contagioso sobre la gente, un murmullo, un arrimarse de cabezas...

Y Luigi se daba cuenta de que dentro de un minuto sucedería lo inevitable; sus nervios lo dominarían por completo, su voz se quebraría. Y entonces lo echarían del Scala ignominiosamente. No le quedaría más alternativa que la muerte o América. Desesperado, hacía esfuerzos sobrehumanos para dominarse; se puso a pensar en la tortura que estaría pasando su pobre maestro, en la paliza terrible que le daría luego "el babbo"... ¡Pero nada! El crispamiento de sus nervios iba en aumento; sentía escalofríos, tenía la frente mojada de sudor...

En la cara del empresario se iban acumulando nubarrones de tormenta. El maestro ahora tenía la cabeza entre las manos, y sus pensamientos eran plegarias a la Virgen santísima. El director de la orquesta buscaba afanosamente alguna parte del libreto donde, sin hacerlo demasiado patente, pudiera hacer señas a la orquesta de romper en estruendo para ocultar esta calamidad, y ya había hecho el propósito de que en cuanto cayese el telón, se apersonaría a ese bruto de empresario y lo pondría como nuevo...

Y Luigi se preguntaba si no sería mejor escapar cuanto antes del escenario y terminar con esa tortura. Una plegaria más a la "Madonna" dei Miracoli, pensaba, alzando la mirada al cielo.

Y allí, en la primera fila del paraíso, estaban "il babbo, la mamma y el nonno", y todos los hermanitos, y... ¡oh, milagro!, también estaba la Mariettina... La cara del "babbo" era amenazadora; la de la "mamma", trágica; la del "nonno", vacía como de costumbre; la de los hermanos, burlona; pero en cuanto a la de Mariettina, que no siendo de la familia no sabía distinguir entre música y ruido, la expresión de su cara al mirar los ojos de su Luigi era de adoración incondicional, de arrobamiento, de la fe más ciega en el Luigi de su corazón.

Algo se removió en el pecho de Luigi. Su desesperación era siempre intensa. La América aún era la única

escapatoria posible; pero ahora era una América con Mariettina, y, por consiguiente, ya no era tan infernal como antes. Los dos se escaparían juntos, él la protegería, vagarían juntos por las pampas y las soledades... y se amarían.

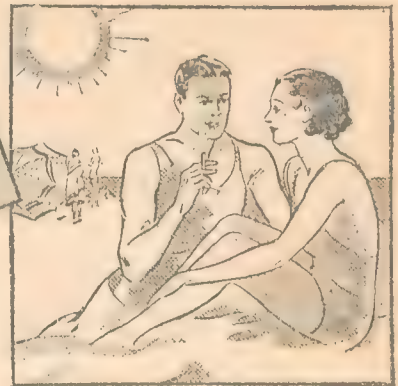
Él en el escenario, ella en el paraíso, se devoraban con la mirada por encima de ese mar de caras, y la distancia ya no mediaba entre ellos. Y él con su canto le decía todo eso... Ya nada

le importaba, ni aun su voz, mientras que existiera el amor en sus inocentes corazones. Lo sacarían a patadas del Scala... Pero ¿qué importaba eso? El "babbo" le daría una paliza tremenda esa noche. Se le importaba aun menos mientras pudiera apoyar la cabeza en un pecho amoroso...

— ¡Ferito moriré, ma il mio cuor per sempre tuo sarò! — le cantaba él,

(Continúa en la página 47)

Sea exigente
tratándose
de su cutis



No pierda tiempo—ni corra riesgos—con preparaciones de imitación. Para prevenir y corregir quemaduras de sol—y agraciarse su cutis—use a diario la Crema de miel y almendras Hinds. Es la única con la famosa fórmula Hinds original... Tan admirable para el rostro como para las manos y el cuerpo.



0.70
2.40 y 4.30

Madres

den a sus niños la 'Sal de Fruta' ENO porque tiene gusto agradable y limpia bien el vientre actuando en forma suave y natural. No forma hábito.

'SAL de FRUTA'
ENO

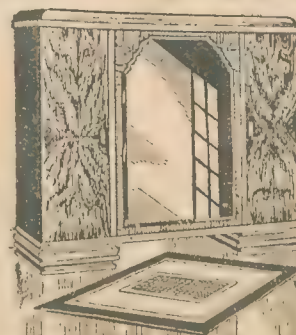
Tan beneficiosa en Invierno como en Verano.
Tómese con agua tibia o fría.

Se vende en frascos de tres tamaños: grande, mediano y pequeño.

RAVEL HNOS
FABRICANTES

MUEBLES

1835 CORRIENTES 1851
BUENOS AIRES
IMPORTADORES



DORMITORIO DESARMABLE

DORMITORIO "FUTURISTA", construcción maciza, lustre a "muñeca", nogal o caoba, espejos biselados, herrajes importados. Compuesto de: RÓPERO DESARMABLE amplias divisiones, gavetas y estantes, TOILETTE MESA, 2 MESAS DE LUZ, CAMA MATRIMONIAL con elástico Imperial reforzado con estiradores, PERCHA TOALLERO y PERCHAS INTERIORES. GRAN OFERTA RECLAME... \$ 185

LOS MUEBLES SON IGUALES AL DIBUJO—Invitamos a cerciorarse de ello, visitándonos o solicitando nuestro GRAN CATALOGO GENERAL, que remitimos gratis. — Las mejores garantías ofrecemos a nuestros clientes del Interior.

Son muchas las sugerencias que pueden torturar el espíritu de un hombre, pero...

LA SUGESTION DE LA MUERTE

JUEVES. El día de pago al personal de pesquisantes de Scotland Yard. El día en que el joven Wade, del departamento de Investigación Criminal, recibió su ascenso al rango de sargento de pesquisantes. Lo suficiente para hacer feliz a un hombre. Sin embargo, Wade frunció el ceño, pues el jefe le dijo:

— Su primer trabajo será tomar entre manos el asunto de las sociedades suicidas. A ver lo que consigue.

No es de extrañar que Wade frunciase el ceño. Hombres más viejos y de mayor experiencia que él, inspectores y superintendentes, habían fracasado en la investigación del misterio de las sociedades suicidas, una serie de muertes horribles que continuaron en la terrible proporción de una por semana. Todas las suicidas eran mujeres de edad madura, todas ellas ricas, algunas casadas y otras viudas..., y todas perdieron la vida arrojándose desde las ventanas del Hotel Magnificent.

Todos los días, durante seis semanas, aparecieron en los diarios sensacionales noticias de entrevistas exclusivas con parientes enloquecidos y el trastornado gerente del hotel. Como los suicidios continuaron, los diarios aprovecharon esta circunstancia para atacar a Scotland Yard. La confianza pública en la policía estaba siendo minada. El Ministerio del Interior interpelaba al jefe de policía, y ahora se ponía en manos de Wade el combatir esa epidemia misteriosa de suicidios y vindicar a la vez la eficiencia del servicio de pesquisantes.

Sentóse en su pequeña oficina, con la carpeta de este asunto sobre la mesa. Echó una rápida mirada sobre los nombres de las víctimas. Isabel Schwab, esposa de Elmer Schwab, el rey del petróleo en América; lady Minchingham, viuda, de Seagrave Hall, Leicestershire; la señora Taunton-Jones, esposa de Erza Taunton-Jones, el magnate del acero de Sheffield; madame Ivonne Crevalier, viuda, del Chateau Frontenc, Bretaña; Frau Elba von Shtalmeister, viuda, de Berlín, y la última, la señora Sylvia Jerningham, viuda, de Jerningham Hall, Surrey, quien fué vista caer, por miles de horrorizados observadores, desde la ventana del cuarto piso esa misma mañana.

Wade fué interrumpido por un golpe en la puerta.

— La señorita Elena Waldron desea ver a usted.

Wade se levantó, mirando sorprendido a la encantadora joven que se deslizó dentro del cuarto. Eran dos adversarios amistosos. Wade trató durante un año de atraparla en la vida que llevaba, pues tuvo varias escapadas atrevidas en las cuales habían experimentado pérdidas las gentes de dinero, pero su ágil sutileza lo venció en cada oportunidad.

— ¿Al fin vienes a entregarte? — fué el recibimiento de Wade, indicándole una silla.

— ¡No sea absurdo! — contestó Elena.

...es quizá la más fuerte de todas, y la que más puede afectarle.

De su clara voz había desaparecido la nota burlona. Era evidente que había sufrido alguna conmoción. — Se trata de Sylvia Jerningham.

— ¿La conocías? — preguntó Wade.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Y en voz baja: — Sí... Éramos muy amigas. Y ahora... — Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Wade miró para otro lado y comenzó a jugar con sus papeles.

¡Elena Waldron llorando! Era lo último que él hubiese pensado ver en este mundo. Aparentó no haberlo notado cuando ella se enjugaba los ojos con una pretensión de pañuelo, y después...

— ¿Un cigarrillo? — dijo él, bruscamente.

Ella tomó uno, con mirada agradecida. El cigarrillo calmó sus nervios, y, recobrando su compostura, continuó:

— Puede parecer extraño, pero necesito ayudarle. ¡Sylvia era una mujer tan encantadora!... Varias veces he estado de visita en Jerningham Hall. Y jamás me he olvidado.

— ¿Había algún motivo por el cual ella haya atentado contra su vida?

— Ninguno. Vivió una vida sin mancha. Tenía todo lo que podía desear. Deja dos hijos que le adoraban y a quienes quería entrañablemente.

— Eso es lo que me preocupa — dijo Wade. — Ausencia de motivos. El móvil del asesinato — suponiendo que fuese asesinato — no se encuentra, porque ningún pariente se beneficiaría mayormente con las muertes de estas desgraciadas





mujeres. Todas ellas se veían libres de ansiedades económicas. Tenían amigos, hijos en muchos casos. ¿Por qué diablos tendrían que apelar al suicidio?

— Eso es lo que debemos tratar de buscar — dijo Elena Waldron. — Y yo tengo un plan.

Wade se entusiasmó. Necesitaba una aliada de su calibre.

— Puedo asegurarte que cualquier ayuda que me des que me permita terminar con este asunto, te será recordada en el futuro. Por mucho tiempo he tenido mi vista en ti...

Por un momento se mostró ella la espiritual de siempre.

— ¡Tonterías! No puede acusarme de nada... ¡y jamás lo hará! — Y después, decididamente: — ¿Ha catalogado las otras gentes que pararon en el hotel durante estas últimas semanas?

Él asintió.

— ¿Hay alguna persona o personas en particular con quienes alguna de esas mujeres cultivaba amistad?

— Bien. — Wade frunció el ceño. — Hay un buen número de gente en el hotel de quienes ellas eran amigas. Como sabes, el Magnificent hace alarde de tener siempre pasajeros distinguidos. En realidad, hemos tomado declaración a todos, pero sin resultado.

— ¿Quiénes son ellos?

— ¡Oh! — Consultó la lista. — Dos o tres profesionales de baile, hombres, naturalmente, y varias mujeres. Todas perfectamente inocentes.

— Esto es lo que me propongo hacer — dijo Elena Waldron. — Iré a vivir al Hotel Magnificent como una mujer de edad madura. Lo tendré en el secreto, Wade. Soy algo inteligente para disfrazarme...

— Eso no es novedad para mí. — Wade se sonrió por primera vez ese día.

— Y necesito una lista con los nombres de esos bailarines y la gente que allí vive. Hablando con ellos podré obtener mayores informes que ustedes los pesquisantes. Ordenen a sus hombres que abandonen el hotel. Necesito campo libre.

Wade escribió los nombres en una tira de papel.

— Felicidad — dijo él. Y se dieron la mano.

En ese mismo día llegó al Hotel Magnificent y se instaló en un departamento del tercer piso la señora Lydia Stirling, viuda, algo gruesa y asmática, cabello canoso, y lujosamente vestida. Elena Waldron había producido una verdadera obra maestra en su disfraz. Su cara estaba perfectamente transformada, habiéndose llenado las mejillas con almohadillas de goma, lo que daba a su voz una entonación como si su dentadura

fuese postiza. Pequeñas arrugas alrededor de su boca y sus ojos. Sus vestidos eran de antigua moda, con cuellos altos; zapatos largos, de taco bajo, y dedos cargados de anillos.

La señora Lydia Stirling sonreía a todo el mundo, distribuía propinas con toda liberalidad, y de ello hacía alarde. Al cabo de dos días ya conocía a todos los hombres y mujeres de la lista Wade. Su principal motivo de conversación era la pérdida de su querido esposo. A veces se ponía llorosa y ponderaba las hermosas cualidades que adornaban a su fallecido esposo. Los hombres la escuchaban con todo respeto y silenciosamente sufrían su modo horrible de bailar.

La que mostróse más complaciente fué una solterona de baja estatura, llamada Snell. Al

tercer día ella le manifestó su interés por el esperitismo.

— Asombroso es comunicarse con los seres queridos que han pasado a la Alta Vida. Conozco un hipnotizador..., un hombre maravilloso... En una de las sesiones yo hablé con mi hermana, a quien habemos enterrado hace dos años...

La señora Lydia Sterling se mostró sumamente interesada. Le pidió que le concertara una entrevista con el hipnotizador. La señorita Snell dijo que estaba encantada de poderlo hacer, pero es claro que debía mantenerse un estricto secreto.

— Usted sabe lo que es la policía... ¡Es una vergüenza el modo cómo persiguen a los que buscan la luz!...

— ¡Oh! Yo debo verlo — dijo la señora Lydia Stirling. — ¿Dónde vive?

La señora Snell se lo dijo.

— Le telefonearé — prometió ella, y más tarde le informó a la excitada señora Stirling que el hipnotizador la recibiría esa misma noche. Se llamaba el doctor Doon.

Antes de anochecer, Wade recibió una carta que motivó que se galvanizara el Departamento de Investigación Criminal, dándole una vida vigorosa. Dos camiones del Escuadrón Volante, disfrazados como camiones de lavaderos y cargados de hombres, se dirigieron a los suburbios e hicieron alto en la penumbra, cerca de una casa oscura. Ninguno de los hombres salió de los camiones. Los conductores se inclinaron sobre el capote abierto del primer camión, investigando, muy ocupados, una falla imaginaria del motor y manteniendo un ojo listo para la llegada del taxímetro.

Al fin éste llegó. Dos mujeres bajaron. La señorita Snell y la señora Lydia Stirling. Entraron en la casa y se oía el ruido de sus pasos sobre el camino de pedregullo.

En seguida la puerta de la casa se cerró tras ellas.

— ¡Ahora! — dijo el pesquisante Wade. Y los vigilantes, en traje de civil, salieron de los camiones y se perdieron en el jardín.

(Continúa en la página 43)

CUENTO

Por

HAL PINK

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Efectos juveniles que pueden obtenerse con la ayuda del polvo y del rouge - La aplicación correcta de los nuevos aceites realza la personalidad

TENGO el agrado de presentarles las últimas novedades en materia de belleza, y el maquillaje que estará de moda durante la temporada de 1934. En una reciente reunión de los Estados Unidos, que se llevó a cabo en Nueva York, se discutieron puntos interesantísimos sobre el maquillaje. La mujer moderna tiene a su alcance una maravillosa variedad de productos de belleza, de la cual puede elegir según sus preferencias. Hoy en día es muy severa la aplicación del maquillaje para el diario; las mujeres que este año conquistarán los laureles, serán aquellas que acentúen su personalidad, suprimiendo todo vestigio de artificialidad.

El rouge debe aplicarse con arte y pericia para obtener un efecto de mejillas naturalmente sonrosadas. Debe matizarse muy suavemente sobre el rostro, para que su apariencia sea casi invisible. Unicamente los labios y los ojos deben enseñar algún vestigio de maquillaje, y ya saben ustedes lo difícil que resulta arreglar estas facciones, y el cuidado y arte que debe ponerse para no hacerlos aparecer demasiado pintados y artificiales.

La elección de afeites para cada una es de primera importancia, y el cutis debe ser la guía para hacer que combinen el rouge de las mejillas y el polvo. Este es el orden en que deben elegirse los afeites: primero, el rouge para las mejillas; luego el polvo. Después de haberlos elegido y aplicado cuidadosamente, se debe elegir el colorido para los labios.

El rouge para las mejillas debe elegirse, como he dicho, tomando en cuenta el colorido natural del cutis. Unicamente matizando poco a poco una cierta cantidad de rouge sobre las mejillas, puede determinarse la cantidad y colocación correctas.

El rouge en pasta conquista nuevas adictas todos los días, pues se puede matizar y alisar con facilidad; se lo recomiendo si desea que el arreglo le dure todo el día. Cuando usa rouge en pasta, es aconsejable humedecer el cutis con tónico o agua antes de aplicarlo; pero cuando se usa rouge seco, el cutis también debe estarlo. Luego de aplicar el rouge, ya sea en pasta o en polvo, humedezca las yemas de los dedos (o un pequeño pedazo de algodón) en tónico para el cutis y frótelos sobre el área con rouge para remover todo el exceso. Este es el método 1934 para aplicar rouge y resulta el mejor y el más fácil, pues permite graduar en forma correcta el colorido que convenga a cada una en particular.

El polvo debe conservarse siempre muy suelto. Revuélvalo o sacuda la caja todos los días y sea muy meticulosa con sus cisnes. No deje que se acumule una cantidad de tierra y aceiteen ellos, que volverían a los poros del cutis cada vez que se empolva. Si posee un cutis grasoso, use algodón; para remover

el exceso de polvo, use un algodón limpio todas las veces.

El rouge de los labios, de igual o casi más importancia que el de las mejillas y el polvo, es la última de las tres preparaciones que se elige. Esto es porque el polvo sobre el rouge de las mejillas hace que ambas preparaciones cambien de

Después de empolvarse generosamente, remueva el exceso de polvo con un pequeño algodón limpio.

Cuando se usa rouge en pasta para las mejillas, primero deben humedecerse con tónico o hamamelis, lo que ayuda a matizar el rouge.

El rouge de los labios se alisa perfectamente empleando un escarbadien-tes, como indicado en el artículo.

El polvo debe conservarse bien seco y suelto; sacuda la polvera todos los días. Los cisnes tienen que estar inmaculadamente limpios.

Para que el maquillaje del rostro parezca fresco y juvenil, sature un pedazo de algodón con tónico y páseselo suavemente sobre el cutis.

color y es únicamente después de su aplicación que se puede obtener un color realmente armonioso para los labios. El rouge para la boca tiene que ser del mismo color general que el de las mejillas, aunque puede

variar de uno a cuatro tonos más oscuros.

La aplicación del rouge de los labios debe ser en la forma siguiente: primero aplíquese el rouge como de costumbre, luego, después de matizarlo con el dedo, use un escarbadien-tes para rebajar el tono de los bordes. El rouge debe cubrir sólo los labios, siguiendo su contorno natural. Deben seguir esta regla estrictamente; ya

no se usan los labios a los cuales se les ha cambiado de forma para hacerlos aparecer más carnosos o más pequeños. ¡Siga la línea natural de sus labios! Ahora, gracias a un capricho sensato de la moda, la personalidad es lo que vale. No hay dos mujeres de facciones iguales, de modo que, ¿por qué no ser todo lo personales que podamos, en vez de tratar de ser una imitación pobre de tal o cual persona o actriz?

El maquillaje para la noche va a ser muy distinto del de la temporada pasada. Todas las mujeres usarán rouge en los labios y un arreglo liviano en los ojos, pero el colorido de las mejillas será menos pronunciado. No quiero decir que tendremos

(Continúa en la página 57)

Aprenda a tomar bien los baños de sol!

Con
NÍVEA
al sol

Nadie discute los inmensos beneficios de los rayos ultravioleta, después que eminencias científicas de toda Europa proclamaron su eficacia. Pero no todos saben cómo deben tomarse los baños de sol; muchos ignoran aún que la primera precaución es untarse el cuerpo con Crema Nívea o Aceite Nívea, una verdadera protección contra las dolorosas quemaduras. Crema Nívea y Aceite Nívea son dos preciosos productos que contienen Eucerita, y esa substancia favorece notablemente el bronceado de la piel.

BEIERSDORF, Sociedad de Responsabilidad Ltda., Independencia 1064



Precios:
Desde \$ 0.70

Con Crema Nívea y Aceite Nívea Ud. disfrutará de un veraneo feliz, y retornará a la ciudad rebosante de salud... con la piel hermosamente bronceada!

LOS CUENTOS DE MAMÁ NONA

• •

Había una vez un campesino, que a más de labrar sus tierras, se dedicaba al comercio.

Cierto día partió para la ciudad, llevando consigo todo el dinero que poseía, con la intención de hacer algunas compras. Al llegar a una encrucijada vió a un anciano, y le preguntó qué camino debía seguir de los dos que se presentaban a su vista.

—Si quieres que te lo diga —repuso,— tendrás que pagarme cien pesos; de otra manera no abriré los labios. Cada advertencia mía vale cien pesos.

El campesino pensaba: “¿Qué tendrá de particular esta advertencia para valer tan cara? Debe ser una cosa muy rara o muy útil, porque en general los consejos se dan gratis; son lo que más abunda en la vida y a los que por lo común nadie escucha, ni estima, ni sigue.” Vamos, habla —le dijo al anciano; — he aquí los cien pesos.

—Escucha, pues —replicó el desconocido: — Este camino que sigue todo derecho, es el camino de hoy; ese que forma un recodo es la senda de mañana. Todavía tengo que hacerte otra advertencia, pero me tendrás que abonar otros cien pesos.

El viajero los entregó.

—Escucha, pues —dijo de nuevo el anciano: — Cuando entres en alguna hostería, si el hostelero es viejo y el vino joven, prosigue sin demora tu camino, si no quieres que te ocurra

alguna desgracia. Dame otros cien pesos —añadió,— porque tengo todavía otra cosa que decirte.

El campesino volvió a reflexionar. Le costaba dar así, por consejos, todo el dinero que tanto le costara ganar. “¿Qué más tendrá que decirme? — se dijo. Pero ya que he comprado dos consejos, ¿por qué no comprar tres?”

Y le entregó sus últimos cien pesos.

—Escucha—dijo el viejecillo: —Si alguna vez te encolerizas, reserva para el siguiente día la mitad

de tu ira; no la derroches toda en un solo día.

El campesino tomó de nuevo el camino de su casa, adonde llegó con las manos completamente vacías.

—¿Qué has comprado? —preguntó la mujer.

—Tan sólo tres advertencias, que me han costado cien pesos cada una —respondió él.

—Derrochas el dinero, eres un torpe; nunca en la vida has servido para nada.

—Mujer —contestó el campesino con dulzura,— no me duele el dinero; vas a oír las palabras que he pagado con él.

Y refirió a su mujer lo que el des-

conocido le había dicho; pero ella, al escucharle, llamóle tonto y loco; ruina de su propia casa, que dejaba a los hijos en la miseria y en el desamparo.

Algún tiempo después, detúvose en la puerta de la granja un mercader con dos carros atestados de mercaderías.

Había perdido por el camino a su socio y ofreció al campesino cincuenta pesos si quería encargarse de conducir uno de los vehículos y marchar en su compañía a la ciudad.

—Espero —le dijo su mujer al escuchar proposición tan tentadora — que no rechazarás semejante oferta; esta vez, por lo menos, ganarás alguna cosa.

(Continúa en la página 57)



Un CUENTO VIEJO



En el CLUB ATLETICO QUILMES

Antes de presentarse al salón de baile, las niñas invitadas se dan los últimos toques frente al espejo, a fin de que ningún detalle pueda perjudicarlas en su bien ganado prestigio de elegantes.



Una de las parejas está integrada por la señorita de Novello y el joven de la Mela, que rivaliza con la otra en corrección y buen gusto para demostrar su superioridad para el tango.



La señorita de Valdevenitez está elogiando a su acompañante, el señor Cavanna, la elegancia con que se ha presentado a la fiesta, destacando la oportunidad extraordinaria de verlo con un cuello tan acartonado.

Aspecto que presentaba la terraza del nombrado club durante la fiesta de fin de año, que reunió a un calificado núcleo de familias de la sociedad quilmeña.



Señoritas de Valdevenitez, Ferrari, Viola, Novello y otras, que integraron el conjunto de invitadas cuya presencia contribuyó al éxito de la fiesta en el Club Atlético.



Un aparte cordial durante la fiesta: dos invitados están recorriendo el repertorio de la orquesta para pedir a su director quiera tocar el tango de sus preferencias.

Fotografías de la Mela

Colgate es tan económico
que
no hay
porqué
gastar
demás en
dentífrico"



Usted juzga el valor de las cosas no por su precio, sino por sus resultados. No importa pagar lo que sea por lo mejor. . . ¡pero no más! Entonces, ¿por qué seguir gastando más de 70 ctvs. en dentífrico? Eso cuesta hoy el tubo grande de Colgate, de igual calidad y contenido que antes a \$ 1.20.

Todos los días más personas prueban Colgate por su precio reducido, y lo adoptan en seguida por sus buenos resultados.

Colgate evita el mal aliento.

Desaloja, de entre los dientes, las partículas de alimentos que pueden causar mal aliento y caries. Contiene el mismo ingrediente pulidor que usan los dentistas, que blanquea y embellece la dentadura. El sabor delicioso del Colgate deja el aliento perfumado; la boca fresca.

Usando Colgate dos veces al día tendrá la dentadura más limpia y hermosa. Su económico precio invita a probarlo. Compre hoy un tubo. Hará del Colgate su dentífrico favorito.



Igual calidad y generoso contenido que antes a \$ 1.20

TUBO GRANDE de 56 gramos.



La Cooperativa Ganadera Argentina — explica el general Angel P. Allaria — es una institución nueva entre nosotros, como que acaba de concedérsele personería jurídica. Se propone, no solamente exportar nuestras haciendas, sino también los productos de granja, y buscar nuevos mercados externos e internos. Se trata, además, de orientar la producción según la preferencia de nuestros compradores. En lugar de mantenernos en la pretensión de que nos compren todo lo que producimos, tendremos que dedicarnos a producir aquello que nos compren. Por ahora, la cooperativa representa a unos ciento treinta afiliados, y está en condiciones de negociar haciendas por un valor de más o menos siete millones y medio de pesos.

Naturalmente que cuando los pobladores del corralón supieron de qué se trataba, no se mostraron insensibles a la calidad de estas aves, ni a la importancia grande que la experiencia reviste para los granjeros del país. "¿Y llegaremos a producir en el país ese tipo de pollo?" — era la pregunta de todos. — ¿Por qué no? — respondió el general Allaria. — Por lo menos hay que intentarlo, para no seguir trabajando a ciegas. En esto, como en tantas otras cosas del país, nuestro deber es renovarnos. Hay que experimentar, hay que ensayar. La rutina acabaría por asfixiar nuestras posibilidades de riqueza. El negocio de granja bien explotado puede ser una fuente de positivo y duradero bienestar colectivo.



A propósito de la conveniencia de producir según el gusto de nuestros clientes, me contaba el general Allaria que hace poco un avicultor criollo envió a Londres una partida de diez y siete mil pollos considerados de primer orden para las preferencias de nuestro mercado. Pollos grandes, tiernos, de excelente cruza. ¡Bonito chasco se llevó el intrépido avicultor!... Resulta que las señoras inglesas gustan servir en la mesa el pollo entero, y entonces prefieren el pollo chico. Es un pollo de tres meses más o menos, que no debe pasar de libra y media de peso. Además, exigen que sea de grasa blanca y no de grasa amarilla, como el que nosotros producimos. Todas estas son preferencias que debemos tener muy en cuenta si queremos conquistar el mercado de aves inglés.



Puesto a hacer algo en este sentido, el presidente de la Cooperativa Ganadera determinó traerse de Inglaterra un plantel de la raza Sunsex blanca, para tratar de aclimatarlo en su establecimiento de Los Toldos. El plantel se compone de un pollo y tres pollas de hermosa estampa, prolijamente acondicionados en una amplia jaula, que fué transportada en este sulky desde el lazareto, en Dársena Sur, hasta un galpón de la calle Rioja. El conductor del sulky, ajeno por cierto a la importancia de esta carga, tardó cinco horas y media en hacer ese recorrido, con peligro de la vida de tan preciosas aves.

¿PRODUCIREMOS EN EL PAÍS EL POLLO QUE LES GUSTA COMER A LOS INGLESES?

Por
BENIGNO
HERRERO
ALMADA



Esta variedad de Sunsex blancas es la primera vez que se introduce a la Argentina, y es muy probable que se aclimate sin grandes trastornos. Proceden de un afamado establecimiento sajón, de larga tradición en los torneos avícolas de Gran Bretaña. Son hermosos ejemplares de seis meses, de abundante pluma blanca como una golilla de plumas negras. Espera el general Allaria que otros cabañeros argentinos, al ver el éxito corona este primer ensayo, se sentirán estimulados en su confianza hacia la naciente cooperativa, cuyo lema es producir nuevas especies y buscar nuevos mercados.

Algunas notas de interés en la capital

Concurrentes a la demostración ofrecida por la Sociedad de Arte Nativo, en obsequio de "La Serranita", prestigiosa cultura del folklore, que ha logrado destacarse en su actuación en las broadcastings.



Misa de campaña oficiada en los jardines del hospital Muñiz, bajo los auspicios del Patronato de Leprosos, con motivo de la terminación del año, y al que asistieron, además de las damas que integran la comisión directiva, las hermanas de la caridad y numerosos enfermos.



La señora Hersilia Casares de Blaquier, presidenta del Patronato de Leprosos, con algunos de los niños a los cuales obsequió con juguetes en ocasión de las clásicas fiestas de Navidad y Año Nuevo.



Señorita Julieta Alvarez Pizarro, de la sociedad tucumana, que recientemente ofreció un concierto de piano en el salón "La Argentina", alcanzando un merecido triunfo artístico que le valió el juicio favorable de la crítica y del público.



Concurrentes a la fiesta infantil ofrecida por el señor Carmelo Magnelli y su señora Angela Filomena, en obsequio de las pequeñas amigas de sus hijas Maria del Carmen y Néilda Josefina.

Conjunto de alumnos que se adjudicaron los premios en el concurso anual realizado en los exámenes de fin de curso de la Academia Pitman, que alcanzó señalado éxito.



EN SUS VACACIONES

no olvide de tener siempre a mano un frasco de Magnesia S. Pellegrino, el purgante y desinfectante ideal del estómago e intestinos.

MAGNESIA S. PELLEGRINO

PURGA REFRESCA DESINFECTA

Grupo de revoltosos que ocupó el edificio de la Jefatura de policía en Cañada de Gómez, luego de haber sorprendido a la guardia. Como puede verse, los sediciosos iban provistos de armas largas, que abandonaron inmediatamente al tener conocimiento de la intervención de las fuerzas del ejército.



LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

El mayor Melbille, capitán Nivelro y los tenientes Almeida y Rodríguez, integrantes del cuerpo de oficiales del Escuadrón de Seguridad de Rosario, en el lugar donde estalló una de las bombas de mano arrojadas desde un camión por los que intentaron inútilmente apoderarse del cuartel.



JEFATURA POLICIA



En el balcón de la Jefatura de policía de Cañada de Gómez, los sediciosos tuvieron tiempo de colocar un retrato del ex presidente Yrigoyen y adornarlo con la escarapela nacional de un lado y del otro con los colores del Parque.



Cuando los ocupantes de la Jefatura de policía de Cañada de Gómez huyeron sin presentar combate, dejaron en los corredores del edificio una apreciable cantidad de armas y municiones, según lo revela la presente fotografía, obtenida instantes después de haber llegado las fuerzas legales.



Con este auto blindado, la policía de Rosario logró contener eficazmente los desbordos y excesos de los sediciosos, muchos de los cuales ganaron la calle para proclamar una victoria que estuvieron lejos de alcanzar. En esta primera oportunidad en que se usó el auto blindado, pudo apreciarse las muchas ventajas que ofrece como elemento de ataque.



Un piquete de custodia frente al cuartel de la Guardia de Seguridad de Rosario, que fué atacado sin éxito por un grupo de revoltosos que arrojó sobre el edificio una cantidad de bombas de mano, según puede advertirse por los terribles efectos causados por una de ellas en la pared.

S DE SANTA FE



La jefatura de policía de Cañada de Gómez, de nuevo en poder de la autoridad legal, que logró poner en fuga a los revoltosos con la ayuda de los vecinos de aquella importante localidad santafecina, que debió soportar por algunas horas la subversión.



Esta bandera, con la leyenda de "Fausta victoria", fué tomada por la policía a los conjurados de la comisara 5ª de Rosario, donde también fueron dispersados por las fuerzas legales los grupos que lograron por sorpresa apoderarse fugazmente de la referida seccional.

Los autores de la revuelta en Rosario se incautaron de diversos automóviles de alquiler, entre los que figura el que aparece en la presente fotografía, y que fué abandonado por los delincuentes cuando se vieron atacados por la autoridad. El auto, como se ve, presenta numerosos impactos en su cristal delantero.



Los revoltosos de Cañada de Gómez no tuvieron tiempo, al huir, de tomarse toda la cerveza y el vino con que se disponían a celebrar el triunfo. Cuando llegaron las fuerzas del gobierno, quedaron sobre las mesas y escritorios las copas a medio llenar, lo que prueba que la fuga alcanzó los caracteres de pánico.

Uno de los piquetes de la policía central, en Rosario, en el momento de iniciar su recorrida por la ciudad, con el objeto de restablecer el orden que fué alterado durante algunas horas por los grupos de sediciosos, que atacaron las comisarías seccionales.

Fotografías de Flores Toledo (Rosario) y Melindo (Cañada de Gómez).





Sobre una pequeña isla esta mamá con su hijita lucen una elegante indumentaria de playa, sin preocuparse poco ni mucho de averiguar si es o no "chic" bañarse en el río. Poco a poco y con la crisis, son muchas las personas que han debido olvidarse de Mar del Plata, para apreciar que a pocos minutos de Buenos Aires la ilusión es completa.

Mundo Argentino

UNA MAÑANA DE SOL EN LA COSTA DE SAN ISIDRO

Tenderse al sol, disfrutar del encanto de no pensar en nada; he ahí uno de los muchos halagos que ofrece la reconquista del río de la Plata, que los porteños habíamos perdido. Bañistas como estas, dignas por cierto de Playa Grande, se ven por centenares en una breve jira por la costa de nuestro estuario. Tanto los balnearios populares como aquellos otros reservados para los socios de las distintas instituciones sociales instaladas en la costa, ofrecen ejemplares de bañistas dignas de figurar en cualquier torneo de elegancia y de belleza.



Una carpa sirve en la mayoría de los casos como casilla de baño; de ella surgen figuras tan juveniles e interesantes como las que ilustran la presente fotografía, y que son un adorno a lo largo de la costa.



He aquí a una esposa modelo, que cuida de su esposo para que el sol no haga estragos en su piel. A pesar de su cara de mármol, la señora demuestra ser muy bondadosa, porque este cuadro tierno no lo hemos visto hasta ahora en ninguna de las grandes playas de categoría.

Si nos hubieran dicho que esta fotografía había sido obtenida en Biarritz o Deauville, es posible que creyéramos tal información perfectamente exacta. Porque estas dos bañistas nada tienen que envidiar a las muy lindas que conocemos a través de las revistas de Francia.



Otra silueta distinguida que en la costa de San Isidro destaca la elegancia de su figura. Este tipo de bañista se "da mucho" en la costa del Norte, lo que justifica el prestigio de que disfruta en el mundillo de los "tiburones" que ha aparecido en la presente estación.

La coquetería no está reñida con la democracia de las playas porteñas. Las chicas del pueblo también tienen su corazoncito y se presentan en el río con los atributos necesarios para salvar los pequeños defectos que pudieran ocasionarles el agua y el sol.



No importa que la arena deje de ser dorada, ni que las olas carezcan de la violencia del mar; la placidez y el reposo se hallan lo mismo frente al río, en las horas sofocantes del verano en la ciudad. Estas dos lindas bañistas, son, además, dos lindas devotas, según lo comprueban las medallitas y crucifijos que penden de su cuello.

Otro islote muy bien adornado, como abundan en la playa de San Isidro, lugar que ha recobrado su antiguo esplendor y cuya costa ofrece lugares de esparcimiento, en gran proporción. Poco a poco, los pueblos del Norte se han dado cuenta de que tenían un río agradable.

MUY cerca de la plaza del Tertre, donde se alinean los parasoles de un fondista al aire libre, en ese Montmartre de buen humor y de gentilezas, en ese decorado al través de las casas bajas, como se ve en los pueblecillos, entre esos pordioseros con aire de artistas, esos músicos ambulantes, esos grandes embusteros en quienes persiste el sello del tipo creado por Poulbot, en ese Montmartre que anima bonitamente una especie de fiesta a la vez lugareña y parisiense, que tiene todavía sus pequeños artesanos y casi sus labradores, en ese Montmartre donde La Berceuse de Jocelyn se mezcla

Cerca, se endereza una columna. La punta de esa columna soporta algo. Pero ese algo es invisible, está recubierto por una vieja chaqueta.

Pregunto al fotógrafo, M. Bourdais — un bravo hombre de cabellos grises erizados en aureola, vestido con un traje azul de mecánico y calzado con sandalias sin medias:

—¿Qué hay, pues, allí abajo?

M. Bour-

líquido azul penetrante, antes de la aplicación de las cintillas fúnebres del embalsamamiento.

¿Por qué?

Porque el monarca estaba tatuado.

Tenía tatuajes de orden amoroso. Otro en donde se proclamaba su fidelidad al protestantismo. En caso de exhumación, sus herederos no querían que fueran descubiertas esas inscripciones comprometedoras.

Ese azul fué para M. Bourdais como un hilo de Ariadna. Examinó con más cuidado esta cabeza de ocasión.

Reconoció, en la piel momificada, el lunar que reproducen todos los retratos de la época.

Reconoció la herida, que le partía el labio superior, de la cual han hablado las memorias.

Pudo sobreponer con exactitud el perfil de la cabeza momificada y el de los retratos del soberano.

Toda vez que esta extraña reliquia es colocada en la actitud de una imagen auténtica del soberano, la semejanza es sorprendente.

En fin — prueba negativa, es cierto, pero igualmente prueba, — ningún documento histórico permite, me ha afirmado M. Bourdais, establecer dónde se encontraría en este momento la cabeza de Enrique IV. Ningún relato, ningún expediente, señala su presencia en parte alguna. Se sabe que desapareció cuando la violación de las tumbas, durante la Revolución. Pero los historiadores ignoran completamente qué se hizo.

* * *

Desde ese tiempo, M. Bourdais, fotógrafo de Montmartre, habita con la cabeza del Bearnés.

Ha consagrado su vida a ese vestigio mortal. El poco dinero que gana lo dedica por entero a la adquisición de volúmenes de tesis sobre Enrique IV, encontrados en los desvanes de los vendedores de libros viejos, de grabados, de estudios históricos. Cuando viaja lleva consigo la cabeza de Enrique IV en una caja de abeto destinada a clasificar los clisés de 18 x 24. Pero, por razones de circunstancias, esta caja está tapizada de terciopelo violeta, el color de duelo de los reyes.

Algunos centímetros separan el lecho, del tabernáculo donde reposa este jefe ilustre. M. Bourdais duerme con un solo ojo. Cumple piadosamente, cada noche, la velada fúnebre. Cuando va a hacer su modesta venta, es atormentado por la idea de que esta cabeza podría serle infiel. Y es con un suspiro de alivio que de nuevo la encuentra al entrar. No es solamente un caso de milagrosa unión, de consagración apasionada; es casi un caso de sortilegio.

Este cráneo apergaminado, separado del tronco por los revolucionarios violadores de tumbas, ha sufrido misteriosas aventuras. Helo aquí, llegado al asilo, a la paz, en una casucha donde un bravo hombre se ha constituido en vestal de un recuerdo, en gran sacerdote de un rito lleno de respeto y de amor.

Quizá vosotros juzguéis que esta cabeza de Enrique IV, cuya autenticidad parece difícil negar, estaría más en su lugar en el Museo del Louvre o en una basílica.

Pero yo creo que Enrique IV debe permanecer en Montmartre.

¡Caramba! El Galanteador...



A la izquierda, Enrique IV, según un retrato de su esposa, y a la derecha, su cabeza, tal como fué en el hotel Drouot, en 1919, por el fotógrafo M. Bourdais.

ENRIQUE IV HA PERDIDO LA CABEZA EN MONTMARTRE

con la jazz
—en ese Montmartre,
existe la casucha de un extraño
fotógrafo.

Os aseguro que ese atelier de fotógrafo no podría dejaros indiferentes.

Está abierto a todos los vientos, hecho de palastros, cajas, cabos de alambre, etc.

Se llega a la sala de posar por un pasillo tapizado de antiguos libreros anotados, viejas encuadernaciones, grabados y multitud de documentos inesperados. Todo esto en una mezcolanza que evoca, al mismo tiempo, una casa de compra y venta, una mudanza o el atelier de un artista. Se conoce que esos objetos, de los cuales algunos pueden haber tenido valor, han sido adquiridos despreocupadamente, comprados en las ferias, descubiertos en la caja de los libreros a medio franco, recopilados en la acera contra el escaparate de un cambalache.

El conservador de este extraño museo, grande como el compartimiento de un ferrocarril, jamás abandona sus riquezas. Un canapé le sirve de lecho. Se le divisa vagamente, bajo una cantidad de libros.

dais me responde:

—La cabeza de Enrique IV.

¿Qué? ¿La cabeza de Enrique IV, en Montmartre, mezclada a la buena vida nocturna de allá arriba, mecida en su último sueño por el canto de los muchachos alegres, por los gritos de las mujeres quisquillosas? ¿Es este un lugar conveniente para un abuelo que ha alcanzado su trescientos ochenta aniversario.

* * *

M. Bourdais ha pagado por esta cabeza tres francos en el hotel Drouot, en 1919. Era un gasto módico. Podía permitírselo.

Proyectaba hacer de esta cabeza un ornamento macabro, como se ve en los ateliers de los pintores, cuando su atención fué atraída por un tinte azul, casi en la sección del cuello.

Pues él sabía que el cadáver de Enrique IV tenía una parte del pecho y del cuello manchada con un



M. Bourdais en su atelier de Montmartre. Al fondo puede verse la cabeza de Enrique IV.

AUNQUE PAREZCA MENTIRA...

Margaret Helfetz es una criatura que constituye actualmente en toda Europa una verdadera sensación musical. En Moscú ha dirigido grandes orquestas durante la interpretación de difíciles trozos de música clásica. Aquí se le ve en un teatro ruso, dirigiendo ante un auditorio numerosísimo.



Esta vaca sufrió la fractura de una pata. En principio se pensó en sacrificarla, pero como proviene de una raza muy buena, el doctor dinamárqués Monckeberg se la amputó, colocándole en su lugar una de madera. El animal ha quedado en muy buenas condiciones, pudiendo caminar casi sin dificultad.



Aunque el lector se resista a creerlo, estos nativos de unas islas australianas también juegan a las bolitas tal como nuestros pibes lo hacen diariamente. Pero ellos no emplean bolitas, sino conchillas de mar. Son expertos tiradores, y con frecuencia organizan concursos con asistencia de jugadores de otras islas cercanas.



La última palabra en materia de deportes para los norteamericanos la constituye el polo acuático, jugado con los extraños vehículos que aquí pueden observarse. Naturalmente, antes de finalizar el partido los participantes tienen en más de una oportunidad que demostrar sus habilidades natatorias para no ahogarse.

URINARIAS

RECOMENDAMOS

a todo enfermo atacado de
Blenorragia-Gonorrea
que combata las mismas con el acreditado producto

Combinación HEIDISAN

ESPECIALIDAD ALEMANA, de aplicación fácil y de efectos positivos. CONOCIDA HACE YA MAS DE DOS DECADAS y apreciada por millones de personas que la emplearon.

Una autoridad médica, el Dr. Georges Luy de París, refiriéndose a los balsámicos como ser: píldoras, sellos, cachets, etc., dice, entre otros:

"...los balsámicos secan la mucosa uretral, pero **NO MATAN** a los gonococos. TARDE O TEMPRANO usted recordará pues, la COMBINACION HEIDISAN, el gran remedio alemán. Cuanto antes Vd. se decida a emplearla, mejor será para usted. ¿Por qué no lo hace hoy mismo?

Se envía GRATIS Y EN SOBRE SIN MEMBRETE el interesante folleto ilustrativo "Lo que cada enfermo debe saber", a quien lo solicite mediante el cupón al pie.

Droguería Suíse-Argentina, Ltda. S. A.
Rivadavia, 2234 - Buenos Aires

Sírvanse remitirme GRATIS el folleto "Lo que cada enfermo debe saber".

Nombre

Dirección

Ciudad o pueblo..... F. C.....
M. A.



En Filadelfia funciona una escuela donde se enseña a los sordos a oír. Los alumnos colocan las yemas de sus dedos sobre el gran tambor y la maestra, acercando sus labios al mismo, habla. Por las vibraciones las criaturas conocen lo que ha dicho la maestra, que aquí aparece dando una clase práctica con varios alumnos.



Marilyn Morris, de Troy (Estados Unidos), es la niña más joven del mundo que haya transmitido por radio. A las 2 h. 45' de haber nacido ya su llanto era recibido por el micrófono, que a su vez se encargó de propagarlo por todo el país. Vemos aquí a la precoz "artista" en un instante álgido de la extraña transmisión.



Estos cuatro señores, el menor de los cuales cuenta sesenta y nueve años de edad, aún tienen ánimo y fuerzas para empeñarse en la disputa de carreras pedestres. Anualmente se celebra en un estadio de Inglaterra una fiesta organizada por fuerzas policiales, en la que se instituyen premios para los veteranos que antes fueron de la policía y que, como éstos, aún tengan ánimo para correr.

Defienda la tersura y diafanidad de su cutis...

El sol, el viento, la lluvia y el frío son los mayores enemigos de su cutis. Para protegerlo recurra al Almendril Brancato, exquisita crema de miel y almendras seleccionadas, que no sólo lo protege, sino que, además, lo suaviza y embellece.

En todas las farmacias y perfumerías puede Vd. conseguir el

Almendril BRANCATO

LA MEJOR CREMA DE MIEL Y ALMENDRAS



1

8 DE LA MAÑANA

Una mamá joven, madrugadora, llega con su hermoso bebé. El parque les proporcionará el sol y el aire, y con ellos la alegría, que no pueden ya brindar las casas céntricas de una ciudad tan abigarrada y densa como es en la actualidad Buenos Aires.



2

9 DE LA MAÑANA

De exterior modesto, pero cuidado; joven de aspecto fuerte, y quizá animosa — tiene a su lado un diario de la mañana abierto en la página ahora triste de los que buscan trabajo, — esta mujer humilde ha caído en el banco, vencida por la fatiga. El parque, en uno de sus extremos, le ha dado este lugar grato, y los árboles y los pájaros velarán su sueño.



10 DE LA MAÑANA

Muestra esta nota parte de la colonia de vacaciones para niños débiles que funciona en el parque Lezama, que cumple al albergarla una alta misión social. Bajo la dulce y eficaz dirección de la maestra, los niños se instruyen y se educan, y el parque les proporciona el ambiente saludable que no tienen en sus hogares sin sol y sin aire.

3

Las voces más armoniosas han cantado a los parques; las páginas más hermosas se han escrito sobre los jardines. Pero nunca se habrá dicho todo, porque la belleza de los jardines y de los parques es eterna y cambiante. El instante que se detiene, cada hora que pasa, marcan visiones distintas en el parque, que abre alegre sus brazos a

4

11.30 HORAS

El sol aprieta. La tarea ha sido prolongada y ardua. Un obrero que de su trabajo regresa a su casa para el almuerzo y el corto descanso del mediodía, calma su sed en el generoso hilo de agua que fluye de una fuente del parque.



5

13.30 HORAS

Para los chicos, cualquier hora es buena si hay que jugar al football. Han hecho su estadio en el parque, que les brinda una plaza de ejercicios físicos que no supo darles la imprevisión de nuestros legisladores. El match es sumamente reñido, pero los pibes también tienen su Macías, y ya se está ejecutando el penal que definirá el encuentro tan entusiastamente disputado.



24 HORAS EN



6

15.30 HORAS

Indiferentes a cuanto pasa a su lado, los más pequeños juegan en el lugar que se les ha destinado en el parque, bajo la mirada vigilante de sus mamás o sus hermanitos mayores. Hacen montañas y castillos y luego los destruyen. Ya la vida, más tarde, también les destruirá sus sueños.



8

18 HORAS

No todas son rosas en los senderos. Los atrajo la quieta belleza del parque; en él riñeron y en él también se reconciliarán, seguramente. ¿Y no habrán hecho lo uno por lo otro? ¿Quién sabe! Lo evidente es que están peleados. Dan ganas de derribar el farol para que no exista tanta luz entre estos dos enamorados.



7

17 HORAS

El parque depara agradables sorpresas. La cámara ha hallado en su camino a la gentil cancionista señorita Amanda Ledesma, que ha buscado un lugar propicio, lejos del tráfago del centro, para leer una vez más los versos preferidos. Se destacan sobre el fondo, cotivas y armoniosas, las cúpulas de la iglesia de la calle Brasil.



9

19.30 HORAS

El "Parque Club". La gente humilde tiene su club espléndido en el parque de la parroquia. El descanso cotidiano o la vejez apacible hallan expansión y refugio en el parque hospitalario. Desde este banco se compondrá el mundo, o, por lo menos, se arreglarán las finanzas del país. O quizá también — más modesto, pero más exacto — retoñará en él, el recuerdo que alegra y que turba al mismo tiempo.

10

20.30 HORAS

Cae la tarde. La sombra de la ruta arbolada se interrumpe a trechos con pinceladas de sol que se retira. Por el sendero, bajo la cúpula de los árboles — amplia nave con pagana techumbre de hojas — camina ayudado por su báculo un anciano, que pareciera que se ha hecho a un lado para dar paso a la pareja joven que marcha confiada como una ilusión que avanza...

UN PARQUE





Uno de los salones "privados" de la ruleta. No se permite fotografiar el interior del Casino cuando las salas están en actividad. La diferencia entre los "privados" y el "público" reside en el precio de la entrada; en los primeros se paga veinte francos, y en el segundo diez. Las apuestas mínimas y máximas también difieren. En el segundo son menores, naturalmente, que los primeros.

Las mesas de ruleta y treinta y cuarenta en la hermosa sala central del Casino.



DORADO EN EL INFIERNO DE MONTECARLO

Antes de las 10 de la mañana, hora en la cual abre sus puertas el Casino, la multitud de jugadores espera ya en la plazuela, ya en las terrazas. Algunos distimulan su angustia sentados, otros la muestran paseándose nerviosamente.

El jardín francés y la entrada del Casino. A cada estación se cambian plantas y flores; la compañía dispone de invernaderos almacenes y viveros para el cultivo y conservación de todos los bellos elementos decorativos vegetales que emplea constante y profusamente.

En esta vista lateral del Casino es dable advertir la grandiosidad del edificio.

(Ver el complemento de esta nota en las páginas 4 y 5.)



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERO



¡DOMANDO FIERAS!...



PUEDO asegurar, sin temor a incurrir en errores, que desde el día en que, hace aproximadamente doce años, inicié mi aprendizaje en el difícil arte de domar fieras, he corrido riesgos muy grandes. Creo haber dicho ya en capítulos anteriores que desde muy pequeño las pistas circenses pobladas de carne selvática constituyeron un imán poderoso para mí, un influjo ante cuya fuerza enorme no pude substraerme. Mi ambición primera fué llegar a ser un gran domador de fieras, sentirme rodeado de miles de espectadores e imponer mi fuerza a la de ese enjambre de animales rugientes y llenos de furor. Tal fué en mi primera juventud mi mayor deseo.

Lejos, por cierto, me hallaba entonces de imaginar los graves peligros que el cumplimiento de tal deseo implicaba. Hoy, lejos de aquellos primeros tiempos, al verme sano y salvo, pienso de primera intención que los riesgos que se corren no deben ser a la postre tantos como se dice. Pero lo son.

Es que mi vida, contemplada en rápida visión, parece fácil. Mas será suficiente que recuerde las innumerables

veces que he estado a punto de perderla para reconocer

que, en efecto, los peligros fueron muchos y muy grandes. Confieso, sin pretender pasar por fatuo, que muy pocos domadores han tenido un aprendizaje y un desempeño tan accidentados como los míos. Prueba de ello la da el hecho de que me resulta imposible asegurarme la vida,

ya que ninguna compañía de seguros desea entrar en tratos conmigo.

No quiero significar con esto que diariamente un domador expone su vida. Lejos de mí tal idea, que no sería cierta, ya que si así lo fuese ningún domador podría sobrevivir mucho tiempo. Accidentes serios ocurren en realidad sólo de vez en cuando, y son suficientes. Se producen por muchos motivos y, lo que es peor, a veces sin motivo. Un descuido

Hacer actuar simultáneamente a tigres y leones constituye otro de los grandes riesgos que se corren debido al natural encono que estas dos especies se profesan mutuamente.

La confianza que un domador demuestra ante un grupo de fieras, constituye hoy el tema principal de Clyde Beatty. Narrándonos un incidente ocurrido mientras hacía sus primeras armas en las pistas circenses, nuestro colaborador nos da una sensación exacta del peligro que la excesiva confianza representa para quien pretende domar a una bestia selvática. Ningún domador, por experto que sea, hace su aparición en una pista sin armarse previamente de una silla, que en tal caso constituye su escudo de defensa. Es un arma que nadie desdeña, por insignificante que el peligro parezca. Clyde Beatty lo sabe porque se lo recuerda un suceso de su juventud en el que afortunadamente alguien le salvó la vida, tan inútilmente expuesta por su exceso de confianza que era temeraria.

De peligrosa puede calificarse la presente situación de Clyde Beatty, que llevado contra los barrotes que circundan la pista ve así imposibilitada gran parte de su acción contra la fiera.



del ayudante o del domador, una orden dada fuera de tiempo, el estado de nerviosidad de la fiera, un accidente sufrido por ésta en mal momento, son, junto con muchas otras, causas para que uno exponga su vida peligrosamente.

Recuerdo que allá por el año 1923 me encontraba en Montgomery, un pueblito de Estados Unidos, con el circo Gollmar Hermanos. Después de haber hecho mis primeras armas en calidad de asistente, se me brindó la oportunidad, visto mi gran entusiasmo, de actuar ante un grupo mezcla de leones, leopardos y osos. Naturalmente, mi primera aparición se produjo sin público y a simple título de ensayo. Se trataba simplemente de un deseo mío por querer demostrar ante las autoridades del circo que yo servía para eso de domar fieras.

Chubby Gilfoyle, que por aquel entonces era el principal domador del circo, y que me había iniciado en los secretos de la profe-



Una serie de
EMOCIONANTES
ALTERNATIVAS

en la
AZAËROSA
VIDA

del **GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY**

sión inculcándome valor y coraje para que no cesara en mi ambición, fué el que me facilitó la oportunidad. Afortunadamente, tal oportunidad sirvió para hacerme comprender de una vez por todas que aún tenía mucho que aprender en tal profesión. Yo, muchacho joven, confiaba tanto en mis propias fuerzas, que mi confianza rayaba en el descuido y la imprudencia. Era tal mi deseo por demostrar que no tenía miedo, que en realidad creo que no lo sentía. Actualmente ningún domador, por experto que sea se avendrá a enfrentar un grupo de fieras sin hacerlo con una silla en la mano, o, por lo menos, un equivalente que constituya su arma defensiva.

Pues fué el caso que yo en aquella circunstancia rechacé olímpicamente tal escudo. ¿Acaso no llevaba el látigo? ¿Para qué más? Ningún domador que se precie de tal recurrirá al uso de una silla para plantarse ante una fiera, por más fiera que sea. Tales fueron los pensamientos que acudieron a mi mente, demasiado joven para entrar en razones.

Así entré en la pista, casi sin reparar en la silla que pocos segundos antes Gilfoyle había puesto en el suelo para mí. Los primeros minutos en la pista transcurrieron dentro de un marco tal de tranquilidad, que hasta comencé a preguntarme para qué se me habría ocurrido armarme con el látigo...

"En realidad — me decía, sintiéndome muy cómodo en aquel ambiente y en medio de tanta paz — esto no hace más que confirmar mi creencia de que estos bichos no son tan fieros como todo el mundo cree. Cuestión de valor, nada más..." ¿Es que no tenía sangre ni ánimo para demostrar su ferocidad?...

Pero bien pronto comprendí que la tenían, y en grado sumo, por lo menos uno de ellos. Fué el caso que, conforme el tiempo transcurría, yo me sentía más y más confiado, hasta que llegó un momento en que casi me despreocupé totalmente.

Comencé a instigar a un león, y luego de comprobar repetidas veces que no se atrevía a atacarme, me daba vuelta dándole tranquilamente la espalda. Esto no pareció ser de su agrado. En una oportunidad en que me di vuelta, tratando de atraer sobre mí la atención del resto de los animales, el león pegó un salto cayendo sobre mis espaldas. Evidentemente, aquella fiera se hallaba dispuesta a hacerme recordar que se le llamaba "rey de la selva".

Golpeado fuertemente y de improviso caí de bruces, con el león encima. Al hacerlo sentí instantáneamente sus dientes que se clavaban en mi hombro derecho. Esto fué suficiente para que perdiese el control de mis actos y olvidase todo cuanto había aprendido. Lancé un grito desesperado que retumbó en toda la carpa. Pero allí estaba Gilfoyle, mi maestro, listo para protegerme. De inmediato, ni bien comprendió por el movimiento de la fiera que ésta se disponía a atacarme, entró en la pista, y utilizando una silla, la misma que yo tan despectivamente había rechazado, me libró de tan grave peligro.

Afortunadamente, mi atacante era un león joven, y las heridas que me produjo, de las que aún hoy conservo huella, no fueron de consideración. Un animal de mayor edad que él habría encontrado tiempo, en esos pocos segundos que mediaron entre el ataque y la intervención de Gilfoyle, para aniquilarme de un solo zarpazo o de una sola dentellada.

Jamás olvidaré las palabras que, ya pasado el susto, me dirigió Gilfoyle:

— Descuidarse ante una fiera, especialmente si se trata de gatos selváticos, es un lujo que ni tú ni nadie, por más experimentado que sea, puede permitirse. Yo hace muchos años que ando en la profesión, y hoy es el día que tengo la certeza de que habrá de ser la garra de una de ellas la que me obligará a abandonarla...

Proféticas fueron sus palabras, pues pocos años después Chubby Gilfoyle fué víctima de un ataque en una pista circense, de resultados del cual hubo necesidad de amputarle un brazo ferozmente mordido por un tigre, para poder salvarle la vida. Desde entonces jamás mi maestro volvió a pisar un circo...

Y así, lo que entonces constituyó para mí simplemente un aprendizaje más, habría podido costarme la vida. Me di cuenta a partir de aquel día que basta un incidente cualquiera, por insignificante que parezca, para poner fin a una vida. Docenas de domadores se han salvado de situaciones peligrosísimas para entregar más tarde sus vidas de una manera completamente accidental, y hasta si se quiere, tonta. Es lo mismo que aquel albañil que desde un quinto piso cayó a la calle, resultando poco menos que ileso. A los dos días cayó de la ventana de su casa, colocada apenas a un metro del suelo, con tan mala suerte que se destrozó el cráneo chocando contra un adoquín puesto accidentalmente en la acera...

La sugestión de la muerte

(Continuación de la página 25)

Wade, como una sombra en la obscuridad de la noche, anduvo alrededor de la casa para ver cómo estaba apostado el cordón policial. Examinó cuidadosamente las ventanas con celosías, y observó una rendija luminosa que le indicó ser un cuarto ocupado. Puso el oído en la celosía de madera. Hasta él llegó la voz de la señora Lydia Stirling, llorosa, excitada...

— ¡Oh, doctor! Es demasiado asombroso... ¿Piensa usted, realmente, que puedo ponerme en contacto con mi querido esposo?

Otra voz, extraña, voz que parecía de un extranjero, voz profunda, fascinadora en lo alto y bajo de sus cadencias, contestó:

— Yo no pienso, querida señora. ¡Yo lo sé! Tengo un poder sobrenatural. Los muertos son mis amigos. Hablo con ellos y me dicen muchas cosas. Su esposo está aquí con usted ahora..., en espíritu. Está ansioso por hablar con usted..., ansioso por comunicarse... Y me pide le indique a usted el camino... — La voz se fortalecía,

adquiría vibración. — Haga como yo le pido. ¡Sométase a mi voluntad! ¡Míreme en los ojos! Sólo así su esposo vendrá hacia usted. Mir..., mire... en mis ojos...

Wade trató de ver a través de la rendija. La señora Lydia Stirling sentóse en una silla, con la espalda a la ventana. Sobre ella se elevaba un hombre alto, con ojos que brillaban como los de un loco. El cabello largo le caía sobre las orejas. Su cara delgada estaba iluminada; sus dientes mostraban una sonrisa que parecía sardónica; sus manos en el aire, levantadas sobre la cabeza de la señora Stirling.

— ¡Un hipnotizador! — se dijo Wade. Y sus dedos apretaron la fría empuñadura de una pistola automática en su bolsillo.

La desencajada señorita Snell había sufrido una transformación. Ya no era la tímida solterona. Ataviada con un gran manto lleno de signos cabalísticos, gritando extrañas palabras, se paró, como en un éxtasis, ante un altar

(Continúa en la página 49)

EL SECRETO DE
MATUSALEN

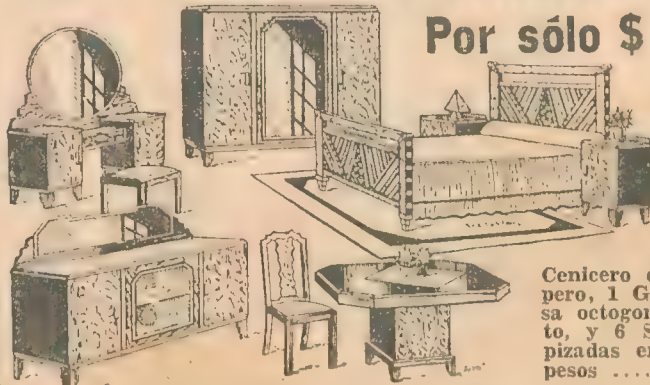


GRAN APERITIVO el viejo Fernet-Branca

Despierte ese apetito adormilado por el calor... Beba antes de las comidas una copa de Fernet-Branca con soda fresca: es un sabor vigoroso, que unido a las naturales propiedades estimulantes del Fernet-Branca, llama enérgicamente al apetito. A las 12... a las 19...: recuerde al viejo, al tradicional Fernet-Branca!

FERNET-BRANCA
Prolonga la vida EXITUS

NOTABLE CONJUNTO "FUTURISTA" con CAMA de BRONCE Por sólo \$ 325.-



COMPUESTO DE:
1 Amplio ropero 3
cuerpos, 1 Toilete-
peinador, 1 Cama
dos plazas, 1 Elástico
2 plazas, 2 Mesas de
luz, 1 Percha tres
ganchos, 1 Banqueta,
1 Toallero-percha, 1
Cenicero de pie, 6 Perchas ro-
pero, 1 Gran Aparador, 1 Me-
sa octogonal con tabla repues-
to, y 6 Sillas ta-
pizadas en cuero, **325.-**
pesos

Despacho rápido y amplia garantía a los clientes del Interior.
AL INTERIOR CATALOGO ILUSTRADO GRATIS

MUEBLES *casa Gicovate* **SOFAS CAMAS**
LA CASA MAS GRANDE DE SU MEDIO
1134 · CORRIENTES · 1134

CONTRASTE y LINEA: EXPRESIO



1.— Bonito vestido para niñas, confeccionado en tela de hilo color celeste. Se lleva sobre una blusa blanca de organza.

2.— De seda amarilla es este vestido para niñas. En los hombros y cintura lleva hileras de frunces. Las mangas abullonadas y la cinta del talle son del mismo material en color azul lino.

3.— Encantador modelo para fiestas deportivas. Está confeccionado en piqué de seda; blanco la pollera y la blusa color rubí; lleva adornos de pequeños volados y botones blancos.

4.— Encantador y sencillo vestido; es de seda verde y lleva un gran cuello de piqué de seda blanco.

5.— Sencillo y de línea moderna es este vestido de crêpe color azul. Está adornado con volados plissé blancos en la línea muy baja de los hombros y en los puños.

6.— Juvenil y sentador modelo de crêpe color amarillo. Lleva un adorno de dos moños de corte muy original ribeteados como en el escote y mangas con voladitos fruncidos de organdí blanco.

7.— Delicioso vestido en gruesa seda rayada en rojo. La disposición de las rayas es muy novedosa; lo completa un cuello blanco de georgette.

NES de la MODA ACTUAL



SERENIDAD EN EL DELITO

Cuento por
NACY CAPPEL

A pesar de que dos mujeres vieron que Jacinto Leone estaba apuñaleando a su esposa, cuando la policía quiso entrar en la casa él se defendió tan bien que lo dejaron en libertad tras de escuchar su satisfactoria explicación. Al golpear ambos representantes de la autoridad en la puerta él dijo que no podía abrir porque había perdido la llave, por cuyo motivo había entrado por la ventana. Y explicó las cosas con tal calma que ni siquiera sospecharon el horrendo crimen que aquel hombre acababa de cometer.

Jacinto Leone era su nombre. Alma era su esposa, una joven de veinte años que trabajaba en las tablas como corista. Era hija de un minero inglés y hacía cuatro años que llegó a Londres atraída por las luces y el movimiento de aquella ciudad.

En la actualidad era muy conocida en el ambiente teatral, que comenzaba a otorgarle el oro de sus triunfos y las ricas joyas con que sus muchos amigos la obsequiaban. Alma vió en Jacinto el marido ideal. Hombre de regular posición económica, reposado, sencillo y muy enamorado de ella. Por eso no fué de extrañar que cuando él le propuso casarse, Alma lo aceptó.

Transcurrieron así los primeros meses de felicidad hasta que, ya entrados en el período de razonamientos más fríos, Alma comenzó lentamente a añorar a sus admiradores.

—Oye, Jacinto: tienes que reconocer que me mortifica esta vida, esta inacción... Me tortura el recuerdo de mis mejores triunfos...

—Pero es que ahora estás casada —respondía conciliador Jacinto. — Te debes a mí, a tu hogar...

Pero ella hacía caso omiso de sus palabras y volvía a insistir hasta que al fin ambos terminaban discutiendo. Ocupaban un departamento en la casa de la calle Churton y en repetidas ocasiones los vecinos habían escuchado sus gritos que más de una vez hacían temer por incidencias mayores. La noche del crimen dos mujeres que vivían en la casa de enfrente vieron, a través de las ventanas, a Jacinto y a Alma moviéndose. No le dieron importancia, pero quince minutos después oyeron un grito horrible y el ruido provocado por gran cantidad de cristales al romperse. Presurosas se acercaron a la ventana y vieron, aunque un poco confundidamente, a Jacinto Leone subir y bajar el brazo repetidas veces, como si estuviera clavando algo. Una de ellas aseguró ver en un momento determinado el brillo de la hoja de un cuchillo. A todo esto, atraídos por los gritos, los vecinos habían llamado a la policía, que pronto se hizo presente. Uno de ellos golpeó en la puerta de la casa. Nada se escuchó. Volvieron a llamar y esta vez el rostro tranquilo y sonriente de Jacinto Leone apareció en el marco de la ventana.

—¿Qué desean en mi casa? —interrogó, dirigiéndose al policía que había golpeado.

—Deseamos saber quién fué la persona que gritó hace unos pocos minutos...

El rostro del hombre no sufrió la menor alteración.

—Sin duda, fué mi esposa. Hemos reñido con un poco de violencia, pero ya todo ha pasado.

—De todas maneras —fué la respuesta de la autoridad, — tendrá usted que abrir la puerta. Necesitamos entrar.

—Es imposible. Precisamente perdí hoy la llave...

—¿Y cómo pudo entrar usted si perdió la llave?



—Trepé por la ventana.

Sin embargo, estas explicaciones no parecieron satisfacer a los representantes de la autoridad, que insistieron, hallando siempre en las palabras de Jacinto una gentil resistencia.

—Les aseguro que nada anormal ha ocurrido. Mi esposa había bebido con un poco de exceso, pero ya está tranquila.

Ante estas palabras los policías parecieron convencerse; le tomaron el nombre y se retiraron luego de aconsejar a Jacinto que se abstuviera de discutir en forma acalorada, pues molestaba a los vecinos. Con absoluta tranquilidad escuchó el joven sus palabras y les prometió tenerlas muy en cuenta.

Aquella misma noche, dos hombres que vivían en la misma casa decidieron, antes de retirarse a descansar, practicar una ligera investigación. Uno de ellos trepó por la ventana que comunicaba con la habitación y encontró a la esposa de Jacinto tirada en el suelo, muerta, en medio de un gran charco de sangre. En su cuerpo había treinta y seis puñaladas, muchas de las cuales habían sido

descargadas en la garganta. De inmediato ambos hombres dieron comienzo a la búsqueda del matador, pero éste ya había huído. Impuesta la policía del suceso, se ordenó su captura enviando a todas partes de Inglaterra detalles de su filiación. Dos días después fué encontrado en una casa de pensión de Liverpool. Negó haber matado a su esposa, pero el traje que aún vestía y en el que se observaban manchas de sangre, denotaba su culpabilidad.

—Alma quería retornar al teatro y yo no quise dejarla ir. Era mi esposa...

Más tarde se supo que Jacinto sentía celos de un joven alemán llamado Siegfried, quien parecía simpatizar mucho con Alma.

—Una vez —contestaba Jacinto ante los requerimientos de la policía para que confesara — encontré una carta de Siegfried en la cartera de mi mujer. Reñimos por eso, y ella me dijo que si no la dejaba en paz me abandonaría. Yo entonces la amenacé con matarla... Alma se fué...

"Afortunadamente, una vecina que nos

conocía y sabía la clase de vida que llevábamos, convenció a Alma para que retornara al hogar. "Jacinto es bueno. Si la riñe es porque la quiere. Por eso siente celos de usted." Alma nada dijo y volvió a casa. Pero estaba escrito que la tragedia había de coronar esta unión matrimonial.

"Cuando regresé esa misma noche — confesó Jacinto, — comprendí que ya todo se había perdido. Estaban de más las palabras. En la próxima disputa, Alma volvería a marcharse y ya nada podría contenerla. Y entonces decidí poner fin a su vida. La atacé cobardemente, por la espalda. Hundí el puñal muchas veces en su cuerpo hasta que la dejé inerte. Después, cuando tuve la sensación del peligro, algo raro ocurrió en mí. Me sentí tranquilo. Por eso pude enganar a la policía..."

Jacinto Leone fué condenado a cadena perpetua en la cárcel, por el error de haber amado demasiado a su mujer...

FIN

El debut del artista

(Continuación de la página 23)

y pudo ver que sus ojos languidecían de dulces sueños.

Y entonces Luigi le dijo con su canto que nunca más se separarían. "¡Mai piu, mai piu!", le cantaba, con el corazón destrozado de emoción, y los labios de Mariettina se abrían al repetir la promesa sagrada. Y con la osadía de la desesperación en el alma, Luigi se armó de coraje para mirar al "babbo" bien en la cara, y luego cantar deliberadamente hacia Mariettina para que el viejo tirano no pudiera equivocar su propósito...

A todo esto, reinaba un silencio de muerte en la sala; no había ni un susurro. La boca del empresario era una línea descolorida que le cruzaba su semblante macilento; el maestro se había puesto blanco y rígido, como esculpido en marfil; el director de orquesta no sabía qué demonios hacer...

Y desde el escenario Luigi vio al "babbo" inclinarse hacia Mariettina, vio a la muchacha echarse hacia atrás en su asiento, y Luigi lo adivinó todo: el bruto del "babbo" le había dado un cruel pellizco, su manera favorita de castigarla. Pero ahora la estaba castigando por culpa de su amor, y al pensar esto, Luigi se puso furioso. Se rebeló. Algo en él estalló, quedó libre... Y ya no era Luigi el chico a quien se apaleaba, sino Luigi el hombre, el amante, el campeón de Mariettina, un hombre a quien era peligroso contrariar. Con gesto de furor sacudió su negra cabellera hacia atrás, apuntó con el dedo hacia el "babbo", y los ojos le centelleaban.

— ¡Ah, mostro, io t'amazzeró! — cantó con furia terrible, siendo cada nota un grito de desafío. Su mano encontró algo en el cinto, tiró y se encontró que empuñaba un largo estilete. Ahora tenía un arma... ¡Cuidado!

Toda precaución voló por los aires. La "prima donna", envuelta en ropajes blancos, a quien se suponía que Luigi dirigía su canto de amor, empezó a asustarse ante pasión tan inesperada de parte del galán, y retrocedió hacia las bambalinas, por las dudas... Pero a Luigi no se le importaba un comino de la "prima donna". Haciendo uso de la música como un medio de expresión que el "babbo" comprendería perfectamente, puesto que también él era músico, Luigi aprovechó para cantarle el punto, y bien cantado, al "babbo"; le explicó detalladamente cómo quedaban las cosas entre ellos dos de ahora en adelante, y con cada nota la victoria se hacía más patente en su voz. Allí le-

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS
por
ANIBAL PONCE

S. PONDAL RÍOS: "AMANECER SOBRE LAS RUINAS"

Editorial "Anaconda" — Buenos Aires

Un eco lejano, pero reconocible, de "Les nourritures terrestres" de André Gide, pasa a través de este "Amanecer sobre las ruinas" que el señor Pondal Ríos ha compuesto con emoción generosa. Y si en el libro del argentino no se perfila, cierto es, la grácil silueta de ningún Natanael, resuena en él, sin embargo, esa misma voz de admonición y profecía, tan exaltada en su comunicativo lirismo, que sólo encuentra en el versículo, en el himno o en el canto su forma adecuada de expresión.

En el prefacio que André Gide escribió en 1927 para una nueva edición de su libro, creyó oportuno defenderse de la opinión común que sólo quiso ver en dicha obra una glorificación del egoísmo sensual, una exaltación del apetito y del deseo. "Yo escribí este libro — dice — en un momento en que la literatura estaba impregnada de convención y de hermetismo, y en que me parecía urgente hacerla descender hasta la tierra y apoyar sobre el suelo con los pies desnudos." Un deseo de sinceridad; un ímpetu de cordialidad por el pobre ser humano, semiasfixiado entre temores y prejuicios, eso era en lo fundamental el "buen mensaje" de "Les nourritures". Tan ardientemente acogido que, al comentar no hace mucho tiempo la huella que dejó entre los hombres jóvenes del 900, André Maurois decía que les había dado, por vez primera, "el gusto de la vida". ¿Y qué podía ser para un adolescente de esa época "el gusto de la vida", sino la embriaguez que rechaza todo vínculo, el fervor que empuja a la aventura, el desprecio por todo lo que es tibio y mezquino?

Pero este recuerdo de "Les nourritures", que en cierto modo representa un elogio para el "Amanecer", ¿no constituye también respecto de este último, su crítica más severa, su reproche más certero? André Gide se propuso escribir para su Natanael un "manual de evasión y de liberación"; es decir, un manual de inquietud y de rebeldía contra todo lo que oprime, ataja, sofoca, coarta. Y ahora bien: ¿bastará este otro "manual" que representa el "Amanecer" para conseguir los motivos mucho más concretos que el señor Pondal Ríos deja entrever en la dedicatoria de su libro? ("Dedico este libro a los jóvenes respetuosos, a las mujeres honestas, a los obreros resignados. Dedico este libro a los pobres hombres domados que ni siquiera saben por qué son infelices.")

Nadie vacilaría en afirmar que no. Aun sin hacer hincapié en más de una página frondosa en que la elocuencia verbal hace confuso al pensamiento, "Amanecer sobre las ruinas" sólo da a sus pobres hombres "domados" una vaga promesa de libertad. Vaga promesa que si a los adolescentes del 900 pudo dar por un momento el "gusto de la vida", no habrá de servir de mucho en estas horas dramáticas de hoy en que la misma hambre de certidumbre exige en "Les nourritures terrestres" las soluciones definidas y los métodos precisos.

NICOLAS OLIVARI: "LA MOSCA VERDE"

Colección "Cometa" — Buenos Aires

Quizá no sea "La mosca verde" — el primero de los cuentos que da título al volumen — la más feliz de las narraciones de este libro reciente del señor Olivari. Pero nos muestra en él, de entrada, la habilidad del cuentista y la naturalidad del prosador.



Nicolás Olivari

Lo mismo que en el otro relato que le sigue — "El caballito de madera", — se ve en "La mosca verde", con demasiada insistencia, la huella de modelos que, en parte, el mismo Olivari reconoce. Mas tan pronto esa preocupación desaparece, nos da el autor esas otras narraciones como "Familia" y "La pierna de plomo" en las que asoma ya, seguro y vigoroso, el trazo del cuentista.

No me atrevería, en cambio, a asegurar lo mismo para ninguna de las otras cinco narraciones del volumen, evidentemente malogradas como en "Romper filas" y "La mujer

y su hijo, y sólo a medias realizadas en "Un poema trunco", "Rosa... la más hermosa" y "El enamorado de la estrella".

Anibal Ponce

jos, en su asiento del paraíso, el "babbo" parecía achicarse, completamente derrotado.

Habiendo, pues, destruido el obstáculo más formidable en el sendero de su felicidad y la de Mariettina, Luigi nuevamente se dirigió hacia ella y se derretió de amor. Sus notas se hicieron perlas que se desparaban ante ella. Se desacreditó completamente ante el empresario y el director de orquesta. Cometió la falta más grave e imperdonable; se puso a jugar con su canción, dejando de prestar la menor atención a los gestos furibundos del director, de que siguiera el compás. Se puso a traducir la exuberancia de su espíritu en gorjeos, trinos y gorgoritos que no figuraban de ninguna manera en el libreto, hasta que por fin la orquesta, de puro desesperada, dejó de acompañarle, y Luigi siguió cantando solo, desafiante, decidido a despanzurrar al primero que tuviera la osadía de intervenir.

Lo que sucedería más tarde ya no le preocupaba. Y la concurrencia había quedado profundamente desconcertada, pues hasta su respiración parecía haber cesado.

Pero Luigi estaba quemando sus cartuchos. Nada le importaba ahora, excepto esta oportunidad única en su vida de derramar todo su amor a los pies de su amada. Las cosas que le decía eran tan dulces, tan celestiales, que las lágrimas le rodaban por la cara y caían en los encajes que le cubrían el pecho. Y por fin, cuando ya no quedaba más que decir y el canto terminaba con una nota postrera que parecía flotar temblando sobre la concurrencia, Luigi despertó bruscamente de su ilusión. Claramente vio que la gran oportunidad de su vida se le había ido irremediablemente. ¡Había fracasado!

Quedó parado en el escenario, inmóvil, confuso al darse cuenta de su conducta ante la concurrencia que había insultado tan descaradamente, y el silencio de muerte que siguió a su canto parecía penetrarle hasta el corazón. Ahora se daba cuenta de lo que había hecho; había labrado su propia ruina y la de su pobre maestro, que tanto había hecho por él. Lleno de desesperación, se inclinó apuradamente ante la concurrencia, ocurriéndosele que tal vez debiera arrodillarse para pedirle perdón por el ultraje, y luego se precipitó fuera del escenario, a través de interminables corredores, hasta llegar a su camarín.

¡Todo había terminado! Había echado al viento su carrera musical. El maestro jamás le volvería a hablar, el "babbo" lo mataría a palos, Mariettina se moriría de pena. Se sentía enfermo, harto de todo eso. La cabeza le vibraba como si un trueno distante le retumbara en los sesos. Estaba completamente seguro de que Mariettina moriría de pena... Pues entonces, ¿por qué no? Rápidamente desenvainó el estilete, cerró los ojos, murmuró el nombre de ella y se hundió el arma en el corazón. La vista se le nubló, vio que se abría la puerta y el trueno en la cabeza se le hizo intolerable.

Ya casi moribundo, Luigi veía, como a través de una neblina, la cara de su viejo maestro. Sentía que el viejo lo sostenía en sus brazos. Trató de murmurar un adiós, pero no pudo.

— ¡Ah, ragazzo infernale! — le gritaba el viejo, furioso, no dándose cuenta de que Luigi se le moría en los brazos. — ¡Por fin te encuentro, animal! ¡Te podría matar con mis propias manos, figlio d'un cane! Levántate inmediatamente, pedazo de mal educado; ¿acaso crees que así se trata a la gente? ¡Arriba, antes que!...

Pero Luigi le indicaba con débil gesto el cuchillo, y el viejo lo recogió, poniéndose lívido.

(Continúa en la página 65)

Las peripecias de PANCHITO



— ¡Si a ti te sobra cogote... a mí me sobran piernas!...

DERECHOS DE REPRODUCCION ADQUIRIDOS EXCLUSIVAMENTE PARA "MUNDO ARGENTINO"

Clima

(Continuación de la página 19)

venido? Su cansancio lo había empujado inconscientemente. Siguió a pie, con el caballo detrás, las huellas del oscuro. Pero la senda parecía cerrarse cada vez más, y Severiano, a los pocos metros, tuvo que abrirse paso entre las espinas con el cuchillo. Pronto se convenció de que por ahí no había podido venir. Volvió sobre sus pasos, que recordaba bien, y al rato hombre y caballo se encontraron en el claro. Un poco nervioso probó de nuevo. Esta era la huella, ahora recordaba, era más ancha, más larga que la otra. Impaciente, Severiano se aventuró por allí. Largo rato anduvo dando vueltas por la huella caprichosa, y al fin fué a dar en otro claro sin salida que no recordaba haber cruzado el día anterior. Quiso volver al lugar donde había pasado la noche, pero se volvió a perder en el monte.

Todo el día luchó contra la naturaleza tropical, que lo engañaba. Al fin, enloquecido, exhausto, se echó a dormir.

Una larga procesión de fantasmas pobló su descanso de condenado a muerte.

Cuando empezó el día, Severiano quiso levantarse para seguir con sus tentativas, pero no pudo físicamente. Las manos y los pies le pesaban como plomo; para incorporarse tenía que hacer un esfuerzo enorme. Se arrastró hasta un tronco; apoyó la espalda y se quedó inmóvil, esperando a que la debilidad le pasara.

¿Cómo salir? Una idea le hizo sacudir su debilidad: trepando a un árbol bien alto podría, a lo mejor, darse cuenta para qué lado tirar. Arrastró sus pies de plomo hasta un árbol que le pareció alto. Con la fuerza de la desesperación consiguió trepar de rama en rama, pero no se veía más que un caos de copas, de ramas, de espinas. Se había internado en la selva demasiado profundamente para tener otra cosa que árboles a la vista. Se deslizó, pesado de desesperación, desensilló al caballo, que había olvidado, armó fatigosamente una cama con las pilchas contra el tronco y se volvió a sentar.

Una víbora venenosa pasó veloz entre los tuyos, cerca de él. No sintió miedo. La siguió con los ojos, curioso. Sacó una galleta de las últimas que le quedaban y mordió desganado porque tenía la boca seca. Una piedra que Dios sabe cómo había llegado hasta allí, le recordó cosas oídas; se la puso en la boca para producir saliva.

La sed se hizo más cruel con el calor del mediodía rabioso.

¿Y ese zumbido lejano que hacía temblar el suelo? ¿Un camión? Entonces el camino no estaba tan lejos. Cuando se acercó el ruido, Severiano, con todas las fuerzas que le quedaban, gritó con el grito de los indios que corta las distancias. Llamó, gritó, le parecía que los pulmones se le iban a reventar. Esperó, convencido de que algo sucedería. Volvió a gritar con fuerza inhumana. El ruido del motor llegó, pasó, se alejó rápidamente, y con él toda esperanza. Habría pasado a mil metros quizá, pero en esos mil metros estaba la muerte. Todas las sendas por ese lado las había él explorado hasta arañarse la cara de espinas y malezas.

Un fatalismo indio le dio resignación. Se encogió de hombros y abrió los labios para que entrara aire en esa hoguera que era su boca...

Visiones espantosas hicieron presa de su imaginación, le pesó la cabeza demasiado y se tiró sobre las pilchas...

FIN



STEVENNE TYNDALL

Autora de la novela corta

CLIMA

hace para los lectores de

Mundo Argentino

su AUTOBIOGRAFIA.

¿Qué puedo decir? Que soy nueva en el oficio, que tendré que usar mucha tinta antes de poder clasificarme de escritora, que nunca estoy satisfecha con lo que escribo, que los incienso son en su mayor parte de cortesía:

— ¡Qué bien, muy bien, te felicito!

— ¿Cómo? ¿Te ha gustado mi novela?

— A ser te franca, Stevenne, aún no he tenido tiempo de leerla, pero...

Que las críticas irritan como una ampolla en el talón.

Pero estas sólo son observaciones, y muy viejas, y me han pedido una autobiografía; debo explicarme, dar una idea...

Asunto difícil dar una idea de sí mismo. ¡Es tal la tentación de disfrazarse!... Luego hay horas de optimismo en que uno se siente como Helena de Troya; otras, en que compararse con lo último de la tierra parece un cumplido.

¡Biografías!... Pero si los hechos de una vida no son más que la impresión que dejan! Hay catástrofes que no dejan huellas; pequeñas mortificaciones que duelen años y que nunca se mencionan.

Resulta vacío decir "hice", "vine", "me fui" y completario de cansadoras e insulsas fechas. Son hechos que no prueban nada, aparte de que si tuvo dinero para el pasaje...

Y ya que no puedo hacer mejor, les hablaré de otra cosa. Al Chaco no lo describo de segunda mano. He vivido allí y pienso volver en un tiempo no muy lejano. Es una tierra del futuro, rica en promesas, rica en belleza, rica en emociones. Imaginad las largas cabalgatas por huellas que no son aún caminos... Los montes en que la riqueza muere de vieja... La soledad que dulcifica los recuerdos...

Si alguna belleza tienen estas descripciones, el mérito no es de la pluma, novicia y tal vez demasiado simple, sino del Norte mismo, cuya fuerza, belleza y crueldad se niegan a hacer un cuadro soso.

La sugestión de la muerte

(Continuación de la página 43)

en el centro del cuarto, sobre el cual se quemaba incienso.

A una palabra del doctor Doon, la señorita Snell apagó las luces. Wade sólo podía ver el rojo reflejo del braserito y la cara diabólica del hipnotizador.

— ¿Desea usted hablar con su esposo? — dijo la voz.

— Sí — fué la contestación apagada de la señora Stirling.

— Míreme en los ojos..., sométase a mi voluntad... Mire..., mire.

Durante una intensa pausa hubo silencio. Y después...

— ¡Ahora es el instante en que los espíritus se juntan a la voz del Maestro! — exclamó el doctor. Y su voz, profundamente grave, parecía llenar todo el cuarto. Ahora es cuando los seres amados vuelven a sus amigos en la tierra. Ahora es el momento en que las puertas del cielo se abren para aquellos que creen...

¿CREE USTED EN MI PODER?

— Creo en su poder... — llegó suavemente la voz de Elena Waldron, como adormecida. Wade contuvo un movimiento de horror. Ella estaba bajo la influencia de ese hombre. Se lo decía el hecho de que ella no asumía el acento de la señora Stirling. Pero el hipnotizador no pareció notar el pequeño cambio.

— ¿Está usted ansiosa de someterse? — fué la pregunta.

— Estoy ansiosa de someterme — fué la respuesta.

— Usted se someterá..., se someterá... Usted está dormida..., usted está dormida... y en su sueño verá muchas cosas... Duerma..., duerma...

Wade vió la forma en la silla delineada contra el rojo resplandor del braserito, moverse despacio, y después permanecer inmóvil.

La voz del hipnotizador se elevó en un fervido canto de triunfo.

— Duerme, ¡oh investigador de la verdad! Se te revelarán muchas cosas. Tu amado esposo te espera del otro lado... Está ansioso por estar nuevamente contigo. ¿Lo ves? ¡El está aquí. Esto es lo que dice: "¡Obedeced! ¡Obedeced la voz del Señor de la Nueva Vida! ¡Obedeced al Todopoderoso que llama a los Espíritus de la tumba y les da nueva vida a cambio, de esclavitud!" ¿Obedecerá usted?

Wade oyó un débil murmullo de Elena.

— Obedeceré...

El sudor corría por su frente. ¡Ese era el trabajo del diablo! Si le llegara a ocurrir algún daño...

— Entonces debes hacer esto — zumbó la voz del doctor Doon. — No debes vivir más. Rechaza la lucha estéril de esta vida terrenal y únete a la Hermandad de la Nueva Vida..., mi hermandad. Ellos son muchos. Me aman. Me veneran. Les he mostrado el cami-

Las personas débiles deben tomar las Pastillas McCoy en esta estación

Rápido aumento de peso — Tónico eficaz y agradable al paladar

Nada como las maravillosas vitaminas del aceite de hígado de bacalao para fortificar el organismo debilitado — todo el mundo lo sabe. Pero nadie quiere tomarlo por su olor nauseabundo y su mal sabor y también porque descompone el estómago.

Por eso los médicos modernos aconsejan ahora tomar las Pastillas McCoy de aceite de hígado de bacalao, porque han resultado una bendición para miles de hombres, mujeres y niños flacos, débiles y enfermizos. Cubiertas de una

no. Están aquí alrededor, en las sombras, formando una extraña compañía, ansiando que te unas a ellas. ¿Los oyes?

— Los oigo — dijo la voz de Elena Waldron.

— Otros como tú vinieron hacia mí, a la invitación de las sacerdotisas. Ellas oyeron, obedecieron y dieron su vida para unirse a la hermandad. Elba Schtalmeister, lady Michingham, y las demás... Todas ellas están aquí. Os tocan con manos alegres, os hablan en secreto de los gozos de la Nueva Vida, os dicen lo mismo que le dijeron a Sylvia Jerningham...

Elena se movió en su silla. Wade la oyó suspirar profundamente.

— Vuelve a tu alojamiento, abre tu ventana, que es el camino del escape. ¡Camina a través de la ventana hacia la Nueva Vida! — ordenó el hipnotizador. — Así ganarás la felicidad. — Su voz se hizo más débil al estar allí parado, mirando fijamente a su víctima.

— Debe prestar el juramento — sonó la voz de la señorita Snell.

— El juramento — balbuceó Doon — Sí; debe prestar el juramento que la una a mí para siempre. Repita después de mí. Juro...

La pistola de Wade estaba en su mano.

— Juro — balbuceó Elena.

(Continúa en la pág. siguiente)



AUMENTO DE ESTATURA

Y DESARROLLO MUSCULAR PERFECTO, beneficiosos a la salud, obtendrá a cualquier edad, con el grandioso CRECEDOR RACIONAL del Profesor ALBERT

Solicite folleto que remito gratis

Sr. F. MAS

Rivadavia 2113 — Buenos Aires

DIVORCIO

ABSOLUTO TRAMITO EN MEXICO, DOMICILIO VOLUNTARIO. — Informes: Corrientes 433, Escritorio 10. — Buenos Aires.

Academia de Bandoneón



Aprenda a tocar el bandoneón por correspondencia o personal, desde cualquier punto de la Rep. Se enviará el bandoneón gratis para estudio. Envíe \$ 0.20 cts. en estamp. y recibirá condiciones. Curso especial para atas. Prof. V. ARJONA. Calle Pedro Echagüe 1755. Bs. As. Se marcan plazas por tonos y cifras.



Señora:

Aquí hay comodidad y economía. Prendiendo un fósforo y abriendo la llave ya está encendida la cocina a nafta, funcionando sin olor, sin humo y sin ruido. Visitenos o pida nuestro catálogo N° 6

CASA PRIMUS

Santiago del Estero 143 - Bs. Aires

— Terminar la vida.
— Terminar...

Un estampido. En la obscuridad un reflejo de llama. Una bala le entró al hipnotizador entre los ojos. Cayó con estrépido contra el altar, volcó el brasero, y al quedar el cuarto a obs-

**Defienda Vd.
sus nervios**
por medio de las
afamadas tabletas
de
Bromural
«Knoll»

Son suaves pero efí-
caces; no dañan ni
a los niños.

Tubitos de 10 y 20 tabletas.

Representantes:

KROPP & Cía. S. A.
Alsina 1142 Buenos Aires.

Procurador

por los programas Fac. de Derecho, Conta-
dor Judicial, T. de Libros, Cajera, Aritmé-
tica, Ortografía, etc. Estudiando en su
propia casa.

Pida hoy mismo un folleto gratis a:
INSTITUTO INTERAMERICANO DE COMERCIO
MONTAÑESES 2741 BUENOS AIRES

Si Ud. padece

**BLENNORRAGIA o
DEBILIDAD FISICA (Masculina)**

Pida informes de nuestro sis-
tema de tratamiento para los en-
fermos del campo.

Remita estampillas para la respuesta
Consultas \$ 3, todos los días de 9 a 12
y de 15 a 20. Los Sábados Gratis.

CLINICA JANET
LAVALLE 715 - B.A.S.

**POLVO
VASENOL
ANTI-SUDORAL**
PARA LOS
**PIES, MANOS
Y AXILAS**



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

SOLEDAD

La soledad es un inmenso refugio. Es el único medio que nos permite acercarnos a nosotros mismos, valorarnos y estimarnos. ¡Cuántas veces nos hemos visto más malos de lo que supusimos ser, y nos evidenciamos mejor de lo que, en realidad, creímos haber sido! Es que la soledad en su inmenso silencio nos acerca tanto a nuestra propia alma, que por primera vez nos vemos de cerca y de frente. En su profundo misterio no cabe la equivocación o el engaño.

Debemos estar solos, absolutamente solos, algunas horas del día para saber definir las causas del dolor o la dicha, para aclararlas francamente y francamente afrontarlas. Quien vive en el torbellino de las compañías y de las charlas continuas, está siempre en perpetuo variar de ideas y no puede reconcentrar su pensamiento.

Nadie puede resolver sanamente un problema si antes no ha pasado por el silencio y la soledad serenadora y guía de todas las buenas decisiones de la vida. Estar solo alguna vez es una ventura y una felicidad a la que todos tenemos derecho; además es algo así como un baño de paz para el alma y el cuerpo.

LA MODA 1934

No es elogiosa la moda. Como siempre, las mujeres se someten a ella gustosas; pero la moda desfigura la fina silueta de la mujer delgada y destroza y ridiculiza a la gruesa. Volantes plegados en las bocamangas que, en forma de aletas, cargan de hombros y acortan el cuello. ¿Por qué destruir así una de las grandes bellezas femeninas, los hombros caídos y cuello esbelto?

Volantes en todas direcciones, en el corpiño o en la falda, géneros engomados que se separan del cuerpo modelándose como el pliegue lo quiere, sin armonía ni elegancia. Es de preguntarse: ¿por qué la mujer se habrá sometido a largos años de privaciones y regímenes, para adoptar el organdi que la hace representar tantos kilos más de los que en realidad posee?

¿Dónde está en la moda 1934 la vanidad y el amor propio de la mujer, que siempre buscó y persiguió el arte de vestir y ser elegante? Si la elegancia está en la forma del cuerpo, ¿por qué disfrazarla grotescamente con las telas de actualidad? Se ha procurado la línea derecha y natural, se han adoptado los masajes, la natación, las marchas matinales interminables, para luego vestirse de organdi en forma de globo. ¡Son verdaderamente ilógicas las mujeres!

¡Con ese traje vaporoso, el contrasentido del cigarrillo! Que fume una mujer con traje tailleur... sea, pero a una con vaporoso, transparente... ¡le va tan mal el hábito masculino! Y ¿por qué fumarán las mujeres? ¿Habrá un placer en echar humo por la boca y la nariz?

Alguien ha dicho: "La gente fuma porque tiene sobrada salud y quiere hacer de modo de gastarla cuanto antes. Porque la naturaleza le ha dado tan buenos pulmones, que le sirven de chimeneas. Porque tiene dinero sobrado y gustan del placer de quemarlo. Porque tiene tiempo de sobra y no sabe en qué emplearlo; entonces mira las espirales del tonto humo que sube y se va."

"Porque tienen la suerte de no conocer la educación y entonces le roban el buen aire a los semejantes, llenando la atmósfera de pestilentes olores. Porque fuman los hombres, y las mujeres gustan de invadir sus derechos, porque quieren ser como ellos."

Que fumen los hombres está bien, pero que fumen las mujeres bonitas no lo concibo. ¿Cómo es posible que vaya de acuerdo el tabaco con el organdi, las pieles y las sedas, los labios rojos, los dientes blancos? ¡Cuánto más bonito es que las mujeres huelan a perfumes que a tabaco!

RESPECTAR

Cuesta muy poco adquirir la costumbre de respetar. Una vez adquirida y puesta en práctica, el respeto logra verdaderos milagros. Cuando vemos un matrimonio bien avenido, que marcha de acuerdo, sin duda es porque se respeta. Respetar gusto e inclinaciones, opiniones y manías, es prolongar la dicha y evitar las desavenencias. Nadie puede renunciar a lo que fué su costumbre o su placer durante año tras año, para modificarse y unificarse en un solo día al gusto de otro.

Aunque no lo creamos, todos estamos mimados por pequeñas manías que, ridículas o no, hacen nuestra personalidad y nuestra vida. Arrancárnoslas es violentarnos. Hasta los niños merecen ser respetados en esas costumbres o gustos que definen la personalidad. El matrimonio es una mutua tolerancia; es precisamente la tolerancia de las causas más pequeñas, ya que las grandes las vigilan y salvan la educación y la cultura.

La mejor de las tolerancias es el respeto recíproco, el paciente soportar las pequeñas manías que forman el "hobby" de cada uno.

curas, se oyó el grito de una mujer.

Wade tocó el silbato de alarma. Dos hombres con hachas rompieron la persiana y la ventana. Wade saltó dentro del cuarto. Se encendió la luz eléctrica. Arrastrándose por el piso, junto al cuerpo del muerto, estaba la señorita Snell gritando desaforadamente. Elena Waldron, con el revólver humeante en

la mano, se apoyó en la pared, junto a la llave de la luz, y su rostro estaba lívido cuando los pesquisantes invadieron el cuarto.

— Lleven esta mujer a uno de los camiones — gritó Wade, indicando a la histérica señorita Snell. Condujo a Elena fuera de la casa, hacia el fresco y suave aire de la noche. Ella caminó

como una mujer en un sueño.

Al fin habló:

— ¡Una hiena en forma humana! Yo lo maté...

— Perfectamente — dijo Wade con acento severo. — Me has ganado de mano. Yo iba a hacer lo mismo.

Después de las instrucciones finales a sus hombres, insistió en acompañarla hasta su departamento de Bayswater. Ella le dijo, temblando, que no podía volver al Hotel Magnificent.

Para los dos fué una terrible experiencia. Wade no se negó a entrar cuando ella lo invitó a beber. Diez minutos más tarde salió de su dormitorio transformada nuevamente en la joven de antes. El cognac la revivió.

— Lo que me indujo a verlo — explicó ella — fué el hecho de que cuatro mujeres eran viudas. Las otras dos habían perdido su hijos en la guerra. La idea de pérdida de una mujer que no tiene esposo o hijos, es algo que ningún hombre puede comprender. Yo, siendo mujer, y sensible, me doy cuenta cuán fácil le fué a este hombre sin escrúpulos influir en el ánimo de Sylvia Jerningham y otras. Él era mucho peor de lo que imaginé... ¡horrible! Y esa mujer Snell era su señuelo...

— Yo pensé que te había atrapado — dijo Wade.

— Sí — fué la débil respuesta; — no recuerdo qué es lo que sucedió después que se apagaron las luces. De repente oí el nombre de Sylvia Jerningham...

— Él lo pronunció — dijo Wade.

— Y entonces desperté, horrorizada al verlo inclinado sobre mí diciéndome que jurara que me mataría. No pude soportarlo más e hice fuego.

— ¡Qué poco aire! Después de ausentarme debo siempre ventilar el cuarto. Cruzó hacia la ventana, se paró sobre el diván para abrir la celosía y...

— ¡Elena!

Wade la tiró hacia atrás en el instante en que ella estaba de pie en el alféizar de la ventana. Él la abrazó. Ella lo miró fijamente. Él cerró la ventana y la llevó a una silla.

— ¡Casi me he muerto! — murmuró ella, temblando.

— Hay dos clases de hipnotismo — dijo muy suavemente Wade. — El bueno y el malo. El bueno es más poderoso. — Se acercó al teléfono. — Tengo un amigo, una eminencia en psicoterapéutica... Suena mucho, ¿verdad? Él puede hacerte sugestión hipnótica para contrarrestar la que aún impresiona tu mente. Haré que venga en seguida. — ¡Hola!

Lo que demostró que Wade era un hombre inteligente.

En el espacio de media hora, después que Wade y su amigo se despidieron, la influencia del doctor Doon había sido eliminada de la mente de Elena Waldron, dando fin también al sonado asunto de las sociedades de suicidas.

FIN

Hay que ver...

(Continuación de la página 3)

si es que positivamente está desocupado, no es una empresa fácil, al alcance de un hombre que se mueve con los recursos contados. En cambio suele resultar útil aquella repartición a los que saben manejarla, a los que conocen el camino de las decisivas confidencia sobtenidas extraoficialmente, y pueden llegar por él, a convertirse en poderosos latifundistas.

El nuevo ministro de Agricultura tiene donde entretenerse si se propone convertir en realidad para nuestro país, el principio que la ley consigna: Vale decir, que la tierra fiscal vaya a parar a manos de quienes la trabajan.

P. J.

LAS EVASIONES FAMOSAS

Mme. de LAVALETTE SALVÓ a su ESPOSO de la GUILLOTINA OCUPANDO su LUGAR en la CARCEL

POR

ALFREDO SORENSON

(Derechos exclusivos adquiridos por MUNDO ARGENTINO.)

EN la historia de la época napoleónica uno de los capítulos más interesantes es la carrera romántica de María Chauvaus, esposa del conde de Lavalette, por la asombrosa manera cómo logró salvar a su marido de una muerte segura bajo el filo de la guillotina.

Desde su infancia Lavalette demostró ser aventurero y audaz. Nacido en 1769, de padres almaceneros, fué preparado para ingresar en la Iglesia. Eventualmente eligió la carrera de derecho, en tiempo que estallaba la Revolución Francesa.

Su conducta resuelta fué notada por Napoleón, quien lo gratificó encargándole importantes asuntos. A tal punto llegó la admiración de Napoleón, que éste le concertó el casamiento con Emilia de Beauharnais, sobrina de Josefina, esposa de Napoleón.

Luego Napoleón lo nombró director general de Correos y canceller del Estado. Fué condecorado con la gran cruz de la Legión de Honor. Durante doce años Lavalette desempeñó su cargo correctamente. Luego sobrevino Waterloo. La carrera meteórica de Napoleón terminó. Sus oficiales, entre ellos Lavalette, fueron arrestados y encarcelados en la famosa Conciergerie de París.

Ahí Lavalette conoció al famoso mariscal Ney, primer edecán y brazo derecho de Napoleón.

Ney fué fusilado el 7 de diciembre de 1815. Enfrentando el pelotón, Ney ratificó su lealtad a Francia, y colocando una mano sobre su corazón, gritó: "¡Apunten bien! ¡Francia por siempre!... ¡Fuego!"

El gran mariscal Ney, brazo derecho de Napoleón, y que dió un gran ejemplo de valor ordenando su propia ejecución con un: "¡Apunten bien!"

les le ayudaron.

El martes por la noche madame Lavalette fué admitida en el calabozo de su esposo, informándolo del plan ideado. Lavalette tendría



Ayudado por su esposa, Lavalette se disfrazó con un traje femenino, con el que logró salir de su encierro sin que pudiera ser reconocido.



En seguida, "el más valiente de los valientes" cayó perforado por las balas.

Lavalette fué juzgado por alta traición y sentenciado a la guillotina. Rogó ser fusilado, pero no fué oído.

Los primeros cuatro meses de la encarcelación de su esposo, a madame Lavalette no le fué permitido visitarlo. Cuando la fecha de su ejecución se acercó, fué a verlo; dos días antes de la fecha fijada madame Lavalette concertó un plan para salvarlo. Amigos lea-

que ponerse el traje de su esposa. Al salir de la prisión subiría a un coche que le aguardaría y que lo conduciría a un lugar seguro.

Lavalette expresó que el plan no le parecía eficaz; además temía por la suerte de ella. Al fin consintió, fijándose el día siguiente para la tentativa. Madame Lavalette, acompañada por su hija Josefina y una sirvienta, llegaron puntualmente. Llevaban puestos dos trajes completos; una vez solos, Lavalette hizo el cambio, poniéndose, además, un par de guantes y cubriendo su cara con un pañuelo.

— Camina despacio y apóyate sobre Josefina, y no olvides de agacharte al pasar las puertas bajas, y no estropear así las plumas del sombrero. Los guardianes, como de costumbre, estarán en la antesala.

"El coche estará cerca de la salida, y que Dios te guarde, mi querido esposo; dame la mano, quiero sentir tu pulso. Ahora siente el mío; ¡mira qué tranquila estoy!"

(Continúa en la página 65)



Tomando agua dulce, que va en los tanques del aljibe motor, en varios miles de toneladas tan necesarias.

El oficial Pedro T. Navarro, jefe del pontón "Recalada". Veinte días de continuo mirar al mar, atisbando las males transatlánticas que van y vienen por el agua.

Los OJOS IM que VIGILAN ATLANTICO PABELLON

Una nota de RAIMUNDO



BUENOS Aires, y más que Buenos Aires, la nación entera, ignora o se olvida que allá, en la conjunción del océano y el Plata, ondea incesantemente el pabellón nacional, señalando a los navegantes el camino de la metrópoli que llegará a ser la capital del mundo. En la indescriptible soledad, un puñado de hombres, lejos de todo halago, apartados de los más

íntimos afectos, mantienen la mirada alerta al paso de los cien mil navíos que el resto del mundo nos envía como emisarios del trabajo y de la civilización. Es decir, los grandes ojos de la nación se plasman en la mirada de ese núcleo de anónimos servidores, y miran siempre, a través de la noche o de la niebla, quiénes vienen para guiarles por camino seguro, escrutando de paso la capacidad mercantil que llega. Para comprender el sacrificio de esos vigías, es preciso navegar como ellos, convivir en los pontones, aspirar el acre olor marino, sentir la amenaza del oleaje embravecido por los vientos.

—Partimos a las 16. El agua "pica" un poco afue-

ra... ¿Usted se mareó, señor periodista?

—Según. Trataremos de resistir.

Zafamos a bordo del A. M. 52, de la 3ª región naval. Lleva los tanques llenos de agua para dar a los pontones, cajones de combustibles, víveres y el relevo de hombres que han pasado con el amor de sus hogares ocho

días, para tornar al Atlántico otros treinta con sus noches.

—¿Trabajan ustedes mucho en los pontones?

—Eso no es tan malo. ¡Trabajar! ¡Bah! Lo más agrio es que vivimos exponiendo el pellejo a cada instante. Ninguna noche podemos lograr descanso, porque la mayor parte de los buques pasan de noche. Nos piden práctico, y aunque las olas alcancen altura de cerros, debemos llevar ese piloto hasta el navío que llega y necesita enfilarse el canal. No es nada, señor, decirlo, así nomás; tendrá usted que ver cómo desafiamos el mar, qué vida hacemos.

Hemos dejado el Riachuelo y navegamos con rumbo al Este, cruzando entre barcos anclados, remolcadores que regresan, chatas que se deslizan, boyas en inquietante vaivén. La urbe, bordeada de presuntuosos torreones, aparece detrás de una tenue cintura que, según



Pesca forzosa para dar alguna alternativa al aburrimiento de tantas horas de vida en el mar.



PERTURBABLES la RUTA del al AMPARO del ARGENTINO BUSTAMANTE



Rincón de la cabina desde el cual parten las vibraciones de la onda para llevar a través del mar la palabra que sirve para interpretar los códigos del progreso y del trabajo de todo el universo.



avanzamos, tórnase grisácea. El barquichuelo ruge, abriéndose paso en las aguas que, poco a poco, se encabritan con un ritmo que va del "cadencioso" al "tumultuoso"... Al pasar por la rada, ya no brilla la luz solar; barniza las olas un dejo de ocaso que chorrea plomo en desesperante monotonía.

—Comenzó el baile, ¿eh?

—Sí, señor. Y según el "vientito" sudeste, hay pa toda la noche.

Los tres marineros correntinos que llevamos entre nueve de otros puertos, nos miran misericordiosamente. Yo evoco las escenas entre hombres y vacarés en el alto Paraguay. A la hora de cenar prescindimos de la mesa, porque el "rolido" ya no deja

nada en pie. Se cena con el plato en la mano, apoyándonos de espaldas en cualquier sitio, con tal de no perder el equilibrio.

Crece la inquietud según avanzamos. La proa despanzurra montañas de agua, que arroja sobre el barco inmensos salivazos. Toda la noche (200 kilómetros) cabeceamos y "rolamos" cada hora más furiosamente. Hombres avezados al mar se marean. El cronista, despierto el sentido por ansias de ver y percibir, aferradas las manos a los tabiques del puente de comando, no quiere marearse, lucha, resis-

te, y al asomar el primer atisbo auroral en la inquietud del agua, comprende que ha vencido. Muy lejos, como un dibujo esfumado, adivinase el cerro de Montevideo. En ese momento, en la curvilínea atlántica, remota, estupendamente grande, el sol, bola rojiza, escapa de un crisol y parece flotar de golpe encima del mar.

—¡Recalada!

Es el pontón que vigila el océano, frente a la tierra amiga. En lo alto del mástil, el azul y blanco teñidos de sol ondulan con la audacia del viento. Parece que el agua verdosa no tiene la violencia del río.

—¡Gente!

En verdad esta frase ha brotado de los que nos observan desde el pontón, el viejo casco del transporte "Chaco", que ancla

(Continúa en la página 57)



Zarandeados por el rudo vaivén del río embravecido, los marinos del pontón "Intercesión" reciben abastecimientos desde la gasolinera, que a veces dijérase que desaparece entre las espumas del oleaje ya embravecido.



Abasteciendo el pontón "Recalada", cuyos hombres sigilan el océano frente a la tierra amiga. La cerveza suaviza la nostalgia del hogar, que no ha de verse durante muchos días.

Fotos especiales de MUNDO ARGENTINO



DESGRACIADO

HALLABASE Mauricio Cranille en su oficina, engolfado en asentar partidas y más partidas en el "Mayor", cuando de pronto sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro y que la voz del contador le susurraba al oído:

—¿Ha jugado usted hoy a la lotería, Cranille?

—Como siempre, y con la misma ilusión de siempre de poder mandar al diablo estos libretos que me sacan canas verdes.

—Por supuesto, no habrá usted cambiado de número.

—Por desgracia. Sigo el mismo de todo el año, aunque jamás me ha dado la más pequeña satisfacción. Pero, ¿por qué me pregunta usted esto, Berrejo?

—¿No se lo figura? Pues porque el 8118 acaba de salir con la grande.

—¡No diga!

Mauricio Cranille no pudo menos que pegar un salto en su asiento. Esa noticia, a pesar de esperarla un día y otro, no dejaba de resultarle inesperada. Y es que nunca había querido creer que pudiera tocarle la lotería, no obstante tocarles a otros hombres que no la necesitan o no la merecen. Se consideraba el hombre más sin suerte de la creación.

—Pero..., ¿es verdad esto que usted me dice, Berrejo? ¿O es que quiere usted burlarse de mí?

—No me burlo, Cranille — volvió a decir el contador. — Acabo de ver el número en el diario que tiene aquel señor que está en el mostrador. Vaya usted a ver y se convencerá.

Corrió Mauricio al mostrador y, temblando de emoción y ansiedad, dijo al desconocido, que aguardaba con un diario arrollado debajo del brazo.

—¿Me permite, señor, el diario, para ver una cosa?

El hombre se lo tendió, y Mauricio Cranille lo hojeó rápido y nervioso. Cuando sus ojos se posaron sobre las cuatro cifras del número

en que había caído la grande de ese día, y que coincidía con el del billete que guardaba en la cartera, creyó que iba a enloquecer de felicidad.

—¡Es verdad! — exclamó. — ¡No me ha engañado!

Devolvió el diario al hombre y volvió junto a Berrejo, que lo recibió con la mano extendida:

—¿Era o no era así?

—¡Era así!

Pues lo felicito muy cordialmente, Cranille. Hoy le ha tocado a usted. Esperemos que mañana me toque a mí; digo "mañana" por decir "algún día", que seguramente no llegará.

—¿Que puede llegar! ¿Y por qué no? ¿No ha llegado para mí, y eso que yo he tenido siempre una gran fama de "desgraciado en el juego"?

—¡Y afortunado en amores! — recalcó Berrejo.

—Es verdad. ¿A qué negarlo? ¡Y afortunado en amores! Pues ahora se va al diablo la famosa frasecita. — Y tornándose serio, agregó: — Salvo que...

—¡Que no se diga, Cranille! ¿Y usted cree en esas tonterías? Pues si todos los afortunados en el juego no pudieran serlo en amores, bueno estaría el mundo.

Era tanta la nerviosidad y la alegría que

Cuento por LUIS

sentía Mauricio bullirle por todo el cuerpo, que no podía estarse quieto. No había que pensar en que continuara asentando partidas en el "Mayor". Cerró el librote, lo guardó en la caja de hierro, recogió todos sus útiles de trabajo y se dirigió a la gerencia, a pedir permiso para retirarse alegando una ligera indisposición.

Al salir rogó a Berrejo que no dijera una sola palabra hasta que él resolviese lo que haría.

—Pierda cuidado, Cranille; nadie sabrá nada.

Eran las 16 escasas. La tarde fresca, llena de sol, le pareció maravillosa; algo desconocido. En los doce años que llevaba trabajando en "La Exportadora", donde ya había alcanzado el puesto de tenedor de libros, jamás había salido a la calle a esa hora. Acostumbrado a salir siempre de noche, en aquel momento, camino de su casa, le parecía haber sido trasplantado a otra ciudad más hermosa y más alegre.

Iba haciendo el camino sin darse cuenta de ello. La satisfacción parecía ponerle alas. Su imaginación, infatigable ahora como nunca, no cesaba de concebir risueños proyectos para el porvenir. Con ese dinero con que la Providencia premiaba su constancia y su pasividad de tantos años, reharía su vida. Compraría una linda casita en un barrio tranquilo y le haría un espléndido regalo a su mujercita.

—¡Cómo se pondrá de contenta Luciana cuando, mostrándole el billete, le diga: ¿ves?, el de siempre! ¡Pero esta vez no como siempre, porque nos ha caído la grande! Se abrazará a mi cuello saltando de contenta y me comerá a besos. ¡Ah, qué felices vamos a ser



en el JUEGO

...afortunado en
amores, dicen; pero
¿es esto verdad?

de ahora en adelante! Es verdad que lo hemos sido siempre, y que lo somos en este momento, pero no es menos cierto que la felicidad necesita el estímulo del dinero... para que sea completa. ¡Dinero! ¡Qué palabra más despreciable! Con él se compra todo; por él se hace todo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué hermosa sería la vida si no fuera regida por el dinero! Pero... ¿qué se le va a hacer? Del mismo modo que él ha servido para colmar los sueños ambiciosos de los demás, hoy también sirve para colmar los míos."

Marchaba calle Victoria adelante, ajeno a todo, embebido en esta serie de reflexiones. Había momentos en que se olvidaba por dónde iba, en que no veía los peligros que le rodeaban. Sus oídos parecían haber ensordecido inesperadamente. No oía el ruido monótono, crispador, de los vehículos, ni los gritos de los vendedores de diarios, ni las charlas de la gente. No era dueño de sí, en una palabra. Su misma emoción lo había anulado, insensibilizado.

Así llegó hasta la esquina de San José. Allí pareció reaccionar. Se sacudió como para librarse de la tortura de una inquietud. "Si sigo pensando tanto — se dijo — voy a terminar por enloquecer, y entonces, ¿de qué me habrá valido la suerte?" Trató de distraerse girando la vista en todas direcciones, mirándose en los

PEÑA MONTARCE

cristales de las vidrieras para ver si su rostro reflejaba la alegría que le bullía por todo el cuerpo. La reflejaba, en efecto. Le fluía por los ojos, por entre los labios... Ciertamente, es muy difícil disimular los estados de ánimo, y él no era más fuerte ni más firme que los demás.

Había pensado en mil y un disparates, y aún seguía pensando. Sólo una cosa no había pasado por su imaginación. Así fue que, de pronto, se sintió como petrificado, como si una corriente eléctrica le hubiera dejado sin vida un instante. Frente a él, rozándole casi, envolviéndole en su perfume, una mujer salió precipitadamente de una confitería y se metió en un auto que aguardaba junto al cordón de la acera. Aquella mujer, a pesar de salir con la cara cubierta, no le resultó desconocida. Era... ¡su Luciana! ¡Su queridísima Luciana!

Fué aquello tan rápido, tan inesperado para él, que no atinó a correr hasta el auto, abrir la portezuela de un tirón y echarle las manos al cuello. ¡No fue capaz de nada! Y no por cobardía, sino porque la sorpresa lo había paralizado.

Después de arrancar el auto, dejando detrás de sí una nube de humo pestilente, aún permaneció Mauricio Cranille sin moverse de su sitio, como clavado en el suelo. Aquello le resultaba algo insospechado, algo monstruoso. ¿Era posible que su mujer, en quien había depositado toda su confianza, en quien veía confundidas todas las virtudes, pudiera serle desleal? Porque no podía ser de otro modo. Aquella salida precipitada, ocultando el rostro para no ser reconocida, era la prueba más acabada de su traición. Sin embargo, Mauricio no podía, no quería creerlo, a pesar de que la implacable realidad destruía a cada paso los castillos que se forjaba por defenderla, por discul-

parla, por imaginarse que se había equivocado. ¡La conocía más que a sí mismo! Hasta por el más nimio detalle: por su perfume, por sus formas, por su cabello... ¡Por uno solo de sus cabellos! Estaba seguro de que aun con los ojos vendados la reconocería entre mil nada más que tocándole con un dedo en cualquier parte, aun en la menos propicia.

Su alegría, su felicidad, todo, había caído en un pozo sin fondo, del que quizá no volviera a salir. En ese momento, recordando su conversación de poco antes con Berrejo, comprendió que, en efecto, la clásica frase de "desgraciado en el juego, afortunado en amores", no podía ser más cierta. La experimentaba en el momento más culminante de su vida, cuando todas las felicidades parecían sonreírle; es decir, cuando se sumaba a su dicha el último eslabón: el dinero.

En el curso de sus reflexiones llegó a pensar que, afortunado o no en el juego, su mujer acaso venía engañándolo desde hacía mucho tiempo, lo cual destruía, siquiera por una vez, el clásico aserto. Sin embargo, a fuerza de cavilar volvía al punto de partida: a creer firmemente que el que es afortunado en el juego no puede serlo en sus amores. Se lo confirmaba la suerte que acababa de tener. De no haberle tocado la grande, no habría abandonado el empleo a una hora intempestiva y, por ende, no hubiera sufrido aquel terrible dolor de palpar su deshonra.

¿Qué hacer ahora? Su mente infatigable no cesaba de concebir una idea tras otra, y todas descabelladas. ¿Rompería el billete en mil pedazos? ¿Qué estupidez! ¿Remediaría algo con ello? ¿Correría a su casa y después de escupirle su desprecio a su mujer la arrojaría a la calle como a un perro? Eso es lo que debía hacer, pero... ¡Qué estúpido! ¿Qué infeliz era! No se sentía con suficiente valor para ello. Temblaba de sólo pensarlo. ¿Tendría una explicación con ella, y la perdonaría, siempre que le jurase no volver a afrentarle? Era indigno. Era ella entonces quien debía escupirle a la cara... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?...

Su mente era un caos. Le dió vergüenza continuar parado allí, en medio de la acera, como un muñeco, fijándose sin querer en todos los hombres que iban saliendo de la confitería, sin pensar que uno de ellos podía ser el amigo de su mujer. Inconsciente, avergonzado, giró sobre sus talones y echó a andar sin rumbo, sin saber adónde iría a parar. Y su mente siguió trabajando incansable. Siguió concibiendo un proyecto tras otro. ¿Por qué Dios le daba ese dolor tan grande cuando más seguro estaba de su felicidad? ¿Por qué le hundía un puñal en el corazón en el preciso momento en que su dicha acababa de completarse con la lotería, que lo llenaba de dinero?

Para seguir siendo feliz sólo le faltaba ahora desvanecer en su imaginación el fantasma de su deshonra, o por lo menos encontrarle a ésta una disculpa. Pero, ¿cómo? ¿Era, acaso, posible? ¿Y por qué no, si todo dependía de un hecho, de un detalle insignificante, de una mentira pueril que lo armonizase todo? Sabía él de sobra que la cosa más trivial, o la razón más nimia, han salvado muchas veces, no ya reputaciones individuales, sino hasta pueblos enteros. Pero la dificultad estaba en dar en el busilis. ¡Si a él se le

(Continúa en la página 65)



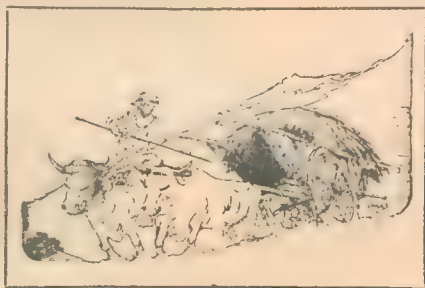
LA CIENCIA DE PREGUNTAR

CHICA DE AQUI. — El poeta Federico García Lorca cuenta con treinta y cuatro años de edad. Nació en Fuente Vaqueros, y su primer libro de versos es "Impresiones y paisajes", publicado en el año 1918. Su nombre empezó a adquirir notoriedad con motivo de su "Romancero gitano", en 1918, al que siguió "Poema de cante jondo" en la misma línea, pero en declive, al menos para nuestra sensibilidad, un tanto alejada del misterio racial y gitano llevado a la quintaesencia en el volumen citado.

PLATENSE. — Está efectivamente aprobado por el Senado de la Nación un proyecto de ley que fuera presentado ante el mismo, por uno de sus miembros, mandando hacer una edición de las obras completas de Joaquín V. González.

UNA LECTORA DE "MUNDO ARGENTINO". SAN FRANCISCO. CORDOBA. — Para hacer bien ese jabón, por lo mismo que es ordinario, su fabricación debe tentarse en gran escala. De otro modo gastará usted dinero y trabajo sin mayores resultados.

PINOCHO. — Con respecto a su pregunta, y por dar una respuesta ajustada a la misma, transcribimos lo que el señor Corbiere dice en su libro "El gaucho", página 169: "El año 1810 se empleaba para el transporte de mercaderías, en la provincia de Buenos Aires, la carreta tirada por bueyes y el carretón por caballos, burros o mulas; en la primera, el conductor mamejaba el vehículo desde la punta de la vara central, que se llamaba "pértigo", y al que se adhería con largas correas un travesaño denominado "yugo", donde iban unidos los bueyes; en ese punto sentábase sobre uno de los equinos, haciendo trabajar la bestia de dos modos: tirando el vehículo y llevando el peso de su cuerpo cuando él debía ir junto con la carga. Actualmente en muchas provincias, las andinas de preferencia, el mismo carretón del año X sigue prestando servicio, con el gaucho montado como antes sobre uno de los animales, llenos de arneses de "matras", "jergas" y "tientos", unas veces como adorno y otras como incomprendido estorbo."



"La carreta". (Apunte de J. Mas.)

ENAMORADO DE LA ROJITA. PASO MAYOR. — Esa campana es de bronce. Ignoramos hasta qué distancia llega su sonido, pues ello depende del viento y de las condiciones atmosféricas en el momento en que se la volte.

FEBRITO. ANATUYA. — Consulte a un médico. Esos fenómenos son debidos, generalmente, a causas orgánicas que deben ser combatidas. No coma comidas condimentadas, ni fiambres, ni jugos ácidos, ni beba vino.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjase por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

I R M A

M A R T H A.

— Destino de las personas nacidas el 24 de mayo: sol en Géminis. El sol está en ese signo desde el 22 de mayo hasta el 21 de julio. Géminis, con Acuario y Libra, son símbolos del aire. Domina, según la astrología, en el cuello de las personas. Su cuadro astrológico revela que tendrá suerte varia en los amores y en los negocios y en cuanto emprendida. Piedra preciosa: el topacio.

SOLO. — Destino de los nacidos el 24 de agosto. Sol en Virgo. Piedra: ópalo. Espíritu aventurero. Un poco charlatán. Ignorante.

ARMAS. — En el distrito militar correspondiente a su domicilio le informarán ampliamente sobre su pregunta.

UN AFICIONADO A LA CAZA. RIO TERCERO. — Consideramos que es una innecesaria crueldad perseguir a los pájaros.

N. R. U. DE POSADAS. MISIONES. — Hágase ver por un médico. Mientras tanto se recomienda colocar en las fosas nasales alguna pomada antiséptica.

ENTRERRIANA TRISTE. — El asunto está en manos de quienes debe estar, es decir, de letrados. Por lo que usted narra nos inclinamos a creer que la razón está de parte de su madre.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

NEGRA DE

FRENCH. —

Los granos en la cara son debidos a impurezas de la sangre, provenientes a veces de trastornos intestinales. Es necesario seguir un método médico y racional para combatirlos, atacando las fuentes que los producen. Somos del

parecer que debe consultar con un especialista de enfermedades de la piel. Para tener el cutis más o menos limpio, es bueno darse vahos de vapor de agua, todas las mañanas, apretándose luego suavemente el cutis con una toalla o un trozo de género de hilo, para que salgan los barritos y otras impurezas. Se recomienda mucho lavarlo de noche, antes de acostarse, con agua de afrecho.

TESEO Y F. K. — No existe una reglamentación internacional del juego de bochas. Sabemos, sí, que existe una institución argentina de aficionados a ese popular entretenimiento.

FUTURO MILITAR EN-

TRERRIANO. — La escuela de suboficiales pertenece a la segunda división del ejército y está situada en Campo de Mayo. Su teléfono es 68, Bella Vista. Escriba allí.

OSVALDO. — La Escuela de Mecánica del Ejército funciona en la calle Pozos 1685. El teléfono de su secretaría es U. T. 23 B. Orden 0175.

AMA DE SU CASA. — La pierna de carnero a la española se prepara de la manera siguiente (receta de T. Waps): se envuelve en un lienzo, guarnecido con algunas hojas de laurel, tomillo, especias y pimienta, la pierna de carnero. Hecho esto, se mete en agua hirviendo, en donde se tendrá tantos cuartos de hora como ochocientos gramos pesa la pierna, es decir, que si pesa 3.200 gramos deberá estar una hora hirviendo. Después se saca, se desenvuelve y se sirve con salsa blanca. Penetrada esta pierna por el agua hirviendo conserva su jugo mejor aún que si se la hubiera asado.

EL ARTE DE CONTESTAR

SUSUKI. — 1º Respecto si el féretro debe adornarse con la bandera argentina y un moño de luto, si se trata de un alumno de Escuela Normal, ello es de todo punto de vista impropio. Por otra parte, existe un reciente decreto expedido por el Ministerio del Interior reglamentando el uso de las insignias patrias en los entierros. 2º La muerte de un miembro de la familia del personal superior de un establecimiento de educación no implica que se "desobligue" al alumnado. 3º Ese niño puede pedir reincorporación inmediatamente, pues ninguna ley, y si disposiciones reglamentarias emanadas muchas veces de la superioridad, dispone que un niño puede perder o interrumpir sus estudios si no existen causas perfectamente establecidas en los reglamentos oficiales.

RAUL H. BELGRANO. — La Sociedad Teosófica fué fundada por la señora Blavatski y el coronel Olcott en el año 1875.

DOS QUE DISCUTEN. —

"Chiviti" o "chivitero" quieren decir lo mismo: ambos designan el corral donde se guardan los chivos.

CHARRUA.

— El actual emperador del Japón es Hirohito, que nació en el año 1901 y ascendió al trono en 1926, el 25 de diciembre. La capital de Japón es Tokio, cuya población se calcula en 2.294.000 habitantes.



El emperador del Japón, Hirohito

A L M A DOLIENTE. — Certifique usted la mala conducta de su mujer y cuando ella abandone el hogar diríjase a la comisaría más próxima a su domicilio y levante una exposición dejando constancia del hecho. Entregue después el asunto en manos de un abogado. Es lo que corresponde hacer, conforme a sus deseos.

FILARMONICO. — Creemos haber respondido hace algún tiempo ya a una pregunta análoga. La ópera "Don Giovanni" de Mozart se estrenó por primera vez en Buenos Aires el 8 de febrero de 1827.



Escena del primer acto de "Don Giovanni" de Mozart.

Una clase de belleza...

(Continuación de la página 26)

que parecer fantasmas pálidos, sino que naturalmente rosadas. La mejor manera de obtener este efecto, es aplicando primeramente el rouge sobre las mejillas, luego el polvo y el resto del maquillaje.

Una vez que haya hecho eso, use un poco de tónico para el cutis en un pedazo de algodón y páselo por las partes con rouge para remover el exceso de polvo y colorido. Le encantará el brillo juvenil y rosado que este sencillo método les confiere a las mejillas.

Creo que la mayoría de nosotras encontraremos un poco difícil adaptarnos al nuevo arreglo del rostro, pero también tengo la seguridad de que no pasará mucho tiempo antes de que toda mujer elegante comprenda las ventajas que podrá sacar de una apariencia fresca, juvenil, completamente personal, que puede obtenerse con las debidas preparaciones aplicadas en la forma debida de 1934.

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

Partieron; el mercader guiaba el primer carro, y el campesino el segundo. El tiempo era infernal; los caminos estaban casi intransitables, y avanzaban con mucha lentitud y trabajo. Cuando llegaron, por fin, al codo del camino, preguntó el mercader cuál de ellos deberían seguir.

—El de mañana — respondió el campesino, — aunque un poco más largo es más seguro.

El mercader empeñose en seguir el camino de hoy.

—Aunque me dieras cien pesos, no iría por esa senda — dijo el campesino.

Se separaron. El campesino que había elegido el camino más largo, llegó, sin embargo, mucho antes que su compañero, sin que su carro sufriera daño alguno, en tanto que el mercader no llegó hasta la noche; su vehículo había volcado en un pantano, todo el cargamento se había echado a perder y, por añadidura, el amo estaba herido.

En la primera hostería donde se detuvieron, el hostelero era viejo, y una rama de pino anunciaba que en ella se expendía vino nuevo. Quiso el mercader pasar en ella la noche; mas el campesino repuso:

—¡Hospedarme yo aquí; aunque me deis cien pesos!...

Y se marchó más que de prisa, dejando a su compañero.

Cerca del anochecer algunos jóvenes ociosos que habían bebido demasiado vino nuevo, riñeron y salieron a relucir las navajas. El hostelero, abrumado por el peso de los años, no tuvo fuerza para separarlos. Resultó en la refriega un hombre muerto, y temiendo a la justicia ocultaron el cadáver en el carro del mercader.

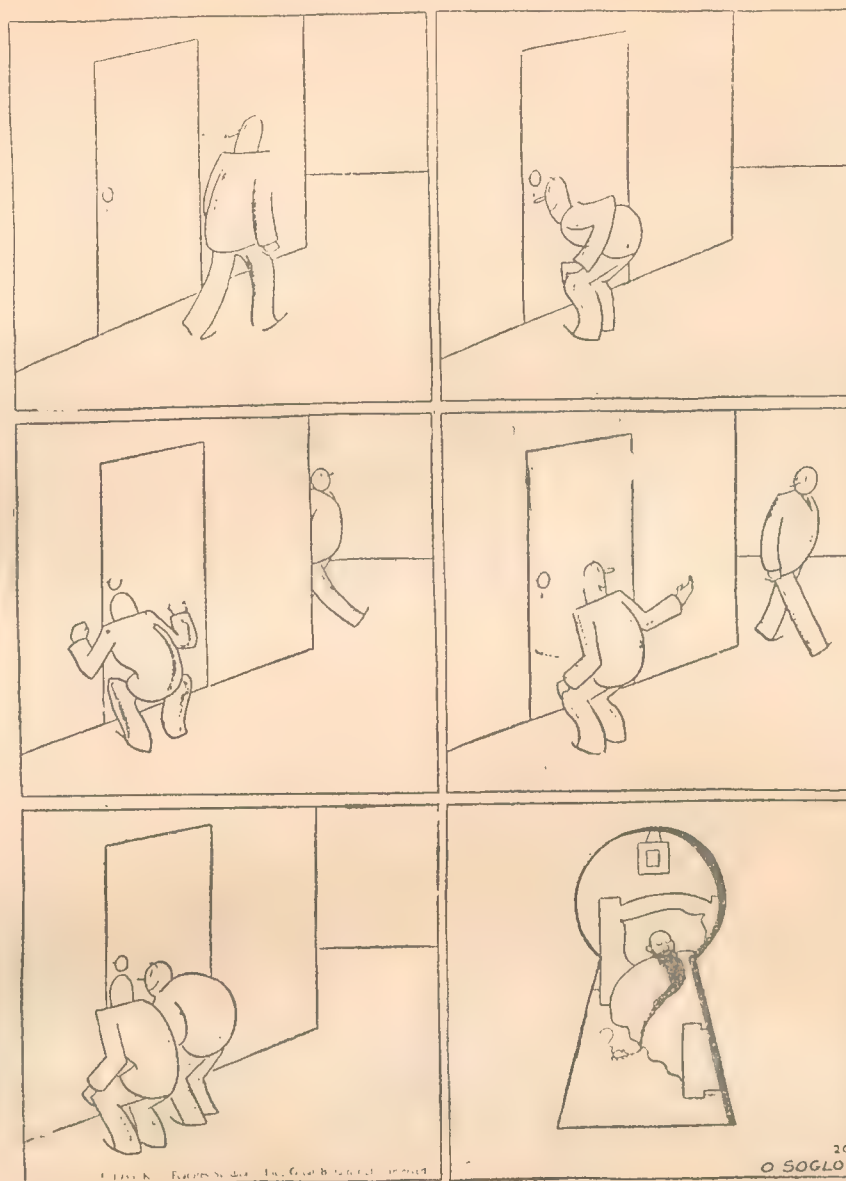
Este, que había dormido profundamente, se levantó al amanecer y enganchó sus caballos.

Asustado al encontrar un muerto en su carro, trató de escapar prontamente, a fin de no verse envuelto en un proceso; pero no había contado con la policía, que salió en su persecución y que le dio alcance; y en tanto que la justicia esclarecía el asunto, se confiscaron sus bienes y él quedó en la cárcel.

Cuando el campesino supo lo que le había ocurrido a su compañero, quiso, al menos, poner a buen recaudo el otro carro y emprendió el camino de regreso a su casa.

Al aproximarse a su huerta, descubrió a la luz de la luna a un joven sol-

Las grandes historietas de SOGLOW



POR EL AGUJERO DE LA LLAVE

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

dado, que subido en uno de sus mejores ciruelos cosechaba con gran tranquilidad el producto de sus fatigas.

En un acceso de cólera, tomó su escopeta para matar al ladrón, mas la reflexión se impuso.

—He pagado — pensó — cien pesos para aprender que no conviene gastar todo el coraje en un día. Esperemos a que vuelva mañana el ladrón.

Y dió un rodeo para penetrar en la casa por otro lado. Pero he aquí que al llamar a la puerta, se abraza el soldado a su cuello, gritando:

—Padre mío, he aprovechado una corta licencia para venir a daros un abrazo y una sorpresa.

El campesino dijo entonces a su mujer:

—Escucha lo que me ha sucedido y podrás juzgar por ti misma si pagué demasiado caros los tres consejos que me dió el desconocido.

Y refirió las tres aventuras.

Y como el mercader fué condenado a muerte porque no pudo comprobar su inocencia, hallóse el campesino heredero de aquel gran imprudente.

Y una vez enriquecido, repetía diariamente que jamás se paga bastante un buen consejo, y que siempre el más joven debe escuchar al más viejo. La sabia vejez es la iniciadora de la inexperta juventud; ella mejor que nadie sabe que la más segura virtud es la prudencia.

FIN

Los ojos imperturbables...

(Continuación de la página 53)

cuatro cadenas y está atravesado en la ruta oceánica mostrando en lo alto el ojo impávido del faro.

Apenas atracamos, el personal acciona descargando, abasteciendo, recibiendo envases, encargos, hablando mil cosas: el tiempo apremia. Son quince horas de vuelta. Los que esperan regreso desde hace un mes, no saben contenerse un instante. La visión del amor hogareño, el afán de pisar tierra, se les pinta en los gestos, y sólo atienden al apuro de concluir maniobras para emproar a Buenos Aires.

—¿Cómo se lleva el ánimo a bordo? — pregunto al oficial de guardia.

—Con filosofía. Piense que la soledad marina es más honda que la terrestre. Aquí las nostalgias, el aburrimiento se estrellan cuando quieren salir de la barandilla del pontón. En tierra se puede caminar, correr, ocultarse en algún recodo, cambiar el escenario. Aquí no hay más que el perenne murmullo del mar, cuando no borrasquea. Somos hombres calculadores. Alguien tiene que resignarse a llevar sobre las narices los anteojos con que el fisco debe siempre vigilar los grandes intereses que se nos acercan por estos caminos...

La mano del oficial afirma, con

sus movimientos, mucho más que lo que un objetivo pudiera dar de la sensación de aquella espantosa vida de perenne vigilancia.

En eso un transatlántico pide piloto desde una distancia superior a dos kilómetros. Del lado de babor del pontón bailotea la gasolinera, que se asemeja a un torpedo. Un hombrecillo que se mueve como si fuera de goma y goznes, baja la escala, pone en marcha el motor, se aferra al cordaje.

—¡Práctico! — ha gritado alguien por los recovecos del pontón Recalada.

—¡Buen viaje!... ¡Adiós! ¡Salud! ¡Chau... que le vaya bien!

Todos hablan al hombre que se va, que desciende con cautela a la lancha esperando el instante de relativa quietud. Un tumulto de motor y oleaje espumoso envuelve a la gasolinera, cuya estela parece una inmensa maroma plomiza que la une al pontón. Sube, baja, se ladea, amaga un vuelco, ruje, destroza espumarajos, corre hasta el navío que se acerca. Los hombres intentan asirse a la escala de "gato" y el mar les juega varias gambetas; pero el hombre, que es temerario aun en el miedo, logra tomarse del cordaje y comienza a subir, como un juguete de cuerda que asciende un rascacielos. ¡Ya tiene piloto el gran buque! A bordo se hacen las anotaciones, vibra la antena, se han ido llenando los depósitos de todo lo que requiere la subsistencia, y otra vez a sumirse en la soledad.

FIN

Mamá linda

(Continuación de la página 13)

que habíase acurrucado bajo la silla, Nacio sintió que la modorra lo vencía, y se durmió.

Cuando abrió los ojos, su cabeza descansaba sobre el muslo de una mujer de cara pintarrajeada, de ojeras profundas y de una belleza que se marchitaba bajo una sombra de tristeza.

Nacio no se atrevía a hablar, temeroso de estar soñando de que aquella mujer pudiera desvanecerse y desaparecer a las primeras de sus palabras.

El corazón le saltaba de gozo. No pudo resistir por mucho tiempo el silencio, y preguntó:

—¿Usted es mi mamá?

—Yo... ¿Y vos quién sos?

—Nacio... Nacio Bichofeo... En "La Gaucha" supe ayer que tenía mamá, que estaba en el pueblo, que era linda como usted, y he venido con "Macachín" a buscarla.

—¿Y "Macachín" quién es?

—El perro... Mi perro. L'único que...

Y no pudo terminar porque la mujer lo abrazó, lo estrechó contra ella fuertemente y lo besó llorando.

Brutal, la voz de un policía cortó aquella expansión de sentimientos.

—¡Che, Cecilia! ¡Vamo, ha llegao el comensario!

Y después, dejándose llevar por la sorpresa de la maternal escena, añadió:

—¡Oh! ¿Y eso?... ¡Ahura hasta los charcos dan flor? ¡Si es como pa no créir!... ¡Vea que estar vos llorando!...

—Es de no créir, sargento, ¿verdá?

—Yo no me dentro en averiguaciones, no me gusta; pero el comensario t'está esperando. Dejá el chico, vamo.

Ella, moviendo la cabeza, repuso:

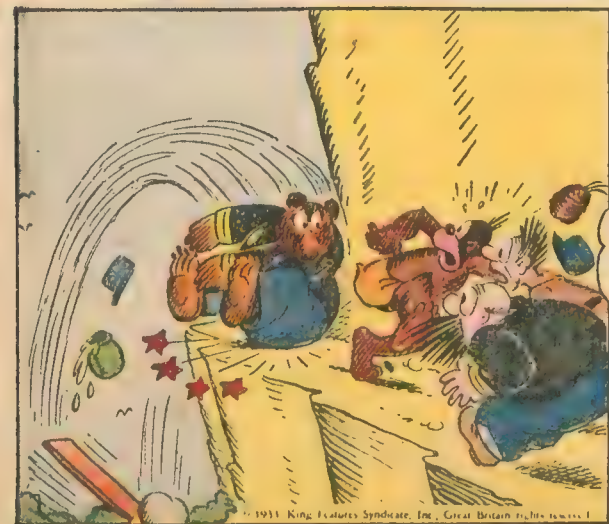
—Vea, sargento: este es mi hijo. Dígale al comisario qu'espere, que Cecilia no es Cecilia, que es Ignacia y va a cambiar de vida...

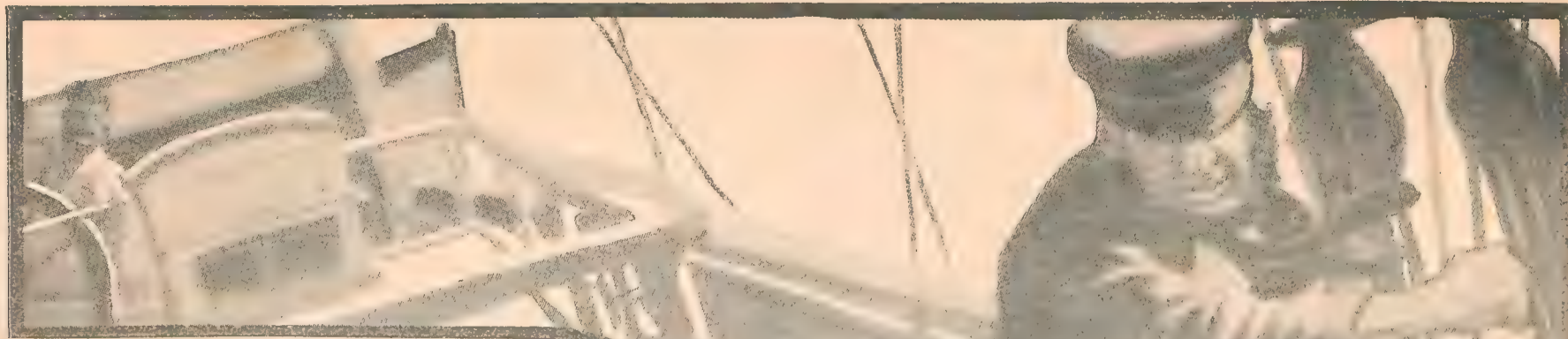
Se abrazó a su hijo y no tuvo más ojos que para él.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR





¡NADIE GUARDA MEJOR sus SECRETOS que el MAR!

RELATO por el
COMANDANTE

FRANK WARSLEY

NUMEROSOS barcos se han perdido en alta mar sin que jamás se haya tenido noticias de su paradero. Así desapareció el "Madagascar", aunque desde que se lo dió por "perdido" y fué inscripto como tal en los registros del Lloyd, han corrido los siete mares las más extrañas y fantásticas versiones sobre su fin, algunas de ellas se refieren a hechos criminales, casi sin precedentes en la historia de los acéanos.

Pertenecía el "Madagascar" a la famosa línea de vapor "Blackwall". Era una hermosa embarcación y se singularizaba por ser una de las más veloces. Hacía la carrera a Australia y se la ocupaba, principalmente, para los embarques de oro desde las minas hasta Inglaterra. En 1854 zarpó de Melbourne conduciendo nutrido pasaje y llevando entre su cargamento una fuerte partida de oro. Tenía una tripulación heterogénea. Antes de hacerse a la vela había sido objeto de animados comentarios.

Época terrible aquella en Australia. Los "bush-rangers", bandidos de la región boscosa, estaban en actividad, y los asesinatos en "la huella" o en los campamentos mineros por un poco de oro, constituían el acontecimiento casi diario.

Días antes de emprender viaje el "Madagascar", se hablaba en los bajos fondos de Melbourne de un "golpe" brillante, que consistiría nada menos que en apoderarse del "Madagascar" en alta mar. Se sabía que la tripulación estaba formada por un lote de individuos resueltos y nada escrupulosos, y debido a ello las autoridades no se sentían muy tranquilas. Los pasajeros, empero, no parecían mayormente alarmados por los siniestros rumores. Tal vez hasta los ignoraran. El viaje se inició bajo los mejores auspicios, sin tropiezos y con

tiempo muy favorable. Sin embargo, pronto comprendieron las autoridades y los dueños de la nave que algo inusitado había sucedido, pues no hubo más noticias del "Madagascar". Transcurrieron semanas y aun meses sin que tocara ningún puerto. Arribaron otros navíos, pero sus capitanes y tripulantes aseguraban no haber visto al buque perdido. Fueron llegando, sucesivamente, noticias de todos los puertos del mundo. En ninguna parte, ni siquiera los corsarios, sabían nada: el "Madagascar", simplemente, había desaparecido.

Corrieron años. El nombre del navío fué agregado a la larga lista de los que han corrido una suerte desconocida,

y aunque circulaban raras historias al respecto, nada se pudo comprobar en forma fehaciente. Se aseguraba que había naufragado. Algunos "maris", nativos de Nueva Zelandia, aseveraron que habían sido testigos presenciales de la destrucción de un barco grande en la costa neozelandesa en el curso de un violento temporal. Durante muchos años cierto jefe indígena describía minuciosa, detallada y exactamente la catástrofe. No hubo medio de comprobar si se trataba exactamente del "Madagascar", aunque algunos exploradores aseguraban que en la baja marea habían hallado las maderas de un barco en el sitio preciso indicado por los salvajes.

Son innumerables las tragedias ocurridas en el mar, de las que no nos han llegado más que referencias o de las que sólo cabe hacer suposiciones. Sin embargo, la historia marítima está llena de episodios trágicos que han costado millares de vidas, algunos de los cuales, a pesar de las versiones circulantes, permanecen en el más impenetrable misterio. Tal es el caso del velero "Madagascar", desaparecido en 1854, el cual no se supo jamás su paradero concreto a pesar de cuanto se aseguró saber. En esta nota el comandante Frank Warsley hace un relato dramático de aquella desaparición que durante mucho tiempo preocupó a la gente.

En todos los lugares del barco, los tripulantes lucharon con los bandidos, tratando de defenderse...

Veinte años después circuló otra versión mucho más alarmante, que tiene cierto valor por la forma en que se refiere y detalla. Proviene del Brasil, y dice que una mujer confesó "in-extremis" haber sido pasajera del "Madagascar", afirmando que los rumores de una confabulación para apoderarse del buque resultaron demasiado fundados, pues la tripulación se había amotinado en cuanto se vieron en alta mar.

"Una noche los pasajeros fueron despertados por ruidos insólitos sobre cubierta. Oyéronse correr, de un lado al otro, voces violentas, gritos y juramentos, y, por fin, pistola-

CARTAS DE UN ARGENTINO QUE SE ENOJA

NUESTRO NACIONALISMO NO PUEDE TENER ODO IMPORTADO

Señor Director:

zos. Arrojándose de sus tarimas, buscaban la salida, pero al llegar a ella se encontraban con hombres armados que les ordenaron que se mantuvieran quietos. Los que se atrevieron a presentar resistencia fueron muertos de inmediato.

"El capitán había sido muerto al principiar el motin. Igual suerte cupo al primer oficial, y los oficiales restantes fueron encerrados en varios camarotes. Los pasajeros oyeron a los tripulantes abrir las bodegas y empezar a remover el cargamento. No demoraron en dar con el oro, que fué subido a cubierta y colocado en los botes, que fueron, luego, aprovisionados.

"Atemorizados por la facha patibularia de los tripulantes sublevados, los pasajeros seguían con esperanza y alegría los preparativos. El tiempo estaba sereno y hermoso, y en cuanto se marchara la tripulación, podrían, con la ayuda de los oficiales sobrevivientes, hacer señales de auxilio, o, tal vez, conducir el barco hasta el puerto más cercano.

"Tales esperanzas estaban destinadas, desgraciadamente, al fracaso. La tripulación no se componía de hombres que dejaron tras de sí rastros de sus crímenes. En cuanto estuvieron listos los botes, se produjo una calma, y los pasajeros oyeron el ruido característico de taladros que perforaban la quilla. Pocos instantes después percibieron claramente el ruido característico del agua que penetra por un agujero. Lentamente comprendieron la espantosa verdad: el "Madagascar" se hundía y ellos serían dejados en él.

"Espantosa fué la escena. Las mujeres gritaban y clamaban pidiendo misericordia; los hombres se arrojaron sobre las puertas de los camarotes. Uno o dos llegaron a las cubiertas, pero fueron rechazados y muertos a tiros. Y a todo ello, los terribles taladros seguían perforando. A poco se oyeron gritos en la cubierta. Eran los que estaban en los botes que urgían a los restantes para que se apresuraran, pues deseaban escapar pronto. Los pasajeros rogaban al alto cielo que los sublevados se marcharan, pues aún entreveían la posibilidad de salvar al buque.

"A último momento ocurrió un hecho

Un lector de mis cartas anteriores me pregunta qué diferencia establezco entre el "nacionalismo importado" y el "nacionalismo de industria nacional", según las expresiones que yo mismo usé al diferenciarlos. Creo oportuno, antes de considerar cualquier otra cosa, contestarle.

Para mi lector, que me parece una persona muy razonable, los nacionalismos sólo se distinguen por la patria que los inspira, ya que constituyen, en esencia, un sentimiento de exaltación hacia la tierra en que se ha nacido. Acepto, en general, la definición; pero me apresuro a añadir que, entre el nacionalismo europeo actual y el nuestro, existe una variedad de grado que llega a modificar fundamentalmente la substancia de uno y otro. El nacionalismo de los países europeos que participaron de la guerra del 14 es un nacionalismo agresivo, virulento, patológico diría; el nuestro es, o debe ser, un nacionalismo normal, pacifista; no menos fervoroso y viril por ello. Las naciones europeas, después de cuatro años de lucha sangrienta, empezaron a sentir cierta repugnancia por lo que habían hecho. Las trágicas listas de muertos, de heridos, de inválidos, de pensionados, de menesterosos, de enfermos mentales, les hizo comprender, ya atenuada la exaltación de la heroicidad bélica, la espantosa verdad de la masacre. Sobrevino entonces como un anhelo de paz que tenía mucho de remordimiento: los conflictos internacionales no podían continuar resolviéndose por medio de luchas cruentas. Así se explica el florecimiento de toda esa literatura pacifista que tuvo representantes destacados en "Las cruces de madera", "Los mercaderes de gloria", "Sin novedad en el frente", "El hombre es bueno" y "De regreso", para citar a las obras que alcanzaron mayor popularidad. El sentimiento pacifista, al generalizarse, comenzó a crear cierto desdén inconsciente por la guerra, por la gloria militar. Hizo que, en vez de idealizarlas, se analizasen. Y hasta las puso sarcásticamente en ridículo en obras como la citada "Los mercaderes de gloria", que consagró a Pagnol, uno de sus autores. La reacción no podía tardar.

¿Era lógico que pueblos agotados en el sacrificio de cuatro años de guerra aceptasen resignadamente esa descarnada interpretación del heroísmo? ¿Podían conformarse con ver a la gloria militar — su único estímulo, — reducida a una mercancía con la que se especulaba vergonzosamente a costa de la sangre de toda una nación? ¿Se concibe a una madre francesa, por ejemplo, que ha perdido

sus hijos en el frente, convenir en que los ha perdido en un sangriento juego de intereses comerciales, de intrigas políticas, de mezquindades humanas; que los ha perdido en un acto bárbaro que no podrá repetirse cuando la humanidad sea realmente civilizada? La verdad, reducida a tales términos, era demasiado cruel para ser aceptada por quienes sentían aún el dolor del sacrificio. ¿No es humano, no es justo dejar a esa madre con la ilusión que se le hizo forjar al principio: permitirle seguir creyendo fervorosamente que sus hijos han muerto en aras de la causa más noble, más grande, más bella? Inconscientemente idealizamos a todo lo que nos hace sufrir, porque necesitamos justificar nuestro sacrificio. Tal les ocurrió a los pueblos europeos que participaron de la guerra del 14. Vivieron la angustia del sacrificio estéril — ¡la peor de las angustias! — mientras esas ideas pacifistas estuvieron en auge; y no tardaron en plegarse fervorosamente al primer caudillo que volvió a hablarles en el lenguaje místico de los días de trinchera. Quizá sea esta, en parte, la causa del éxito de los Hitler y Mussolini. Sin duda, esta es la causa ins-

más terrible aún que los asesinatos y brutalidades pasadas: a uno de los bandoleros se le ocurrió un plan diabólico. En alta voz anunció a sus compañeros que sería una lástima dejar que las mujeres se ahogaran como ratas, habiéndolas, entre el pasaje, jóvenes y hermosas. ¿Por qué no habrían de llevárselas para que compartieran con ellos la vida regalada que pensaban darse en Sud América?

"La proposición fué recibida con regocijo. Formidablemente armados, los sublevados corrieron al entrepuente, abrieron los camarotes, y cada uno de ellos eligió la mujer que le agradó. Arrancadas de los brazos de sus esposos y padres, fueron llevadas sobre cubierta y arrojadas a los botes. Toda resistencia fué inútil. El resto de los pasajeros fueron encerrados en el interior del buque, cerrándose todas las salidas."

La mujer que hizo el relato, dijo que sus compañeros, y que desde el joven marinero de índole menos feroz que sus compañeros y que desde el principio la había tratado con cierta consideración.

El acto final de aquella gran tragedia, que tuvo por escenario la extensión infinita del mar, fué espantoso. Los botes se alejaron del barco que comenzaba a hundirse con rapidez, y no se retiraron del todo hasta que todo hubo terminado. A los oídos de los que estaban en salvo llegaban los gritos desesperados de los condenados a una muerte espantosa. Sólo después que hubieron desaparecido los mástiles y con ellos toda prueba del crimen, los bandoleros izaron velas y se lanzaron en derecha a la tierra firme.

El final de los amotinados, empero, no fué muy feliz. Demasiado cargados con cajones de polvo de oro, sus botes resultaron de difícil manejo. Tuvieron que arribar a una costa desierta de Sud América, y al hacerlo varios botes se volcaron en las rompientes, el oro se perdió y muchos hombres se ahogaron. Una vez en tierra, los hombres se pelearon. Hubo disensiones sobre repartición del botín y de las mujeres. Las riñas fueron frecuentes, y cuando lo-

(Continúa en la página 65)

piradora de ese nacionalismo virulento, agresivo, patológico, que flota en los pueblos de Europa. Preguntemos ahora: ¿tenemos nosotros los argentinos alguna razón para sentir así? ¿No es más lógico que busquemos la inspiración de nuestro nacionalismo — lo que debe darle un contenido concreto — en la inalterable tradición pacifista argentina, tan honrosa, tan singular en la historia del mundo, y en nuestra realidad social contemporánea, fundamentalmente distinta a la de las naciones europeas? ¿Actúan en nosotros, por ventura, los mismos sentimientos e intereses creados por el sacrificio de una larga guerra? Nuestro nacionalismo no puede ser virulento ni agresivo porque es normal. Sería ridículo que lo impregnásemos de odio importado.

Tal es, señor Director, la diferencia que establezco entre el nacionalismo de los países europeos y el nuestro.

El miércoles hablaremos de otra cosa.

Augustus D. Vera

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"

(En el número anterior se publicaron los primeros cuadros de esta comedia.)

CUADRO TERCERO

(La misma decoración del primer cuadro. La acción al mediodía. Mecha tiende la mesa. Machito, cerca suyo, lee una revista. Mecha canta.)

MECHA.—Espero que hoy no te hayas peleado.

MACHITO.—No, mamita; hoy no. Tuve una discusión con un chico, pero dejamos la pelea para mañana, porque hoy es fiesta.

MECHA.—¡Ah, muy bonito! (Sigue cantando, muy alegremente.)

LAURA.—(Saliendo por la izquierda.) Buen día, Mecha.

MECHA.—Buen día, Laura. ¿Qué tal?

MACHITO.—Buen día, tía. ¡Y feliz Navidad!

LAURA.—Gracias, Machito; lo mismo digo.

MACHITO.—¿Querés que juguemos un rato?

LAURA.—No, ahora no. Ya es hora de almorzar.

MECHA.—Tengo una buena noticia que darte, Laura.

LAURA.—¿Ah, sí? También yo tengo una y buena también.

MECHA.—Menos mal que son buenas. A ver, decí la tuya.

LAURA.—No, no; primero la tuya, que será más importante, sin duda.

MECHA.—Para mí, sí. Se trata de Julián. Ha encontrado trabajo, por fin. (Sigue poniendo la mesa.)

LAURA.—¡Ah, sí! ¿Qué suerte!

MECHA.—Poca cosa por ahora, pero no me importa. La cuestión es que gane algo. Me voy a comprar un abrigo. ¡Estoy más contenta!

LAURA.—Me imagino. También lo estoy yo. Me alegra que Julián haya cumplido su promesa de ayer. ¿Y en qué va a trabajar?

MECHA.—En el taller de engrase de la esquina.

LAURA.—¡Ah, muy bien! Es una suerte que sea tan cerca. Ni siquiera tendrá que gastar en tranvía.

MECHA.—Cierto; está a un paso. Bueno, y lo tuyo, ¿qué es?

LAURA.—(Mostrando un billete de cien pesos.) Mirá.

MECHA.—¿Qué es?

LAURA.—¿No lo ves? Un canario que viene a decirnos su canción de Navidad?

MECHA.—¿Cien pesos? ¿Y eso?

LAURA.—Me los regalaron anoche.

MECHA.—¿Te lo regalaron? (Recelosa.) Vamos, vamos, estás bromeando. Los habrás ganado en la lotería...

LAURA.—No, Mecha, te aseguro; me los regalaron.

MECHA.—Pero, ¿es posible?...

MACHITO.—A ver tía, ¿me los dejás ver? (Trata de arrebatárselos.)

MECHA.—No, Machito.

MACHITO.—Prestámelos un poco para mostrárselos a los chicos.

LAURA.—No, Machito, ¿estás loco?...

MACHITO.—Sí, prestámelos.

MECHA.—Bueno, sosegate, ¿querés? Y andá a la puerta a ver si viene tu padre, que la comida está lista.

MACHITO.—¡Ufa! No tengo ganas.

LAURA.—Obedezca a su madre, Machito. Después te compraré un juguete.

MACHITO.—Bueno, así sí. (Sale de mala gana.)

MECHA.—(Al quedar sola con su hermana.) Mirá, Laura, es preciso que Julián no sepa nada de ese dinero. Ya sabés como es de mal pensado. La tiene con que no debías trabajar en un sitio como ése, y si le decimos que te han regalado cien pesos, es capaz de pensar cualquier cosa.

LAURA.—Pero, Mecha... ¡Te juro! Me los

El CASO

DE

MECHA ORDOÑEZ

Pieza en un acto, dividida en cinco cuadros, original de

Francisco E. Collazo

Estrenada en el teatro Cómico, de Buenos Aires, por la compañía argentina de EVA FRANCO, el 23 de mayo de 1933.

En nuestro próximo número publicaremos:

MOLIERE O LA TRANSMIGRACION DEL ALMA

FARSA EN DOS ACTOS DE

ENRIQUE GUSTAVINO

Estrenada en el teatro Smart el 4 de octubre de 1933.

regaló un doctor Robles, a quien daban anoche un banquete.

MECHA.—No me des explicaciones, Laura. Te conozco demasiado, creo en vos, y sé que lo que me has dicho no es sino la pura verdad. Pero Julián es otra cosa. No lo creería. No se regalan en estos tiempos cien pesos porque sí... ¡Silencio! Ahí vienen. (Se oye la voz de Machito.) Ni una palabra, por favor. Y guardá ese dinero para cuando te haga falta.

LAURA.—Pero es que yo quería dártelos

para que le compraras ropa a Machito. ¡Le hace una falta al pobre!...

MECHA.—No, no, por favor. ¡Guardáelos!

JULIAN.—(Entrando por el foro, muy contento.) Hola, cuñadita, ¿qué tal? Hoy ha madrugado, por lo que veo.

LAURA.—Como siempre, Julián. Tal vez un poco más temprano por ser Navidad, y una Navidad como hacía mucho no celebrábamos. Lo felicito. Ya me han dado la noticia.

JULIAN.—Gracias. Ya ve que he cumplido mi palabra.

LAURA.—Estaba segura de ello. ¡No me podía fallar el corazón!

JULIAN.—(Dándole un paquete.) Tomá, Mecha, poné todo esto en una fuente.

MECHA.—¿Qué es?

JULIAN.—Le pedí unos pesos adelantados al del taller. ¡Qué diablos! Había que celebrar la Navidad. Poca cosa. Unos fiambres y unas empanadas de pollo. Le traje también un caballito a Machito. Y este frasquito de colonia para usted, Laura.

LAURA.—Pero, Julián, ¿por qué ha hecho eso?

JULIAN.—¡Bah, no tiene importancia! Es tanto lo que usted ha hecho por nosotros. Pero, ya verá, si las cosas andan como yo lo espero, antes de un año no tendrá necesidad de ir más al cabaret. Y si no falla mi optimismo, podré devolverle también peso sobre peso, todos los que traje a esta casa. (Suspirando, satisfecho.) Viera, Laura, me siento otro hombre. Encuentro en mí una fe, un entusiasmo y fuerzas desconocidas.

LAURA.—Me encanta oírlo hablar así, Julián. Pero a mí nada tiene que devolverme. Ustedes son lo único que tengo en el mundo y lo que con ustedes haya gastado, bien gastado está. Bueno, ahora, a la mesa.

JULIAN.—A vos, Mecha, disculpame que no te haya comprado nada. Se me acabaron los pesos. ¡Es que eran tan pocos!

MECHA.—¡Bah, no te preocupés! conmigo siempre estás cumplido!

JULIAN.—No te he comprado nada, pero te traigo mucho. Te traigo mi afecto, renovado por esta reacción, por esta vuelta a la realidad, que comienza en mí precisamente este día en que los cristianos celebran el nacimiento de su Dios.

MECHA.—De nuestro Dios, dirás. Del mío, del de Machito, del tuyo. Porque espero que desechará también esas ideas ateas que desvirtuaban tu fe en Dios.

JULIAN.—Y bien, Mecha, nuestro Dios. Y este es mi regalo para vos. (La aprisiona fuertemente entre sus brazos y la besa.)

LAURA.—¡Ah, muy bonito! Por lo visto, les importa poco de mi presencia.

MECHA.—No seas envidiosa. También hay para vos. Besala, Julián.

JULIAN.—De mil amores. (Besa a Laura.)

LAURA.—¡Cuidado! Que ahora va a ser Mecha la que se ponga celosa.

MECHA.—¡Bueno fuera! Hoy es el día más feliz de mi vida y todo me parece bien. Hasta lo mismo que ayer me parecía mal.

LAURA.—Bien dicen que "todo es según el color del cristal con que se mira". El tuyo no está hoy empañado por la tristeza de ayer. Hoy todo parece hermoso, porque hoy en tu vida ha nacido de nuevo la esperanza, el optimismo...

MECHA.—Así es. Bueno, a la mesa. Pero, ¿dónde se quedó Machito?

JULIAN.—¿Dónde querés que esté? En el patio, mostrándoles a los otros chicos su juguete. La novedad. Mañana estará tirado por los rincones, como todos los que antes tuvo.

MECHA.—(Asomándose a la puerta del foro.) ¡Machito! A la mesa.

JULIAN.—Dejá. Voy a buscarlo, porque si no va a ser difícil que venga. (Sale por la puerta del foro.)

MECHA.—¡Pobre Julián! La verdad es que fui un poco injusta con él. Ya ves, todo un

EL CASO DE MECHA ORDÓÑEZ

Francisco E. Collazo

mecánico de primera tener que trabajar en un taller de engrase.

LAURA.—Y bueno, la cuestión es empujar. Ya le caerá una cosa mejor.

MACHITO.—(A quien Julián trae en brazos.) Pero, papito, si no tengo ganas de comer. Dejame un rato más.

JULIAN.—¡Qué no vas a tener ganas! Ahora, cuando veas las cosas ricas que he comprado, vas a querer comer de todo. (Lo sienta y le pone la servilleta.)

MACHITO.—¿Vos las compraste, papito? Entonces, ¿a vos también te regalaron plata?

JULIAN.—¿Cómo? ¿Por qué decís eso? ¿A quién le regalaban plata en esta época?

MACHITO.—(Sin ver las señas que quiere hacerle entender Laura.) ¿No te dijo tía Laura? Un hombre le regaló cien pesos.

JULIAN.—(Con recelo, mirando a Laura.) ¿Cien pesos? ¿Es verdad eso?

LAURA.—Sí, Julián; es verdad. Un doctor Robles, a quien daban anoche un banquete, me hizo ese regalo cuando retiró su sombrero.

JULIAN.—Vamos, vamos, Laura... Déjese de bromas. Está bien que se lo hayan dado a Machito, pero a mí...

LAURA.—Y usted también debe creerlo, porque no es sino la verdad.

JULIAN.—Pero, ¿en serio me lo diste...? ¡Vamos, Laura! Esas cosas están bien para verlas en el teatro. Pero en la vida real y en esta época no hay hombres que regalen cien pesos, como no sea a cambio de algo...

LAURA.—¿Qué quiere insinuar con esas palabras?

JULIAN.—Usted me entiende perfectamente. Y bueno, al fin y al cabo, no habrá ocurrido sino lo que hace rato vengo pronosticando.

MECHA.—Pero, Julián, por favor, ¿cómo te atreves?...

JULIAN.—Y bueno, ¿a qué quieren engañarme como criatura? Cuando un hombre da cien pesos, es porque con algo se los piensa cobrar, si no se los ha cobrado ya. No se da tanta plata por entregar un sombrero.

LAURA.—¡Parece mentira que sea tan canalla! Conociéndome como me conoce, pensar eso de mí.

JULIAN.—¡Bah, todos somos buenos hasta el día en que dejamos de serlo!

MECHA.—Callate, Julián, callate... Sos un amargado. Te pasás la vida sospechando de todo y sin razón. Para vos no hay mujer buena. Parece mentira que tengás madre.

JULIAN.—Mirá, no metás a mi madre en estas cosas, o te doy vuelta la cara de un revés.

MECHA.—¿Y por qué ofendés a mi hermana?

JULIAN.—Mi madre es otra cosa; ni va a los cabarets ni acepta plata de los hombres.

MECHA.—¿Qué canalla sos! Hablar así de quien te ha matado el hambre hasta ahora.

JULIAN.—¡Vos también sos buena! Defendela nomás. Entre ustedes se han de tapar las cosas.

MECHA.—¿Qué? ¿También de mí vas a dudar?

JULIAN.—No sé. Por algo nos fía tanto el panadero y encima nos hace regalitos. No será por mi linda cara.

MECHA.—¡Callate, infame, callate! Respetá, por lo menos, la presencia de esa criatura. No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza al decir esas cosas.

MACHITO.—Mamita, no se peleen. Déjala, papito.

MECHA.—¡Miserable! (Llora.) ¡Bestia!

JULIAN.—Mirá, a mí no me vas a insultar, porque te rompo la cara, ¿me oís? A mí no me vas a llamar bestia.

MECHA.—Es que lo sos. Lo sos, sí. ¡Bestia, y nada más que bestia!

JULIAN.—(Yéndosele encima.) ¡Que te callés, te digo! (Le da una bofetada.) ¡Oh!

MACHITO.—(Llorando y corriendo a abra-

zarse a las piernas de su madre.) ¡No, papito, no le pegué a mamita!

LAURA.—(Que de un salto y en pleno ataque de furia se echa encima de Julián.) ¡Miserable! ¡Pegarle a una mujer! (Lo golpea furiosamente.) ¡Mal hombre! ¡Canalla! ¿Por qué no me pega a mí? (Le pega furiosamente.)

JULIAN.—(Desasíendose.) Salí de aquí, milonguerita. (La tira contra el suelo.) ¡Porquería!

MACHITO.—(Llorando cada vez más, lo mismo que Mecha.) ¡Papito!

JULIAN.—Y vos, vení para acá. (Toma a Machito de un brazo y lo saca del lado de la madre.) Ahora mismo nos vamos a ir de aquí los dos.

MECHA.—(Reaccionando.) ¿Qué? ¿Qué decís? ¿Que te vas a llevar a mi hijo?

JULIAN.—Sí. ¿Quién me lo va a impedir?

MECHA.—¡Yo, yo te lo voy a impedir! Para que lo saqués de esta casa, antes tendrás que matarme.

MACHITO.—Yo no quiero irme, papito.



JULIAN.—Y bueno, ¿a qué quieren engañarme como criatura? Cuando un hombre da cien pesos, es porque con algo se los piensa cobrar, si no se los ha cobrado ya. No se da tanta plata por entregar un sombrero.

LAURA.—¡Parece mentira que sea tan canalla! Conociéndome como me conoce, pensar eso de mí.

JULIAN.—¡Bah, todos somos buenos hasta el día en que dejamos de serlo!

(Se agarra de la pollera de la madre.) ¡Quiero quedarme con mamita!

JULIAN.—Quieras o no, vas a venirte conmigo. En esta casa no tenés nada bueno que aprender.

(Laura se ha ido escurriendo hasta la puerta de la izquierda y desaparece por ella.)

MECHA.—¡No habléis así, mal hombre!

JULIAN.—Bueno, basta de insultos, si no querés que te dé una buena zurra. Y vos (A Machito) vení para acá.

MACHITO.—¡No! ¡No voy! ¡No quiero dejar a mi mamita! (Le da una patata y se tira al suelo.)

JULIAN.—(Forcejeando para llevárselo.) ¡Te he dicho que vendrás! (Logra cargarlo, pese a las patadas que el chico le da.)

MECHA.—(Con desesperación.) ¡Laura! ¡No me dejés sola! ¡Laura!

LAURA.—(Volviendo, revólver en mano.) ¡Deje ese chico, o lo mato! (Apunta a Julián.) ¡Pronto!

JULIAN.—(Soltando la carcajada al ver la actitud de Laura.) Como en el cinematógrafo. ¡Ja, ja!

LAURA.—(Viendo que Julián se dirige con el niño hacia la puerta.) ¡Que lo deje, o lo mato!

JULIAN.—¿Qué vas a matar, milonguera!

MACHITO.—(Llorando cada vez más y dando trompadas a su padre.) Dejame, dejame... No quiero ir. ¡Mami! ¡Mami!

MECHA.—¡Machito! ¡No te lo llevés, Julián! ¡No te lo llevés! (Se prende del niño, pero él la separa de un tirón y la arroja lejos; luego, pese a la resistencia del niño, sale por la puerta del foro.) ¡Hijito!...

(Laura, sin animarse a tirar, sigue apuntando a la puerta por donde ha salido Julián. Mecha, que se ha levantado, no sabe qué actitud asumir hasta que el grito de su hijo la llama a la realidad.)

MACHITO.—(Desde adentro.) ¡Mamita! ¡Mamita! ¡No me dejés!

MECHA.—(En un grito.) ¡Machito! ¡Hijo mío! (En un arranque incontenible, quita a Laura el revólver y sale corriendo por el foro; un segundo después y ante el asombro de Laura, que se ha quedado como petrificada, suena un tiro.)

LAURA.—(En un grito, yendo hacia el foro.) ¡Mecha! ¿Qué has hecho?

MECHA.—(Como enloquecida, volviendo con su hijo en brazos, a quien estruja y besa.) ¡Me lo quería quitar! ¡Me lo quería quitar! ¡Hijo de mi alma! ¡Machito mío! (Llora.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

(Una salita pequeña en el Palacio de Justicia de La Plata. Se supone vecina a la Sala de Audiencias de la Cámara del Crimen. Puerta al foro. Una mesa escritorio, sobre la que se verán códigos y libros de derecho; una percha de pie y varias sillas y sillones constituyen el mobiliario. En la pared, un retrato de Velez Sarsfield y, si se quiere, algún cuadro o grabado adecuado. Al comenzar el cuadro, el doctor Julio Robles departe amigablemente con algunos amigos, entre ellos Nicanor y Miguel, haciendo tiempo.)

NICANOR.—Y, hermano, ¿qué tal andan esos nervios?

ROBLES.—Regular no más.

MIGUEL.—¿Cómo regular? Supongo que te habrás preparado en forma.

ROBLES.—En cuanto a eso, no hay temor alguno. He repasado cuanta jurisprudencia existe sobre la materia, y no creo ir desprevenido. Pero el ánimo no me acompaña. El caso en que me toca actuar no es, por cierto, de los más propicios para un debut. Esa mujer cuenta con la simpatía popular. Ya has visto los diarios. No hay uno solo que no abogue por ella, pidiendo su absolución. Y es triste papel el mío tener que pedir la condena de una mujer que ha matado por defender la tenencia de su hijo. Sin embargo, la ley debe ser aplicada, porque lo contrario sería consentir la justicia por la propia mano y los jueces estarían de más.

UIJER.—(Apareciendo por la puerta del foro.) Doctor, está su señora mamá y su hermana. (Da paso a las que llegan.)

DONA CARMEN.—¡Hijito! ¿Cómo estás?

ROBLES.—Pero, mamá, ¿por qué has venido? Te pedí que no lo hicieras. Tu presencia tiene necesariamente que cohibirme. ¿Por qué has contrariado mis deseos?

DONA CARMEN.—No, no; si no me quedaré. He venido tan sólo a verte un instante. ¿Cómo está, Nicanor? (Saluda a los dos, dándoles la mano, lo que también hace Marcela, la hermana de Robles.) Me ire en seguida, Julio. Tampoco yo podría estar serena viéndote actuar por primera vez. He venido tan sólo a pedirte algo, algo que mucha gente ha ido a implorarme.

ROBLES.—Espero, mamá, que no sea indulgencia para la acusada... Yo no puedo, tú sabes...

MARCELA.—Eso es, precisamente. Y somos dos las que venimos a pedirte. ¡Pobre

Espacio para encuadernar

EL CASO DE MECHA ORDÓÑEZ

Francisco E. Collazo

mujer! Da pena verla. Trata de ser tolerante con ella.

DOÑA CARMEN. — Sí, hijito. Sé perfectamente que tu misión es dura, ya que tienes que pedir para esa infeliz la pena que las leyes señalan, pero trata de aminorar su culpa... Busca..., busca algo que pueda hacer más benigna la sentencia. Es una pobre madre, y sólo las madres comprendemos su tragedia.

ROBLES. — También la comprendo yo, mamá. Y no puedes imaginarte cuánto he sufrido desde el día en que tuve que abocarme al estudio de este caso. Por un lado, la conciencia; por el otro, el deber. La lucha de siempre en los espíritus honrados. Por un lado la humanidad y por otro la ambición de triunfar, que también es humana. Ser tolerante, no ser inflexible, sería confesar mi incapacidad para el cargo. Como fiscal, soy la encarnación de la ley. Y no hacerla aplicar, es fracasar, tronchar mi carrera. ¡Ah, mamá! Te juro que si supiera que con mi renuncia salvaba a esa desgraciada, ya la hubiera presentado. Pero sería un gasto inútil. Otro vendría que, más hecho a estos trances y, por lo mismo, menos dispuesto a conmoverse, se limitaría a cumplir con su deber.

DOÑA CARMEN. — No, no; ni pensar en eso siquiera. Bien sé yo, bien lo saben todos, que no serás tú quien acuse, sino la ley que por tu boca hable... Yo te pedía simplemente que no fueras demasiado estricto...

ROBLES. — Si no renuncio, mamá, mi camino es sólo uno. Es al jurado a quien tocará absolver o condenar. Mi misión es sólo acusar. Triste cosa, por cierto, cuando, como en este caso, la conciencia le está gritando a uno que todo rigor es inhumano e injusto. Pero, aunque parezca una paradoja, hay que ser injusto e inhumano, en nombre, precisamente, de la justicia y de la humanidad.

UJIER. — (Apareciendo por el foro.) Doctor Robles...

ROBLES. — ¿Qué hay? ¿Ha comenzado la audiencia?

UJIER. — No, doctor, pero va a comenzar en seguida. El jurado acaba de ocupar el estrado.

ROBLES. — Voy en seguida, entonces. Hasta luego, mamá.

UJIER. — ¡Ah, doctor! Ahí está una señorita que desea verle. Yo le he dicho que no era posible en este momento y que tendría que esperar a que terminase el juicio, pero insiste en que debe verle antes de comenzar.

ROBLES. — Dígale que lo lamento mucho, pero que, en este momento, me es absolutamente imposible. Debe ser una de las tantas que vienen a interesarse por esa mujer. Me han visto más de veinte ya. ¡Como si en mis manos estuviera el absolverla! Vaya no más.

UJIER. — Bien, doctor. (Sale.)

ROBLES. — ¡Pedirme a mí clemencia, cuando soy el que más la necesita en estos momentos! ¡Ah, si comprendieran esta lucha interior que hay en mí! Yo, que nunca tuve el valor de matar una gallina, tener ahora, y por imperio de la ley, que constituirme en el verdugo de esa mujer que ha matado por amor a su hijo... ¡Es horrible, mamá, te lo aseguro! ¡Horrible!

DOÑA CARMEN. — Cálmate, hijito, cálmate. Cumple tu deber tal como tu conciencia de magistrado te lo ordena, que ya Dios se encargará de salvar a esa desgraciada.

ROBLES. — También yo lo espero así. Y ahora, vete, mamá. Tu presencia entre el público me impediría hablar. Viéndote recordaría toda tu abnegación, todo lo que sufriste y trabajaste por verme un día hecho un hombre útil a la sociedad; vería en ti al símbolo de la maternidad, y sé que sería incapaz de acusar a esa otra pobre madre. Vete, déjame cumplir con mi deber, y confíame en que Dios ilumine nuestros cerebros y nos permita salir de este cercado de las le-

yes para proceder simplemente como hombres.

DOÑA CARMEN. — ¡Ojalá, hijito, ojalá! (Suenan un timbre de llamado en la sala de audiencias.) Bueno, me voy.

ROBLES. — ¿Dónde me esperarás, mamá? Volveremos juntos a Buenos Aires, ¿no es eso?

DOÑA CARMEN. — Estaré en la Catedral.

ROBLES. — ¿En la Catedral? ¿Qué vas a hacer allí?

DOÑA CARMEN. — Voy a rezar por esa infeliz. Su caso me ha conmovido. Mientras tú, en cumplimiento de tu misión, la acuses, yo le pediré a Dios que la salve.

ROBLES. — (Acompañándola hasta el foro, seguido de los otros.) Mamita, pídeselo en mi nombre también. Te lo ruego. (Salen.)



LAURA. — La promesa de mi cuñado, además de todo lo bueno que significaba para mi hermana, era para mí una luz de esperanza: la de poder en un día no lejano, al amparo del bienestar que Julián aportara con su trabajo, cambiar el mío por otro más digno de una mujer honesta. ¡El cabaret! Fué allí, señores, donde Julián me presagiaba que un día me harían desgraciada; fué allí, en efecto, que la desgracia, siempre al acecho de los pobres, se me presentó en la persona del doctor Robles.

MUTACION

CUADRO QUINTO

(Sala de audiencias de la Cámara del Crimen de La Plata. Sobre una tarima, situada a la derecha, se hallan los cinco miembros del jurado. Cerca de la tarima, en otros sitios, se hallan el fiscal, doctor Robles, y el abogado defensor. Al lado de este último, vestida de negro, Mecha. La sala está dividida por una baranda de madera; en la parte izquierda, sentados en bancos largos, público, periodistas, gente del foro, etc. Entre ellos, en primera fila, Laura y Machito, ambos de negro también. Al iniciarse el cuadro, Robles, de pie, da término a la acusación.)

ROBLES. — Señor presidente, señores jurados: resumiendo lo que acabo de exponer, el ministerio fiscal llega a las conclusiones siguientes. Primera: que la víctima, al suponer, dadas las circunstancias concurrentes,

que su mujer no podría seguir siendo dentro del hogar un ejemplo de moral y querer alejar de él a su hijito, no hizo sino responder a un imperativo categórico de su conciencia, que le obligaba a velar por la buena educación de su hijo. Segunda: que la reacción violenta de la acusada está en desproporción con su causa determinante, ya que, ante la actitud de la víctima, ella debió limitarse a pedir el auxilio de la fuerza pública, sin apelar a medios extremos e irreparables. Tercera: que es indudable que la acusada obró bajo el estado de emoción violenta a que se refiere el inciso 1º del artículo 81 del Código Penal, emoción perfectamente justificable en una madre que se ve despojada de su hijo injustamente. Cuarta: que no ha existido ni premeditación, ni alevosía, ni ninguna de las agravantes que la ley menciona, y quinta: que como resulta de autos, la acusada ostenta antecedentes intachables. Por tanto, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 80 y aceptado el atenuante del inciso 1º del artículo 81, según lo establecido en el 82, hago mío el dictamen fiscal de primera instancia y pido para la acusada el mínimo de pena señalado por el Código, o sea 10 años de reclusión. (Se sienta.)

(Al oír las últimas palabras del fiscal, Mecha se pone a llorar, a tiempo que en la sala estalla un murmullo de desaprobación.)

MACHITO. — (A Laura, que también llora.) Tía, ¿por qué lloras? ¿Por qué llora mamita también?

LAURA. — Callate, Machito, no se puede hablar aquí.

(Ante la insistencia del murmullo, la presidencia impone silencio dando un golpe sobre la mesa.)

PRESIDENTE. — (Una vez renacida la calma.) Tiene la palabra el señor abogado defensor.

DEFENSOR. — (Poniéndose de pie.) Señor presidente, señores jurados: antes de dar comienzo a mi alegato, y no obstante haber sido oídos ya todos los testigos presentados en descargo de la culpabilidad de mi defendida, voy a solicitar del honorable jurado se sirva contrariar por una vez siquiera las normas habituales en estos casos, a fin de escuchar a la hermana de la acusada, quien manifiesta tener algo importante que exponer.

PRESIDENTE. — Observo al señor abogado defensor que ello debió ser hecho en su oportunidad, y no ahora que el señor fiscal ha producido su dictamen. Por ello, la presidencia se ve precisada a denegar el pedido.

DEFENSOR. — Se trata, señor presidente, de aliviar la situación de una pobre mujer, de una madre ejemplar, como se ha probado en autos. Entiendo que la justicia, cuando, como en este caso, se halla frente a una persona de antecedentes intachables, como lo ha reconocido el propio señor fiscal, está en el deber de agotar los medios tendientes a establecer el verdadero grado de culpabilidad del acusado, aunque para ello le sea preciso contrariar sus procedimientos habituales. Lo contrario, el condenar a una persona a quien puede salvar un hecho posterior a la acusación fiscal, por la simple razón de que se altera una forma, sería establecer una enormidad jurídica, que ningún juez de conciencia puede admitir. Espero, por otra parte, que el señor fiscal, hombre joven y nuevo en el oficio, a quien por lo mismo no creo desposeído aún de los sentimientos humanitarios que todo hombre de bien alberga, haga cuestión por un informe, cuando de salvar una madre se trata. Insisto, pues, en mi pedido.

ROBLES. — Por mi parte, señor presidente, no hay inconveniente alguno en que usé conceda el recurso. Si fuera preciso, produciría un nuevo dictamen.

DEFENSOR. — Gracias, señor fiscal. No esperaba otra cosa de usted.

PRESIDENTE. — (Luego de consultar en voz baja a los otros miembros del jurado.)

EL CASO DE MECHA ORDÓÑEZ

Francisco E. Collazo

Está concedido el recurso. Que pase la testigo.

DEFENSOR. — *(Yendo hasta donde está Laura y llevándola a la silla de los testigos.)* Venga, señorita.

SECRETARIO. — *(Tomando juramento a Laura.)* ¿Juráis por Dios y los Santos Evangelios decir verdad en cuanto se os pregunte?

LAURA. — Sí, doctor, lo juro. La verdad y nada más que la verdad.

PRESIDENTE. — *(Apenas se retira el secretario.)* Puede hablar la testigo.

LAURA. — *(Con honda emoción.)* Ante todo, señores, pido que me disculpen. Cuando declaré por primera vez, ignoraba todavía una circunstancia que he conocido hace unos minutos y que creo es de interés. De un interés sentimental, si se quiere. Ignoraba, señor presidente, que el fiscal de esta causa, era el doctor Julio Robles.

ROBLES. — *(Que la ha estado mirando con curiosidad.)* Pero, ¿dónde he visto yo esa cara?

PRESIDENTE. — ¿Tiene eso para la testigo alguna importancia? ¿Algún motivo de recusación, acaso?

LAURA. — No sé lo que es eso, señor. Pero importancia, sí, tiene mucha. Tanta, que me atrevo a afirmar que si el doctor Robles no existiese, mi hermana no habría cometido su crimen... *(Estupefacción de todos.)*

ROBLES. — *(Estupefacto a su vez.)* ¿Qué dice la testigo?

PRESIDENTE. — *(Viendo que los murmullos continúan, dando un golpe sobre el pupitre.)* ¡Ordeno silencio! De lo contrario me verá obligado a desalojar la sala. Prosiga la testigo.

LAURA. — En este homicidio, señor, y aunque pueda sorprender a todos, y en especial modo al señor fiscal, no hay sino dos culpables: en primer grado, yo, y luego, él. *(Señala a Robles.)*

ROBLES. — ¡Esto es inaudito! Ruego al honorable jurado no permita se me falte al respeto con este golpe teatral que, sin duda, ha preparado la defensa.

DEFENSOR. — Y yo ruego a la presidencia pida al señor fiscal me guarde los respetos debidos. Ignoro en absoluto lo que va a decir la testigo y soy el primer sorprendido por sus palabras.

PRESIDENTE. — Quedan prohibidas las interrupciones. Siga, señorita.

LAURA. — Señor presidente: cuando ocupé esta silla, juré decir sólo la verdad. Lo juré ante Dios. Y él sabe que lo que voy a decir no es más que la verdad. Ruego al señor fiscal un poco de paciencia. No voy a formular ningún cargo que pueda afectar su honradez judicial. Voy, simplemente, a exponer hechos en los cuales a él le tocó actuar y que tienen directa relación con esta causa. ¿Puedo hacerlo, señor?

PRESIDENTE. — Hable la testigo y concrete su exposición.

LAURA. — Gracias, señor. *(Pausa.)* Como lo dijo mi hermana en su declaración, y yo lo corroboré después, la víspera de Navidad fué para nosotras uno de los días más felices de nuestra vida. Uno de esos días en que uno siente la alegría de vivir, esa alegría que tan pocas veces se asoma a la casa de los pobres, y que despierta en uno deseos de cantar, de reír, de vivir, en fin, esa misma vida que un momento antes nos parecía una carga. Y era que Mecha y yo habíamos obtenido del pobre Julián la formal promesa de cambiar de vida, de trabajar en algo y abandonar compañías que sólo perjuicios le ocasionaban. Era, señores, que el horizonte de nuestro hogar se aclaraba por fin, y el panorama del futuro se nos presentaba menos sombrío que hasta entonces. Cuando en una casa, por pobre que ella sea, hay salud, amor y trabajo, puede decirse que nada falta. Esa era, señores, la felicidad que mi hermana y

yo vislumbramos aquel día, cuando mi cuñado nos prometió volver a ser el hombre de los tiempos felices y lejanos en que conoció a mi hermana. Y si a ello se une que aquel hombre bueno — porque Julián era un hombre bueno a quien las circunstancias hicieron pesimista y desconfiado; — si a ello se une que Julián llegó hasta a prometernos que ya no retergía de Dios, se comprenderá cuánta era la alegría que Mecha y yo experimentamos aquel día. Para ustedes, señores, quizá estas cosas carezcan de importancia, pero en la vida de los humildes suelen tenerla, y mucha. Un hombre que recupera su fe perdida, es un hombre ganado al extravío. *(Pausa.)* Se comprenderá así cuánta era la satisfacción y la alegría con que aquella noche yo fui a mi trabajo del guardarropa del cabaret.

ROBLES. — *(Reconociéndola por fin.)* ¡La chica del Pigall!

LAURA. — La promesa de mi cuñado, además de todo lo bueno que significaba para mi hermana, era para mí una luz de esperanza: la de poder en un día no lejano, al amparo del bienestar que Julián aportara con su trabajo, cambiar el mío por otro más digno de una mujer honesta. ¡El cabaret! Fué allí, señores, donde Julián me presagiaba que un día me harían desgraciada; fué allí, en efecto, que la desgracia, siempre al acecho de los pobres, se me presentó en la persona del doctor Robles. Pero no para hacerme desgraciada como mi cuñado lo pronosticaba, sino de manera bien distinta. *(Se detiene un instante y luego prosigue.)* El señor fiscal era agasajado esa noche por sus amigos. Celebraban su ascenso al cargo que ahora ocupa. Lo celebraban ruidosamente, espléndidamente, generosamente... Y fué la generosidad del señor fiscal — una generosidad que, si en mi alma hubiera veneno, podría llamar fanfarronería — la causa determinante de la tragedia que hoy enluta nuestro hogar y nuestros corazones. El doctor Robles, a quien por lo visto sobraba el dinero aquella noche, o su alegría se lo hacía desparramar a manos llenas, al retirar del guardarropa su sombrero, me dió cien pesos, señores. Cien pesos, que yo no quería aceptar, y que luego, ante su insistencia y recordando la tristeza de todas nuestras navidades pasadas, pensando en la alegría que ese dinero iba a proporcionar a los míos, recibí por fin. Esos cien pesos, señores jueces, a que me referí en mi anterior exposición, sin mencionar a su donante, en el temor de causarle un daño involuntario, fueron los que originaron en la mesa la discusión que determinó el homicidio. Ruego al señor fiscal se sirva manifestar si es verdad cuanto acabo de decir.

ROBLES. — Es verdad en absoluto el hecho, no las intenciones que me guiaron. Como se lo dije entonces, como lo repito ahora, no hay felicidad mayor para mí que la de hacer el bien a mis semejantes. Es injusta, por consiguiente, la testigo al pensar que pude obrar con fanfarronería. Recuerde, si no, mis palabras cuando me preguntó que por qué la obscuridad sin siquiera conocerla, como era la verdad. Le respondí con el viejo adagio: "Haz bien y no mires a quién."

LAURA. — Y así debe ser cuando se está seguro de que es un bien lo que se hace. ¿Lo estaba el doctor Robles al darme aquel dinero? ¿No pudo pensar, hombre de más alcances que yo, que en lugar de un bien aquellos cien pesos podrían ocasionar un gran mal, como ocurrió? ¿Es que podemos presumir de saber dónde está el bien y lo que es mal? *(Pausa.)*

ROBLES. — Mi intención, sin embargo...

LAURA. — Voy a terminar. No quiero, señores jueces, que se crea que lo que traigo aquí es una acusación contra el señor fiscal. No soy una desgraciada y, por tanto, no son cargos los que hago a quien acaso no tuvo otra intención que la de proceder generosamente. Lo que he querido, simplemente, es justificar en primer término la importancia capital que puede tener en los gran-

des acontecimientos de la vida el detalle que nos parezca más insignificante; y, en segundo lugar, justificar el origen de los cien pesos mencionados en mi primera declaración ante el juez instructor, para quien, como para mi infeliz cuñado, era imposible que una mujer llevara a su casa cien pesos regalados por un extraño. Como los señores jueces lo han visto, como querría que lo viera el pobre Julián, ese dinero era regalado. Y es, precisamente y por uno de esos caprichos del azar, el mismo hombre que me los regaló quien ahora en nombre de la ley, pide castigo para un crimen originado en su propia magnanimidad.

PRESIDENTE. — ¿Tiene algo más que decir la testigo?

LAURA. — Sí, señor presidente. Lo más importante. *(Toma aliento.)* He dicho ya que el revólver con que mi hermana mató a su marido era mío. Era el que yo llevaba siempre en mi cartera, dada la hora habitual de mi vuelta a casa y lo apartado del barrio. Y bien, señores, si hay en todo esto una culpable, esa culpable soy yo. Yo, que acepté y llevé a mi casa esos malhadados cien pesos; yo, que tuve la desgraciada idea de querer atemorizar a Julián con mi revólver. Yo, que me lo dejé arrancar de las manos. Si a un loco alguien pone cerca un arma, y ese loco mata a su guardián, no es el loco, señores jueces, el criminal, puesto que es un irresponsable de sus actos, sino quien le ha proporcionado el arma. Mi hermana, señores jueces, era en el momento del drama una enajenada por el dolor y las afrentas morales y materiales sufridas. No obstante, ella no hubiera matado nunca a quien tanto quería, ni él se hubiera llevado a Machito. Las afrentas y golpes habrían sido olvidadas al día siguiente, como otras tantas veces, y todo se hubiera solucionado. Soy yo la responsable, yo que, sin pensar en que el dolor de aquella madre la llevaba al borde de la locura, puse cerca de ella un arma en lugar de un consejo sereno. Y ella mató, como hubieran matado todas las madres a quienes la vida colocara en una situación igual. Fué el amor maternal el que despertó en ella instintos homicidas al ver en mis manos el revólver. ¡Yo, pues, soy la única culpable, señores jueces! Es a mí a quien deben ustedes condenar, y no a esa pobre madre, cuyo único delito es el de querer mucho a su hijo. ¡Para mí esos diez años de prisión! Dejádla a ella libre. Es madre y tiene una misión sagrada que cumplir.

MECHA. — ¡No, no, señores jueces! No hagan eso. ¡Mi hermana es una santa! Sólo por ella en mi casa se ha comido siempre. ¡Yo lo maté! ¡Lo quería, pero lo maté! *(Se levantan de nuevo los murmullos en la sala. Los jueces conversan también entre sí. Finalmente, el presidente da un golpe sobre el pupitre, a tiempo que se pone de pie.)*

PRESIDENTE. — Se suspende la audiencia. El jurado va a deliberar. *(Los cinco jueces hacen mutis por la puerta que está detrás de la tarima. El público prorrumpe en gritos.)*

PÚBLICO. — ¡Que la absuelvan! ¡Que la absuelvan! *(Se hace la obscuridad en la sala. Dos segundos después se hace de nuevo la luz. Se pretende con ello dar la sensación del tiempo transcurrido en la deliberación de los jurados. Estos vuelven y ocupan sus asientos. En la sala se produce un gran silencio.)*

PRESIDENTE. — *(Poniéndose de pie.)* El jurado, luego de estudiar la causa sometida a su juicio, y haciendo uso de las facultades que la ley le acuerda, absuelve a la acusada. *(Dando un golpe.)* La audiencia ha terminado. *(Al oír las palabras del presidente, la sala estalla en gritos de júbilo. Mecha, desmayada de emoción, cae en brazos de Laura. Machito corre a juntarse con ellas. Todos se acercan a felicitar a las dos mujeres.)*

ROBLES. — *(A su madre, que ha llegado hasta él.)* ¡Dios te escuchó, madre mía!

T E L O N

FIN DE LA OBRA

Espacio para encuadernar

Desgraciado en el juego...

(Continuación de la pág. 55)

ocurriera algo! ¿Por qué Dios o el diablo no le inspiraba alguna cosa?

Andando, andando, inconsciente como antes, pero ahora acosado por los más sombríos pensamientos, llegó hasta frente al local de "La Exportadora", donde trabajaba. Al darse cuenta de ello se sintió sorprendido. ¿Por qué sus pasos le habían llevado otra vez allí? ¿Qué mano secreta lo había guiado de regreso a su empleo? Consultó la hora en su reloj. Eran las 16 y 40. Un súbito pensamiento cruzó por su mente. El destino, siempre burlón y siempre oportuno, le resolvía el difícil problema. Volvería a ocupar su puesto, alegando que ya se le había pasado el malestar que le había obligado a retirarse. A Berrejo le diría cualquier mentira: que por no alarmar a su mujer no quería regresar a su casa hasta la hora de costumbre.

Pero antes de que pudiera decirle tal mentira, Berrejo se llegó a su oficina y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con el tono más patético imaginable:

— ¡Resignación, amigo Cranille! El destino ha querido burlarse de usted.

— ¡Burlarse de mí! — exclamó Mauricio sorprendido, temblando ante la idea de que aquel hombre pudo haber sorprendido su drama moral.

— Pero ¿es que no se ha enterado usted todavía? Y entonces ¿por qué ha regresado?

— ¡Por Dios, Berrejo, explíquese, que no lo entiendo!

— ¡Ah! ¿No sabe aún que el 8118, que salió con la grande, no corresponde a la lotería de aquí, sino a la de Montevideo?

Al oír estas palabras Mauricio Cranille sintió que se le desmoronaba dentro de su ser todo el andamiaje de su vacilante optimismo, de su dudosa felicidad, de su amarga resignación, y sólo pudo murmurar:

— ¡Es posible! ¡Es posible tanta burla!...

Y un momento más tarde, a solas en su oficina, rompió a llorar como un niño, maldiciendo aquella ironía de la suerte que sólo había servido para poner una sombra negra en su corazón. A partir de ese momento ya no podía aceptar aquello de "desgraciado en el juego, afortunado en amores." El era desgraciado en ambas cosas, y acaso lo fuera para toda la vida por muchos años que viviera.

Cuando logró serenarse, se asombró de haber emborrinado las hojas rubricadas del "Mayor" con sus lágrimas de hombre...

Mme. de Lavalette salvó...

(Continuación de la página 51)

El accedió al pedido, notando que ella tenía alta fiebre. Justo antes de salir él le dijo:

— Emilia, el guardián viene a verme todas las noches después de que tú me dejas; procura esconderte detrás del biombo; mueve una silla y haz un poco de ruido; él pensará que todo está bien, y eso me dará el tiempo necesario para escapar.

Lavalette se despidió cariñosamente; el guardián se acercaba. Emilia se colocó detrás del biombo; la puerta fue abierta; la hija y la sirvienta salieron primero, seguidas de Lavalette; cinco guardianes esperaban en la antesala; cualquier error sería fatal.

Uno de los guardianes que los acompañaban le dijo a Lavalette:

— Se va usted muy temprano esta noche, señora — y Lavalette no le contestó.

En el otro extremo de la sala el

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



MARTA. — Me interesaría saber cómo pasó Navidad.

RAÚL. — ¿A qué responde su curiosidad?

MARTA. — Se me ocurrió llamarlo. Como tenemos amigos comunes...

RAÚL. — No justifican su atrevimiento.

MARTA. — No había otro medio de acercarnos.

RAÚL. — ¿Y para qué quiere acercarse a mí?

MARTA. — ¡Uf! ¡Qué muchacho preguntón! Contésteme sin preguntar. ¿Cómo pasó Navidad?

RAÚL. — Muy mal.

MARTA. — ¿Qué le sucedió?

RAÚL. — Rompí con mi novia.

MARTA. — ¿Qué grave!

RAÚL. — ¿Conocía a mi novia?

MARTA. — Y la envidiaba... La envidiaba de verdad, porque usted me gusta.

RAÚL. — ¿Qué juego es éste?

MARTA. — El del gato y el ratón. ¿Por qué rompió con su novia?

RAÚL. — Por hastio.

MARTA. — Ahora también parece cansado.

RAÚL. — Prevenido, que no es lo mismo.

MARTA. — ¿A medianoche ya habían roto el compromiso?

RAÚL. — Sí.

MARTA. — ¿Y con quién brindó?

RAÚL. — Con una desconocida de la mesa de enfrente.

MARTA. — ¿Y su ex novia?

RAÚL. — No se dió cuenta. Chocamos las copas con desgano y yo miré a la "otra". Me pareció inteligente.

MARTA. — ¿Y si la "otra" fuera yo?

RAÚL. — ¡Imposible! ¿Cómo averiguó mi número de teléfono?

MARTA. — Detectives particulares... Amigos comunes, le he dicho.

RAÚL. — ¡Dígame la verdad, por favor!

MARTA. — Recién sale de su apatía.

RAÚL. — No se enoje; es que tengo hace días la imagen de la "otra" en el cerebro. ¡Si fuera usted!...

MARTA. — ¿Qué pasaría?

RAÚL. — Tengo el presentimiento de que cosas definitivas...

MARTA. — ¿Tiene por ahí una botella de champaña? Quisiera brindar.

RAÚL. — ¿Por quién?

MARTA. — Por la "otra".

RAÚL. — Preferiría verle la cara...

MARTA. — Recuerde mi traje celeste, mi inquietud, nuestro brindis...

RAÚL. — ¡Viva el ya extinguido mil novecientos treinta y tres!

MARTA. — ¡Viva!

RAÚL. — ¿Cuándo brindamos cara a cara?

MARTA. — Hoy... En la "Paris"; iré con mi hermanita.

RAÚL. — Con su mamá, si quiere; pero vaya. ¡Año de sorpresas!

MARTA. — Y de valentías.

RAÚL. — De las que no se arrepentirá. ¡Adiós, encantadora ultrachic!

MARTA. — ¡Adiós..., señor apático!

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

portero se levantó perezosamente, y sin mirarlo siquiera abrió la puerta. Subió al coche, que lo aguardaba. Al llegar a la calle Harley, Lavalette subió a otro coche, reconociendo el cochero, que resultó ser el conde de Chassenon. En el trayecto, Lavalette se despojó de su indumentaria femenina para ponerse el uniforme de un valet. Acompañado por un amigo llamado Baudús, Lavalette se despidió del conde dirigiéndose a una casa que Baudús dijo conocer.

— Mientras yo entretengo al portero, entre usted al patio donde verá una pila de madera. Espéreme ahí.

Al llegar a la pila de madera, Lavalette encontró una dama, quien lo hizo entrar por una puerta, cerrándola luego con llave. Supo luego que estaba escondido nada menos que en la casa del duque de Richelieu, ministro de Relaciones Exteriores. No podía ser lugar más apropiado para él.

El mismo Richelieu ignoraba que en su casa se tuviera escondido al fugitivo. Esto era obra de madame de Bresson, esposa del primer contador de la oficina de Richelieu.

Su esposo tuvo el coraje, con otros más, de votar contra la ejecución de Luis XVI. Esto les valió la enemistad oficial, pero él se fugó con su esposa escondiéndose en las montañas, hasta tanto pudiera regresar con seguridad a París. Mientras se encontraban escondidos, madame de Bresson juró que ayudaría a cualquier persona que se encontrara en tales circunstancias.

Esto explica su gran interés en el asunto de Lavalette. A los pocos minutos de salir Lavalette de la conciergerie, su fuga fue descubierta por el guardiacárcel quien increpando duramente amadame Lavalette, gritó:

— Usted me ha arruinado.

Puesto en conocimiento de los hechos el prefecto de policía, ordenó que se efectuara una búsqueda minuciosa en todo París.

Madame Lavalette negóse rotundamente a facilitar informes, valiéndole esto ser maltratada por todos. Terminó por trastornarse. Diez y ocho días después de su fuga, vistiendo el uniforme de oficial inglés, Lavalette fue acompañado hasta Holanda por sir Roberts Wilson, un inglés que ocupó

mucho de su tiempo en facilitar la fuga de prisioneros políticos.

Lavalette permaneció escondido durante seis años. Al cabo de este tiempo, una ley de amnistía general le permitió volver a Francia. Su esposa padecía de una gran melancolía. Su hija Josefina, ya casada, contribuyó mucho al bienestar de su madre.

¡Nadie guarda mejor...!

(Continuación de la página 60)

graron ponerse en marcha, la cantidad de los hombres se había reducido considerablemente. Las mujeres se hallaban en una situación espantosa. Obligadas a convertirse en amantes de sus capturadores, a servirlos y atenderlos, tuvieron que afrontar todas las molestias de una larga marcha a pie por un país inhospitalario y desierto. Muchas murieron y algunas se suicidaron.

Según la declarante, su esposo, probando y afirmando cada vez más su superioridad sobre los demás bandoleros, hizo todo lo posible por aliviar sus sufrimientos, y se separó de sus compañeros en la primera oportunidad. Vivieron juntos varios años con cierta comodidad. Instalados en un pueblo del Brasil, ella, con el transcurso del tiempo, llegó a considerar a su capturador con cierto afecto, pues siempre se mostró cariñoso. Al morir le dejó suficientes medios para vivir con relativa holgura. Ella siempre había vacilado en hacer el relato de su llegada al Brasil por respeto a la memoria del compañero muerto, y, en vida de él, por temor a que fuera apresado y ejecutado como asesino. Sólo en su lecho de muerte había resuelto hacer conocer al mundo la verdad sobre el final del famoso "Madagascar".

FIN

El debut del artista

(Continuación de la página 47)

— ¡Luiggi! ¡Oh, poverino mío! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Dios mío!

Entonces Luiggi, con una última vislumbre de su conocimiento, vió algo extraño. La hoja del estilete se partió en dos en las manos del maestro, dejando ver algo monstruoso, increíble... ¡Era de madera! Trémulo, se pasó la mano por el pecho, y no encontró sangre. Sintió que se sonrojaba. Con disimulo se fué escurriendo del lecho de muerte...

Pero el maestro no lo iba a tomar a la ligera. Con el inmenso alivio que le causaba ver que Luiggi no se moría, después de todo, se puso loco de furia. Arrebató su bastón, que colgaba de la percha, y se precipitó sobre Luiggi. Éste retrocedió ante la lluvia de palos que le caía encima. Encontró la puerta y salió corriendo por los corredores, perseguido por el furibundo maestro. Luiggi corría veloz, con terror mortal, y sentía que el trueno en sus oídos aumentaba cada vez más. Al fondo del corredor se abrió una puerta, encandilándose con vivísima luz. Apareció el empresario, se abalanzó sobre Luiggi, lo arrebató y lo arrastró consigo.

Era el escenario, pues allí estaban las luces del proscenio, y más allá, el mar embravecido de caras, y el trueno se hacía cada vez más penoso en los oídos del pobre Luiggi. Un par de dedos de acero le pellizcaban sin misericordia.

— ¡Inclínate, animal, saluda! — le gritaba el maestro al oído. Y casi sin darse cuenta de lo que hacía, Luiggi se inclinaba una vez, dos, tres... mientras seguía rugiendo en sus oídos el trueno ensordecedor, la salva formidable y delirante de los aplausos.

FIN

—¿Se puede hablar?...
—Pero, don Giácomo... ¡Me extraña!... En este país, para la libertad de palabra jamás ha habido censura...

—Ahí está el error. Nunca se habla bastante poco entre nosotros. Acuérdesse de aquella semana de enero, cuando faltaron los diarios. ¡Los rumores que circulaban impunemente!... El criollo tiene una imaginación feraz.

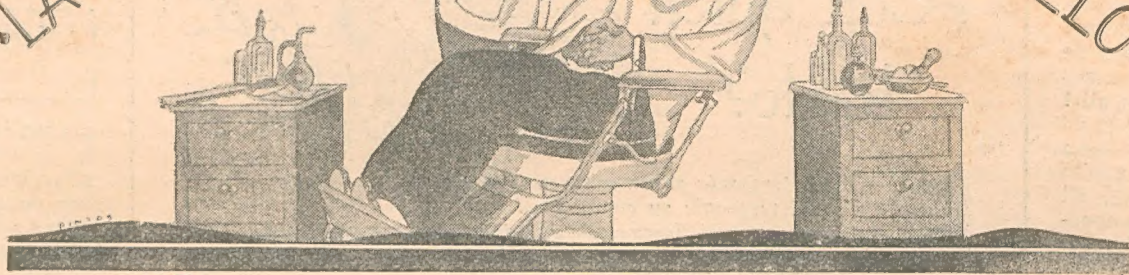
El ruido que produce una cortina metálica al descorrerse se convierte en cerrada descarga de ametralladora para nuestro oído. Nada es peor que estar sobre aviso...

—Me gustaría que entráramos en materia, don Giácomo. El director no quiere "consideraciones al margen".

—Es que éstas vienen bien para lo que voy a contarle. Un caballero radical, que supo ser diputado de los más reparadores, famoso por sus locuciones arrabaleras, y que es de los que siguen haciendo política activa, a pesar de su alejamiento del Comité Nacional, faltó, contra su costumbre, de su domicilio la noche del 28,

DIALOGOS EN

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO.



y la familia, alarmada, se aplicó a buscar su paradero con tanta obstinación entre los conocidos posibles e imposibles, que ¡no hubo más!, se difundió la especie de que el mozo era de la partida... Pero todo fué empezar a poner el suspiro en el cielo y aparecer el desaparecido, que había estado quién sabe dónde, pero que no tardó en apropiarse de esta singular performance...

● ● ●

—Venga lo que sigue...

—El gobierno de la provincia salió con la suya. No hay tal inconstitucionalidad en los descuentos ordenados para los clientes del Monte Pío. La corte ha fallado, esta vuelta, como los jueces de raya en campaña, cuando corre el caballo del comisario. Pero lo bueno empieza aquí. Como quienes interpusieron el recurso fueron jueces y camaristas en su época, vale decir, hombres de leyes, se han ido individualmente a discutir la cosa mano a mano con los señores ministros de la corte, y... los ministros no han tenido más remedio que darles la razón, así en privado. Cómo será la cosa que uno de los lesionados con el reciente fallo, y que es un denodado "uriburista", exclamaba, según me contaron, en el colmo de la exasperación, que "ni en los peores tiempos del Peludo se ha cometido una arbitrariedad semejante". ¡Cómo pierden los hombres su compostura, don Mandinga, cuando les tocan el bolsillo!...



"La verdad — sigue diciendo don Giácomo — es que esos descuentos son desproporcionados, según creo haberle dicho hace tiempo. Fíjese que un jubilado del Monte Pío, que percibía por ejemplo mil cien pesos, tendrá que arreglárselas a partir de este mes, para empezar a vivir con seiscientos sesenta. ¿Es posible soportar esta brusca modificación con buen ánimo? La vida tiene sus compromisos. Un funcionario de esa categoría no puede abandonar de la noche a la mañana su rango, y no puede tampoco entramparse para conservarlo. Que paguen los que saquearon la caja, pero no los que puntualmente hicieron sus aportes en la esperanza de que el gobierno les garantía el derecho a una jubilación. ¿No le parece?"

● ● ●

—A otro asunto.

—Iba sin que me empuje, don Mandinga...

Se non é vero...

Cuando uno de los prohombres del radicalismo que permanece al margen de las actividades del partido le preguntó en confianza al jefe qué opinaba de la carta, recién recibida entonces, del "leader" platense aconsejando la concurrencia al comicio, aquél contestó que "si pudiera la suscribiría", sin pensar que pocos días después iba a aparecer suscribiendo la abstención, tan suelto de cuerpo como suelto de lengua había estado al formular aquella precipitada declaración.

● ● ●

Según confidencias de un dirigente legionario recogidas en una tertulia del Club del Progreso, habría derecho a creer que los elementos "apóliticos" se vienen con el puñal bajo el poncho, pues estarían dispuestos esta vuelta a hacerle una concesión a la política, permitiendo que cierta flamante agrupación electoral se encargara de reclutarles sufragios para marzo.

● ● ●

A un conspicuo radical de los que fueron a la convención de Santa Fe se le atribuye esta exclamación, después de la famosa "chirinada":

—¡Hacerle esto a un hombre que está gobernando con nosotros!...

Por

El Viejo Mandinga

LA PELUQUERIA

Parece que la profusión con que se constituyen nuevas agrupaciones políticas, dispuestas a tirarse sus lances en vísperas de los comicios, ha llevado el desasosiego al seno de un partido que conoció, años atrás, la satisfacción de ganar entre nosotros, por abrumadora mayoría. Tengo entendido que se ha llegado hasta conversar a dos ministros del Ejecutivo sobre la posibilidad de restablecer para marzo aquella "reglamentación sobre partidos políticos" que puso en vigencia el gobierno provisional.

—¿Sabe que no me parece desatinada la moción?

—A mí tampoco.

Pero ahora soy yo quien le recuerdo que el director no quiere "consideraciones al margen".

—Entendido. Y siga Pancho por la vía...

● ● ●

—En una de esas tenidas — agrega don Giácomo — entre los dirigentes del partido de que le hablo, se consideró el temor de que el electorado independiente, digamos así, de la capital se vuelque con el sistema de la lista incompleta sobre los hombres que más le plazcan, aunque no tengan tradición las agrupaciones políticas que los proclamen. Más todavía: a uno de los ministros se le llevaron informaciones de los trabajos que cierta concentración novísima ha empezado a hacer para ganársele bajo el ala al radicalísimo desafecto con la política del Comité Nacional, pues parece que hay gente que estaría dispuesta a dar, no solamente la cara, sino hasta la plata, si viera bien parados aquellos trabajos.

● ● ●

Un corto silencio, y reanuda don Giácomo sus confidencias:

—Antes que me olvide: Se inauguraba los otros días un comité radical en el Oeste. Se hizo la propaganda indispensable, se distribuyeron los discursos y se comprometió la concurrencia de varios dirigentes importantes, entre ellos, uno que fué aclamado como "gobernador constitucional de Buenos Aires". A todo esto,

hubo quien, resentido porque no le habían adjudicado ningún papel en la fiesta, se dió a boycotear el comité, asegurando que tenía "instrucciones de arriba", y casi se arma la de San Quintín en una confitería de las inmediaciones. Lo bueno es que el origen de esta discordia no consiste en razones de doctrina ni siquiera de simpatías políticas, sino en un parentesco mal avenido que reventó por ese lado, como hubiera podido reventar por cualquier otro.



El cuento judío

LOS BENEFICIOS

Salomón y Moisés son tratantes de ganado. Rivalet desde hace muchos años, deciden un día asociarse. Se encuentran en casa del escribano con el fin de firmar el contrato. Terminada la lectura de éste, Salomón no parece muy satisfecho.

— ¿Qué tiene usted, señor Salomón? — pregunta el escribano.

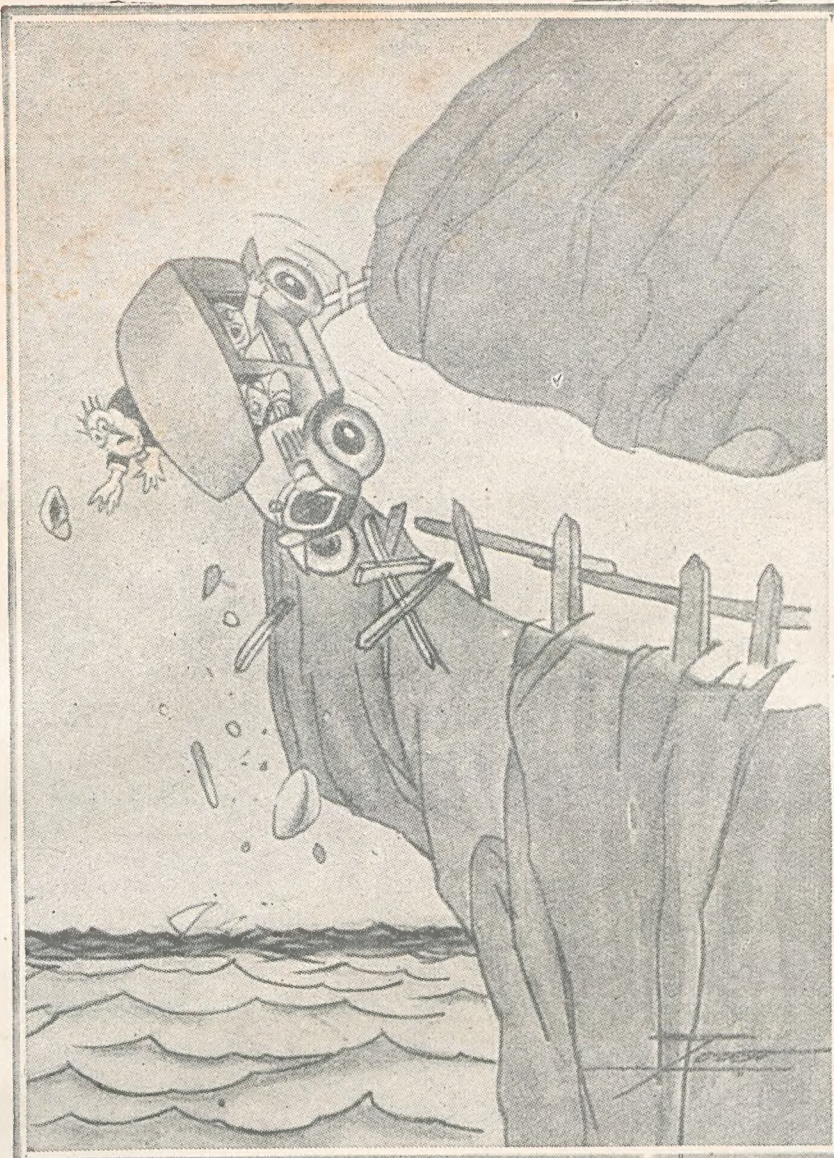
— Nada.

— No le creo. Dígame qué le pasa. Usted aporta el mismo dinero que el señor Moisés y tiene los mismos derechos que él. ¿Se cree usted perjudicado?

— Quisiera que añadiera usted una última cláusula, señor notario.

— ¿Cuál?

— Que, en caso de quiebra, nos repartiremos por igual los beneficios.



EL AMOR

Hay algo indefinido en la pasión del amor que irradia como la luz o se insinúa como la electricidad en un solo momento.

Sucede que dos personas que se han visto durante mucho tiempo con la más pacífica indiferencia, se sienten en un instante imprevisto repentinamente atacadas de un amor ardiente. Otras veces nace la pasión con la primera mirada, y nace exclusiva y violenta, haciendo comprender que todos los otros vínculos que hasta entonces habían ocupado el alma eran hilos de seda comparados con los anillos de duro hierro de la nueva cadena.

Que el amor nace de improviso y repentino, es, me parece, una verdad que está fuera de cuestión para los observadores sinceros de la naturaleza humana. Verdad es también que en el corazón de la mujer que ama existe, como un grano dorado de salud, el bellissimo germen del pudor, que, reteniéndola en la conciencia misma de su pasión, la substraer a la confesión íntima del poder que la somete, para preparar el desenlace del drama psicológico por medio de una escala progresiva de confianzas y de concesiones...

VICENTE FIDEL LÓPEZ

SALPICON

El tábano indiscreto

Muchos hombres malogran sus virtudes por cultivarlas con exceso. Y es que, como todas las cosas, las virtudes también tienen su límite.

La tristeza en algunos hombres es un hábito. No están contentos si no se sienten tristes.

No hay seres más inconscientes que los enamorados. Se juran amarse eternamente, sin pensar en lo larga que es a veces la vida.

J. M. BRAÑA



— ¡Caramba, qué contratiempo! ¡Y el médico que me tiene prohibidos los baños de mar!

(De "Estampa", Madrid)



— Yo he resuelto el problema de la televisión. Vea: esa es la sirvienta que me roba el vino.

(De "Le Rire", París)

LA RAZON

A despecho de su edad, Edison no dejaba de trabajar. Para descansar de sus tareas, se dedicaba a facilitar a sus domésticos todas las tareas de la casa. En este orden de cosas, Edison hacía descubrimientos extraordinarios que le divertían como a un chiquillo.

Un amigo fué a visitarle a su granja, donde veraneaba, y, en cuanto le vió, le dijo:

— Verdaderamente, querido Edison, la puerta de entrada está pidiendo a gritos una reparación. He sudado lo indecible para poder abrirla... Convendría engrasarla: está pesada.

Edison reía de buena gana.

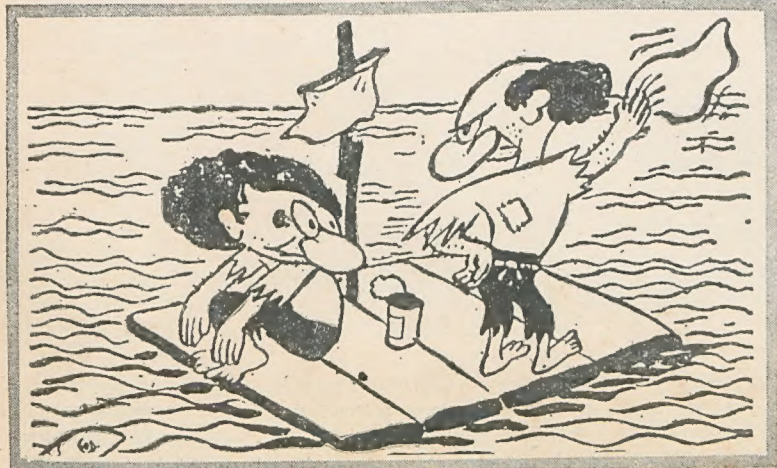
— ¡Perfectamente! ¡Perfectamente!... Pero, digas lo que digas, no la tocaré para nada.

— ¿Cómo? ¿Dejarás la puerta en este estado? — inquirió el amigo, no sin alarma ante la perspectiva de tener que munirse de un ayudante para la próxima visita que hiciera a Edison.

— ¡Ven y verás! — indicóle el sabio.

Y le mostró en el jardín una serie de engranajes.

— Cada vez que un visitante entra, hace subir de ciento a ciento cincuenta litros de agua al tanque, según abra más o menos la puerta... Como se ve, me convienen los amigos gruesos así como tú.



— ¿Por qué haces señas? ¿Has divisado algún barco?

— No; estoy espantando las moscas.

(De "Il Mondo", Roma)

DOS PASTILLAS



INSUPERABLE VALOR - recuerde que al comprar Jabón "SUNLIGHT" Vd. consigue *dos pastillas* en cada paquete, obteniendo al efectuar su compra, *doble valor*. Además recuerde que cada paquete lleva una *garantía de pureza* de \$10.000.

\$ 10.000 GARANTIA DE PUREZA

LEVER HNOS. LTDA.

ESMERALDA 70. BUENOS AIRES

S L 89

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.